

LUIS Y AGUSTIN MILLARES CUBAS

(14)

COMO HABLAN LOS CANARIOS

REFUNDICION DEL

LEXICO DE GRAN CANARIA

HECHA POR

AGUSTIN MILLARES CUBAS

Correspondiente de la Academia Española



LAS PALMAS

Tip. «Diario de Las Palmas»

Buenos Aires, 36

LUIS Y AGUSTIN MILLARES CUBAS



COMO HABLAN LOS CANARIOS

REFUNDICION DEL

LEXICO DE GRAN CANARIA

HECHA POR

AGUSTIN MILLARES CUBAS

Correspondiente de la Academia Española



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
LAS PALMAS DE G. CANARIA
N.º Documento 78265
N.º Copia 684068

LAS PALMAS
Tip. «Diario de Las Palmas»
Buenos Aires, 36

Dedicatoria

*Al Exmo. Cabildo Insular
de Gran Canaria.*

Testimonio de gratitud.



UE un impulso de curiosidad y de simpatía el que nos movió, años hace, a recoger y catalogar los modismos de la tierra canaria.

Esgrimiendo el lápiz, emprendimos alegremente la tarea. Fueron en ella nuestros involuntarios colaboradores la familia, los criados, los amigos, y sobre todo los clientes. ¡Cuántas veces nos sucedió interrumpir las confidencias de un enfermo o de un testador para tomar una rápida nota en una hoja de papel, bajo la benévola mirada del visitante, persuadido de que se trataba de un detalle de importancia para su cuita, cuando en realidad el objeto del apunte era una *canariada* cometida ingenuamente en el curso de la conversación!

Años después, exactamente en el de 1922, nos ocurrió la idea de escribir este libro, al que pudieran servir de prólogo las siguientes advertencias y aclaraciones.

* * *

En primer lugar, la relativa a la extensión que hemos creído oportuno dar al asunto y que se revela en el título *Léxico de Gran Canaria*.

Estamos seguros de que muchos de los vocablos y modismos contenidos en este diminuto diccionario, son de uso corriente no sólo en Gran Canaria, sino en todo el Archipiélago; pero el componer un Léxico general canario hubiera exigido una serie de largas y difíciles investi-

gaciones y, sobre todo, de viajes interinsulares, incompatibles con nuestros deberes y con nuestra inveterada devoción a la vida sedentaria. Por ello, y antes que exponernos a las justas censuras de los eruditos herreños o palmeros, verbi gratia, fundadas en inexactitudes que necesariamente hubiera contenido un trabajo superficial e indocumentado, hemos preferido limitar el asunto a los modos de hablar de nuestra Isla de Gran Canaria, dejando el campo abierto para que los literatos y folkloristas de las demás Islas mayores o menores, produzcan, por ejemplo, un Léxico de Tenerife o un Léxico majorero para ornamento y regocijo de la literatura regional.

* * *

Deslindado el objeto de la investigación, consideramos que no huelga en este prefacio un ligero apunte acerca del origen y posible clasificación de las voces aquí recopiladas.

Hemos dicho ligero apunte, y así debe llamarse con entera justicia, ya que, según verá el lector, se trata sólo de un resumen de las impresiones recibidas durante el curso de la recopilación, inspiradas a veces tan sólo por la estructura y apariencia del vocablo, en suma, de un esbozo muy superficial en el que de seguro abundarán dislates e incongruencias que asombrarán a los eruditos.

He aquí las fuentes u orígenes probables del humilde léxico gran-canario.

I.—Daremos el primer lugar a los *arcaísmos*, a las voces desusadas ya en la Península y conservadas aquí merced al aislamiento en que vivieron las Canarias hasta muy avanzado el siglo XIX.

La gente de campo, sobre todo la de la Cumbre (cordillera central de la isla de Gran Canaria) dice hoy *truje*, *ansina*, *yantar* y *mesmo*, como los ballesteros que a fines del siglo XV desembarcaron con Juan Rejón en el Puerto

de las Isletas, y pronuncian, por ejemplo, *queso* con el sonido, perdido ya en Castilla, de la *ese* sibilante. Así el *maduro*, oriundo de los *Altos*, que entreabre el postigo de nuestros zaguanes para vociferar su mercancía, silba la *cse* del ¿*Quié queso?* como un auténtico conquistador, precioso eco del pasado que no sólo las criadas sino las personas finas, consideran injustamente como señal de rusticidad e incultura.

En tiempos no muy lejanos de los nuestros, en los pueblos y en los pagos que por razón del citado aislamiento conservaban la huella del régimen familiar castellano, los hijos, aun los ya casados y maduros, nunca apeaban el tratamiento a sus padres (*señor padre, señora madre*) les pedían (costumbre aún no desaparecida) la bendición, besándoles la mano.

—Echeme la bendición, padre.

—Dios le haga un santo, mi *jijo*.

Tómese buena nota del tratamiento de *su merced*, vigente aún y reservado a los amos y a las personas de respeto.

Entre los arcaísmos brilla como un diamante, el inefable *ajoto*.

II.—Deformaciones de palabras castellanas, usuales y corrientes, verbi gratia, *nombrete*, *apodo*, *en pelete*, en pelota, *cherne*, tierno, *pilla*, pila de pescado salpreso, *guirrear* por guerrear, *calda* por carda, *fachento* por fachendoso, *fullerento* por fullero, *bondón* por bondadoso, etc.

III.—Palabras castellanas desviadas de su primitivo significado o empleadas con una acepción distinta de la genuina. Ejemplos, *baladrón*, tunante, *batata*, mentira, *botar*, malgastar, *droga*, deuda, *desmayarse*, bostezar, *monigote*, monacillo, *tren*, terno de ropa, *entregado*, rendido de cansancio, *soltar*, dejar el trabajo, etc.

IV.—Voces de origen galaico-portugués. El considerable número de ellas que encontrará más adelante el

que leyere, nos induce a creer en una gran afluencia de familias gallegas y portuguesas en Gran Canaria en los años que siguieron inmediatamente a la Conquista, hecho que parece estar corroborado por otros detalles de costumbres.

Citemos, entre los vocablos de esta procedencia, el inestimable *magua*, y además *abanar*, *arrente*, *debaso*, *geito*, *engodo*, *de relance*, *besos* (labios), *fogalera*, *ferruje*, *ferrujiento*, *fechar*, *tonturas* (vértigos), *cachimba*...

Nótese que en Las Palmas, no hay ama de casa que diga la doncella, sino *la criada de dentro*.

V.—Procedentes del idioma guanche.

Pocas son las auténticas que han llegado hasta nosotros, si dejamos a un lado, como impropios de este trabajo, los nombres de localidades.

Conservamos, en efecto intactas, las denominaciones con que los indígenas designaban los centros de población más importantes de Gran Canaria (Telde, Gáldar, Arucas, Tejeda, Tamaraceyte, Mogán, Lairaga, etc.). Consignarlas en este libro, sería dar a éste un aspecto de diccionario geográfico que no encaja en nuestro propósito.

Como indiscutibles supervivientes del lenguaje de los guanches, tenemos especial nota del insigne *goflo*, del *gánigo*, vasija de barro, del *báifo*, cabrito, del *tabefe*, del *guirre*.

De algún otro se dará cumplida explicación más adelante.

VI.—Americanismos, o más bien cubanismos, ya que la gran mayoría de las palabras y modismos venidos de América, han sido importados de la Gran Isla hermana por los *isleños*.

A este grupo pertenecen *guagua*, *güiro*, *güineo*, *buchinche*, *ñanga*, *ñangueta*, *embullo*, *tenderete*, *singuango* y tantas otras, entre las cuales se destaca la deliciosa interjección *fó*.

VII.—Importados de la costa de Africa por los marinos costeros (*roncotes*). Sirvan de ejemplo *taifa*, (balle, reunión), *guayete* (chiquillo) e *insalla* (multitud, enjambre).

VIII.—Provinientes del léxico de la gente de mar, por ejemplo, *apopar* (animar, adular), *virarse* (cambiar de opinión o de casaca).

IX.—Y las de ignorado origen, esto es, el mayor número de ellas, producto de circunstancias o suocidos locales cuyo recuerdo se ha perdido, o sencillamente del capricho popular. En varias puede conjeturarse y aún afirmarse el proceso de su formación, v. g. en *arranclin*, *arritranco*, *rebelina*, *elevada*, *leñazo*, *esperrido*, *apiparse*, *empajarse*, *atabicar*, y otras de contextura castellana, pero ¿quién podrá decir de donde han venido, por ejemplo, *garepa* (viruta) *bichoca* (descalabradura) *abincar* (morir) *jilorio* (hambre) etc.?

* * *

Debe también considerarse como preliminar advertencia el acto de contrición que debemos a nuestros lectores, especialmente a los delicados e idealistas, perdon que les pedimos por haber dado cabida en este estudio a ciertos modismos ingenuamente naturalistas, más reñidos con la limpieza que con la moral. Veálos el prudente lector y convendrá con nosotros en que hubiera sido lástima suprimirlos.

Más grave es el pecado en que seguramente hemos incurrido por omisión o por indebida admisión de materiales. Muchos, probablemente, habrán escapado a nuestra investigación o al celo de nuestros amigos, algunos de éstos ardientes cazadores de *canariadas*. Y otros tantos estarán de sobra, esto es, ocuparán un lugar indebido en este Léxico, por ignorancia y falta de documentación de sus autores, figurando como singularidades regionales frases y voces de uso corriente en castellano,

por donde de las incluidas en este trabajo podrá tal vez decirse, aplicando una sentencia ya manoseada y trivial, que: ni son todas las que están, ni están todas las que son.

Se advierte sin embargo, que no están, aunque son, los nombres isleños de animales y de plantas, suprimidos deliberadamente por nosotros, ya que su inclusión hubiera exigido largas y soporíferas descripciones técnicas, fatalmente inspiradas en el Diccionario de Viera y Clavijo. Quédesse la empresa para los continuadores, si los tiene, del excelso Arcediano de Fuerteventura. De aquellos nombres solo hemos anotado algunos que se usan en sentido traslaticio, como *sarga* (pez) por astuto, ladino; *guirre* (buitre canario) por flaco, desmedrado y otros que han dado origen a frases o modismos populares, v. g. cojer una *vieja*; poner los ojos como *chernes*; negro como un *casón*; revirarse como una *panchona*; se le fué el *baifo* y algunas otras de que se dará cuenta en lugar oportuno.

* * *

Otra advertencia nos queda por hacer, innecesaria y casi supérflua, ya que la lectura del libro revela con toda claridad que no hemos pretendido realizar obra de ciencia, no por falta de deseos, sino de la preparación filológica e histórica que es indispensable para ello. Aspiramos a tratar el asunto literariamente, a que esta tentativa de Diccionario sea un compendio entretenido y viviente de las modalidades de expresión de nuestro buen pueblo canario, reveladoras, más que en otras manifestaciones de la vida, de alguno de los rasgos de la fisonomía espiritual isleña... apacible sedentarismo, incruenta ironía, afabilidad ingénita, dulce conformidad con el destino... y sobre todo aspiramos a que los canarios del tiempo venidero, sepan como hablaban sus abuelos, los que vivieron en la vieja Canaria, amenazada ya de próxima desaparición por el influjo de circunstancias que

actuan sin interrupción ni piedad para incorporar a la vida moderna, v. g., el contacto con civilizaciones, no superiores, pero si distintas, importadoras del frio mercantilismo, del confort, de la obsesión de los problemas sociales... circunstancias que han operado la transformación de nuestra querida ciudad de Las Palmas en la capital cosmopolita y mercantil de hogaño, en la que los viejos difícilmente aciertan a discernir los restós, no ya del betusto poblachón con tanto donaire evocado por el ilustre don Domingo José Navarro en sus preciosos *Recuerdos de un noventón*, sino aún los de la urbe apacible y silenciosa anterior a las obras del Puerto de refugio. ¡Cuántos se han cerrado para siempre de los ojos que vieron la Casa de la Virgen, el Mesón, la portada de Triana, el Pilar del Perro!

* * *

En fin, todo el trabajo, el tiempo y la paciencia que suponen estas humildes páginas, los daremos por pagados con esplendidez y con usura, si ellas tuvieren la virtualidad suficiente para llevar a nuestros hermanos ausentes de la tierra, un eco de la patria lejana, de la Isla inolvidable que duerme entre los brazos paternos del Atlántico, bajo la augusta serenidad del cielo africano.

Noviembre de 1922.

ADVERTENCIAS A LA REFUNDICION

Escritas las que preceden a la primera edición del en mala hora titulado *Léxico de Gran Canaria*, descúbrese a primera vista la inutilidad de ésta, ya que en aquéllas, expresamos con toda claridad que no pretendíamos hacer obra de ciencia, por falta de la preparación filológica e histórica indispensable para ello y que nuestro librejo se concretaba a ser una humilde tentativa literaria y folk-lórica. Basta para comprobar la sinceridad de nuestras declaraciones la simple lectura de aquéllas páginas, totalmente exentas de erudición y de sabiduría.

Sin embargo, como a pesar de estas clarísimas y terminantes afirmaciones de los autores, no nos han faltado críticos especializados en el estudio de la lengua castellana que en contundentes trabajos periodísticos han cerrado contra el pobre *Léxico*, dejándolo mal herido y maltrecho, no está demás que yo insista, *ratificándome en lo ya declarado*, esto es, presentándome de nuevo como ignorante y raso en gramática y filología. No es que yo me duela de tales censuras, por otra parte galantes y corteses. Al contrario, me enorgullecen, que antes halaga que ofende al que escribe ver que su libro no cae en el silencio y que alguien se ocupa en aludir a él y en comentarlo. Lo que yo quiero es que aquél se tome por lo que es, y no por lo que en el sentir ajeno parezca ser. Tratase de un caso de espejismo, semejante a aquél con que los claros horizontes manchegos alucinaron al Caballero de la Triste Figura, convirtiéndole en gigantes

los inofensivos molinos de viento. No hay tales gigantes; desvanecidos estos falaces efectos del miraje, sólo quedan molinos de viento, esto es, un libro *pour rire*, escrito en un rato de buen humor, destinado a hacer reír, a divertir a los canarios, que ellos y no los extraños son los únicos que pueden solozarse con él.

Estoy seguro de que, de los vocablos contenidos en el *Léxico*, las tres cuartas partes, cuando menos, pertenecen a la lengua madre y figuran en los diccionarios más o menos académicos. Lo cual no tiene nada de particular, pues formando parte la Región Canaria de la gran familia hispánica, no íbamos a hablar en caldeo o en sánscrito. Los vocablos y modismos escogidos tanto en el *Léxico* como en ésta su refundición mas sensatamente apellidada "Cómo hablan los canarios", son los que, tal vez con indisculpable ligereza, nos parecieron dignos de ser catalogados por su indiscutible sabor y colorido isleños. ¿Qué también se usan en otras regiones españolas? Mejor. No nos recatamos, antes bien tenemos a gala que nuestros remotos ascendientes procedieran de dos de las regiones más hermosas de la Península, de Andalucía y Galicia.

En descargo de la equivocación padecida a nuestro juicio, por los respetables críticos antes aludidos en lo tocante a la índole de nuestro libro, pudiera alegarse lo cómodo y sabroso que es el ejercicio de la judicatura literaria, sobre todo de la verbalista. Algo de esta fruición un tanto plebeya, afea a alguno de los deliciosos artículos del eximio Valbuena.

Vaya, para terminar, un recuerdo de mi juventud. Hace más de cuarenta años ejercía yo un cargo público en una de las poblaciones del interior de esta Isla. En los frecuentísimos ratos de asueto, cansados mis amigos y yo de medir con nuestras zancadas la plaza, de arriba a bajo, solíamos refugiarnos en el Casino. Allí, en la hora candente de la tertulia vespertina, se hablaba na-

turalmente de todo; pero los temas predilectos eran la política de campanario, los *güiros*, las anécdotas más o menos escabrosas, las virtudes de perros y caballos, las proezas de gallos y carneros. Pero cuando la discusión llegaba al rojo vivo, era cuando alguno de los contertulios ponía en duda la casticidad de un vocablo. Se cruzaban estruendosas vociferaciones.

—¡Esa no es palabra castellana!

—¡Yo le digo a usted que sí!

—¡Yo le digo a usted que no!...

Hasta que alguno de los presentes, sesudo y circunspecto, se dirigía a la menguada biblioteca y colocaba en la mesa central un mamotreto. Era el Diccionario de la Academia. Silencio, espectación. Uno de los polemistas hojeaba febrilmente el venerado código, cuyo inapelable fallo esperaban todos con impaciencia respetuosa.

De pronto, uno de los contendientes señalaba con un índice negro y victorioso una de las páginas, exclamando triunfalmente:

—¿Lo ven? Lo mismito que yo decía; vengan ahora a decir que no es castellana la palabra. ¡Papelitos cantan!

Conticuere omnes...

AGUSTIN MILLARES CUBAS

Agosto de 1932.

A

ABACORAR.—Verbo cañarlo, de ignorada procedencia, que puede traducirse por avasallar, supeditar, vencer.

Aplicase a la acción material: sujetar, dejar a uno imposibilitado para defenderse, reducido a la impotencia.

También, en sentido espiritual, puede decirse que uno *abacora* a otro cuando le vence en una discusión, *dejándole callado*, reducido a *perpetuo silencio*.

ABANADOR.—Utensilio de cocina, formado por un disco de tejido de palma, sujeto a un mango de madera.

Para avivar el fuego y sostenerlo, se mueve rápidamente el *abanador* delante de la boca del fogón o del brasero.

Desterrado de nuestras cocinas después de la introducción de las de hierro, el *abanador* persiste en las casas de los pobres y en el campo.

Y persiste también en los recuerdos de aquellos que vieron tostar las castañas en la plazoleta del Teatro y asar las sardinas en las excursiones a San Cristóbal o al Conftal.

En los Carnavales de nuestra niñez lo enarbolaban los guasones que se disfrazaban de señora, como parodia jocosa del abanico.

ABANAR.—*Abanar el fuego*: avivarlo y sostenerlo con el *abanador*.

Abanar las moscas: ahuyentarlas con algún objeto que se asemeje al abanico.

Abanarse. Abanicarse.

—Este niño no desmiente la casta: tiene las orejas *abanadas* como su padre.

ABICAR.—Curioso vocablo, cuya procedencia desconocemos.

Equivale a morir, perecer.

Por ejemplo:

—Frasquito está mal: *abica* (no tiene escapatoria, es hombre al agua).

ABROCHARSE.—Puede considerarse como palabra regional cuando se usa por *abotonarse*, con aplicación a las prendas de vestir masculinas (*abróchate los pantalones*) y es quizás uno de los arcaísmos a que se alude en la Introducción, voz de uso general en la Península cuando los vestidos masculinos se ajustaban y cerraban con broches y conservada entre nosotros gracias al aislamiento de las Canarias, que duró hasta muy avanzado el siglo anterior.

ABUBIAR.—Insultar, escarnecer, imponer silencio con voces destempladas y silbidos.

El sustantivo derivado *abubiadura* es de uso muy general.

Dar una abubiadura equivale a dar una silba o una pita.

ACABRONADO.—En plena decadencia, gastado, aviejado.

—¿Has visto a Chanito?

—Ya *plancha* (camina arrastrando los pies). ¡Qué *acabronado* está!

Aplicase al que ha dado un bajón.

ACANADO.—Aunque la etimología no es nuestro fuer-

te, creemos no es aventurado afirmar que *acañado* viene de caña.

Las piernas de los viejos suelen ser débiles, endebles, oscilantes, como tallos de un cañaveral.

—Don Gregorio, usted está muy *rufo* todavía. Parece un muchacho.

—¡Jesús, Consesionito! ¡Y yo que me encuentre tan *acañado*!

ADOBO.—El *adobo*, es una de las más exquisitas preparaciones de la carne de cerdo y su olor succulento y característico es uno de los heraldos anunciadores de las simpáticas Navidades.

Lo citamos aquí porque da lugar a una frase, *Me gusta más que adobo*, con la que el isleño manifiesta su regodeo o su apetencia.

A FULEQUE.—Tener una cosa *a fuleque* es tenerla con abundancia, con exceso, de sobra.

—Pinito tiene los pretendientes *a fuleque*.

Es este uno de los modismos canarios que tienden a desaparecer.

AGARRADO.—Modismo expresivo que designa al sujeto que, sin ser propiamente avaro, evita las ocasiones de gastar y cuando llega el caso, gasta poco.

Etimología: No se cae, sabe agarrarse.

—¡Que *agarrado* es Don Pancho! Es *Alejandro en puño*.

AGARRARSE.—Cuando en una disputa los contendientes vienen a las manos, se dice que se *agarran* o *quedan agarrados*.

También se llama *quedar agarrados* al acto de asirse *mano arriba* o *mano abajo* los atletas en la lucha canaria.

En este momento se establece en todo el circo un solemnisimo silencio.

AGARRARSE DE PICO.—Dícese que se *agarran de pico* dos mujeres ordinarias, malcriadas, que se enzarzan en una discusión en la que abundan las palabras soeces, malsonantes y malolientes.

AGONIAR.—Apurar, molestar, estrechar una persona a otra con pretensiones apremiantes e inaplazables, exigiéndole, por ejemplo, que haga una cosa difícil, sin pérdida de tiempo.

—No me *agonies*, hombre. Haré lo posible por complacerte.

Estar agonizado, es hallarse apurado en grado extremo, lleno de angustia, v. g. por falta de medios económicos, del voluble e inestable numerario.

AGRAVIADO.—De un ojo cuando está enfermo, sobre todo cuando la conjuntiva presenta un aspecto rojizo, se dice *que está agraviado*.

AGUANTAR EL CESTO.—Es la situación poco airosa del que por ineptitud, por falta de atractivos, o por mala sombra, se ve reducido al papel de espectador de las proezas galantes de los demás.

También, interesadamente, se puede *aguantar el cesto*.
(*Vade retro.*)

AGUILILLA.—Ave de rapiña (aquila nevia), terror de los polluelos y de los pajarillos.

Por extensión y en sentido traslaticio, una *aguililla* es una mujer irascible, suelta de lengua y de manos.

—Fuí con buenos modos a su casa para reclamarle los *figurines* y me salió como una *aguililla* (hecha una furia).

AGUIJIDOS.—Alaridos, gritos de peculiar entonación, expresivos de aprobación y entusiasmo.

Parece que los indigenas canarios celebraban la victoria con *aguijidos* y acogian con ellos las arengas de sus caudillos.

Sin embargo, el vocablo tiene contextura castellana.

Según algunos cronistas—don Julián Cirilo Moreno—todavía a mediados del siglo pasado, el pueblo celebraba con *aguijidos* el paso de los dos únicos coches que entonces había en Las Palmas (el del obispo y el del conde de la Vega Grande).

AGUJILLA.—Es la entrometida (se aplica con más frecuencia al varón que a la mujer) murmuradora, envidiosa, calumniadora, que interviene en las cuestiones para envenenarlas, para sembrar la discordia, en suma, para *echar a pelear* a las gentes.

—No te fies de Antoñito. Mira que es una *agujilla*.

ACHICAR.—Como activo, tiene este verbo castellano una acepción que creemos genuinamente canaria: dar de comer o beber.

Ejemplo: *achicarle* a uno ron, *achicarle* papas y pescado.

ACHOCAR.—Descalabrar, herir con una piedra, especialmente en la cabeza.

Cuando en las *quirreas*, combates a pedrada limpia que se libraban antaño en la marina de “Fuera la portada”, resultaba alguno de los campeones *achocado*, se le retiraba del campo de batalla, se le restañaba la sangre con yesca y al llegar a su casa *encima de la achocadura*, solía llevarse una *calda*.

AJOTO.—Voz encantadora, de castellano aborrecido, precioso arcaísmo cuyo uso las personas de la bu



ciudad estiman como demostración de grosería e incultura.

Significado: por cuanto, en atención a que, gracias a que.

—*Ajoto* que es Alcalde hace lo que le da la gana.

AJULEAR.—Despedir bruscamente, con malos modos, echar a cajas destempladas.

Es muy frecuente la frase *echar un ajuleo*, que equivale a reñir, reprender ásperamente.

—Díjese a madre que si me dejaba hablar por la ventana con Pepito. ¡Fuerte *ajuleo* me echó!

AJUSTARSE.—Probarse un traje (se aplica exclusivamente a la mujer).

—¿Dónde *andan* las niñas?

—Fueron a casa de la costurera, a *ajustarse*.

ALBEAR.—De albo, albear como de blanco, blanquear.

Es un arcaísmo, al que no ha desbancado ni desbancará jamás el actual enjalbegar.

El canario mandará siempre *albear* su casa y nunca enjalbegarla ni blanquearla, y el artista encargado de realizar la obra, será aquí siempre el maestro *albeador*.

ALCANZAR.—Además de las acepciones castizas, tiene este verbo en Gran Canaria la especial de recibir un "golpe".

—*Alcanzó una trompada, un guantazo.*

Cuando el niño coje una *perrera*, la madre canaria suele decirle.

—Cállate, que vas a *alcanzar*.

ALEGAR, ALEGANTINA.—*Alegar*, es hablar más de la cuenta, con perjuicio tal vez de la honra o de la tranquilidad ajenas.

Y *alegantina* es la mujer ordinaria que tiene el vicio de *alegar*.

AL FIN Y AL FALLO.—Sustituye a las frases castellanas “al fin y a la postre”, “al fin y al cabo”.

De uso muy general en Gran Canaria y aun sospechamos que en otras regiones españolas.

—*Al fin y al fallo*, el jugador siempre sale perdiendo.

ALMANAQUE, ALMANAQUIENTO. El almanaque goza, en punto de veracidad, de la misma fama que los *andaluces* en España y los *gascones* en Francia.

Sin embargo, el sujeto llamado en Gran Canaria *almanaque* o *almanaquiento*, no es propiamente un mentiroso, sino el aficionado a exageraciones y aspavientos.

El segundo término se aplica muchas veces al *llorón*, al que tiene el hábito de quejarse sin grave fundamento.

—No le *hagas caso*. Le gusta quejarse. Es un *almanaquiento*.

AL MODO.—Es esta una locución muy frecuente en la conversación del vulgo, que pudiera traducirse en lenguaje fino y correcto por la de “por lo visto”.

—*Al modo*, ella lo que pretende es ganarse el salario sin trabajar.

ALONGARSE.—Alargar, extender, proyectar el busto hacia adelante.

Cuando el niño se asoma a la ventana, inclinando el cuerpo hacia afuera, la madre canaria, temerosa, suele gritarle:

—¡No te *alongues*!

ALPISPA.—El pajarillo canario llamado “alpispa” cuya fecundidad es asombrosa, camina a saltos, moviendo incesantemente la cola de arriba a abajo.

Nada tiene de particular que al que anda por esas calles dando saltitos, le compare la gente con una *alpista* y con tal nombre le bautice (conocimos algunos ejemplares en nuestra mocedad).

ALREDEDOR.—Palabra que, además de su sentido genuino castellano, como adverbio y como sustantivo, significa en Gran Canaria “al cuidado de”.

Véanse un par de ejemplos, tomados de la plática vulgar:

— Toda la mañana estuve *alrededor* de las vacas.

— ¿Qué está usted haciendo, Pino?

— Señorita, estoy *alrededor* de la leche, no sea que se pegue.

AL RUMBO.—La persona de escasa ilustración, sobre todo si por efecto de los años le falta la vista, al firmar un documento suele decir curándose en salud:

— No sé si se entenderá. Voy a firmar *al rumbo*.

AMACHINARSE.—Amancebarse.

— Hace muchos años que Pancho está *amachinado* con Madalenita.

— Pues yo *le callaba el secreto* (otro modismo canario que se estudiará más adelante).

Del que vive con una mujer a espaldas de la Iglesia, se dice que está *amachinado o arrimado*.

¡AMARGOS CHOCHOS!—Exclamación expresiva de lástima, de compasión por la desgracia o contratiempo sufridos por persona no unida a nosotros por lazos de familia o de verdadero cariño.

Por ejemplo, se deshace un matrimonio en proyecto o se pierde un destino o colocación que se tenía por seguros: ¡*Amargos chochos!*

AMAÑARSE.—Acostumbrarse, habituarse a una situación o género de vida. Estar contento, a gusto.

—La criada *de dentro* (la doncella) se va, porque no se amaña.

AMBOSADA.—Puñado, lo que cabe en la palma de la mano.

—Le dió una *ambosada* de manices, o de millo tostado.

AMOROSAR.—Manejar, manipular un objeto, v. g., un tejido para ablandarlo, para darle flexibilidad.

En sentido figurado es apaciguar, templar el ánimo, disponerlo para la benevolencia.

—Tu padre está resistido. Yo procuraré *amorosarle* para que te dé el permiso.

AMULARSE.—Este verbo canario, de procedencia zoológica como otros muchos (azorarse, amilanarse, amoscarse) significa enfadarse, incomodarse, pero encerrándose en una actitud de hostilidad testaruda y silenciosa.

A usanza de mulo.

Cuando el carbón no arde bien en la cocina, se dice que la cocina está *amulada*, esto es, que no responde a las solícitas tentativas de la cocinera.

ANDAR CON EL C... A DOS MANOS.—Otra imagen sería más decente, pero no daría cuenta tan gráfica de los apuros, de los sobresaltos del que es víctima de una situación angustiosa. Es que le vemos materialmente correr desalado, ir inquietamente de un lado a otro, sujetando con las manos ambos hemisferios, como si le estorbasen en su desordenado vagar.

Por excelencia, el que *anda con el c... a dos manos*, es el infeliz que ve la ruina próxima, que no sabe como atender a sus compromisos, a los vencimientos de sus letras.

¡ANGELA MARIA!—Exclamación que expresa aprobación, asentimiento.

Pudiera traducirse por: ¡Eso es! ¡Muy bien!

Cuando a uno le proponen la solución de un problema, o le invitan a que recuerde un suceso lejano, al dar la contestación satisfactoria, los circunstantes suelen exclamar:

—¡Angela Maria! que equivale a ¡eso es!, ¡gracias a Dios!

ANGURRIA.—Padece de *angurria* o sea de incontinencia de orina.

Hoy se usa poco.

AÑUGARSE.—Corrupción del arcaísmo añusarse, atragantarse, estrecharse u obstruirse el tragadero como si le hubieran hecho un nudo en él.

APENUSCADO.—Lo que forma un conglomerado duro, irregular, desordenado.

Apeñuscar, es colocar las cosas pegadas unas a otras, revueltas, sin orden ni concierto, como un montón de pedruscos o de peñas.

—¿Quién habrá andado en los cajones de la cómoda? La ropa está toda *apeñuscada*.

APETITOSO.—En Canaria, como en toda España, se llama *apetitoso* a un plato o manjar, pero aquí se toma también esta palabra como significativa de aspirante ferriente, de pretendiente a algún objeto o persona.

—¿Ya alquiló la casa, comadre?

—Todavía no; pero tiene muchos *apetitosos*.

APELATIVO.—Es muy común en la gente ignorante confundir esta voz con la de apellido.

Así es que, con frecuencia, al ir a firmar un documento, uno de esos sujetos a los que llamamos *analfabetos*, pregunta, con la pluma en ristre:

—¿Pongo también el segundo *apelativo*?

APIPARSE.—Comer con exceso, hartarse, llenarse la barriga como quien llena una pipa.

A los banquetes (homenajes gastronómicos a usanza del día) suele asistir una minoría delicada, una *élite*, atenta a extraer de los brindis una suave emoción estética; pero, doloroso es confesarlo, no faltan los devotos de la materia, los que van a tales solemnidades con el solo fin de *apiparse*.

APOPAR.—Como otros muchos que se irán viendo, este modismo proviene del lenguaje de la gente de mar. (Volver el buque la popa al viento, *empopar*.)

Significa animar, apoyar, sostener, alentar a alguien en su deseo y propósito de alcanzar un objeto determinado, v. g. en una pretensión amorosa.

También se usa, en el sentido de alabar con exageración e injusticia, *adular*.

ARRABAL.—Por natural extensión de esta voz castellana, se aplica en los campos para designar un *finquejo*, un terreno de escaso valor.

—¿Y el cacho de tierra que está pegado al alpendér?

—Eso no vale nada. Es un *arrabalillo*.

ARRAMALADO.—El que presenta la piel de la cara sembrada de manchas rojizas, producidas generalmente por un estado febril.

ARRAMBLADO.—Se dice del prójimo totalmente arruinado, del pobretón pelafustán, del que no tiene una peseta,

—¿Cómo anda Frascorro?

—Está completamente *arramblado*.

ARRAMBLAR.—Arrebatarse, llevárselo todo, cargar con el santo y la limosna.

—Apenas el viejo cerró el ojo, su sobrino Pancho se metió en la casa y *arrambló* por todo.

ARRANCADA.—*Venir de arrancada*.

Dejar definitivamente el lugar en que se residía, con la intención de no volver a él.

—¿Está usted todavía de temporada en las Canteras?

—No señor: *he venido ya de arrancada*.

ARRANCAR LA CAÑA.—Frase enérgica y pintoresca que vale tanto como marcharse definitivamente y violentamente de alguna parte por impulso propio u obligado por las circunstancias.

Es también fórmula para despedir a alguien de mala manera y con amenazas; ¡*Arranca la caña!*

ARRANCAR.—Reunir, juntar, por ejemplo, muebles o prendas de ropa antes de emprender la marcha.

ARRANCLIN.—Sinónimo de "arrancado", pobre diablo, perdis, el que no tiene una peseta.

ARRENTE.—Vocablo de origen galaico-portugués, de uso constante en la conversación de los isleños.

Pudiera traducirse por "junto a".

"Corta la tela *arrente* de la vara de medir", se dice del comerciante económico y meticulado que no concede a la clientela ni el margen de un centímetro.

Pelar arrente es pelar al rape, accionando la tijera o la máquina junto al cuero cabelludo.

ARRITRANCO.—Cubanismo de mucho uso en Gran Canaria, que tiene el sentido recto de trasto, mueble viejo e inútil y el figurado de persona vil, desprestigiada, despreciable, con especial aplicación a la mujer.

Es singular que en el léxico regional gran canario, formado en épocas en que nuestras pobres *hetairas* no llegaban a la media docena, haya tal abundancia de vocablos para designarlas: *arritrancos*, *tiestos*, *chancos*, *felpudos*, *belillos*, *pilfos*...

ARRORRÓ.—Es la canturía que usa la madre canaria para dormir al niño, melodía dulce y monótona cuya letra perdura hasta la muerte en la memoria del isleño.

—*Arrorró* niño chiquito

Que tu madre no está aquí...

... ..

A intervalos, la cantora interrumpe la frase melódica con una serie de notas graves, quejumbrosas, prolongadas que acompañan al vaivén acompasado de la cuna.

Parece demostrado que el *arrorró* es cosa nuestra, genuinamente canaria, de incierto origen.

Como asunto artístico, ha sido ampliamente explotado por los músicos y poetas de la región.

ASMADO.—Quedarse *asmado*, "id est", quedarse atónito, estupefacto, llegar al colmo de la sorpresa.

Verbi gratia, cuando una señora le cuenta a una amiga un suceso increíble por lo escandaloso, la confidente suele exclamar:

—Pinito, ¿qué me dice? ¡Me he quedado *asmada*!

ASOEIMBAR.—Del sustantivo "sorimba" citado más adelante.

Se usa el verbo como activo y como reflexivo.

—*No me asorimbes*, no me avergüences; no me azores. *Estar asorimbado*, situación de ánimo muy frecuente en

los muchachos que asisten por vez primera a un baile o a una reunión y que llega a su periodo álgido en el momento del saludo a la señora de la casa.

Explica algunos incidentes de cruel recordación para los interesados; puntapiés a los muebles, caída del sombrero o del bastón, respuestas estupefacientes.

—¿Tiene usted, *vis a vis*?

—Si señora (exhibe la tarjeta de invitación).

Se asorimbó. Se azoró, se avergonzó, quedó corrido.

ATABICAR.—Voz expresiva y casi insustituible del léxico gran canario.

Poner a uno entre la espada y la pared (entre dos tabiques) cortarle la retirada, secuestrarle en cierto modo para que atienda a manifestaciones o recomendaciones enojosas e impertinentes.

Es cosa frecuente en Las Palmas, donde abundan los desocupados o asesinos del tiempo, ser *atabicado* por uno de ellos, asido por la solapa y saludado en esta o parecida forma:

—¿Cómo está y cómo le vá?

—Me alegro de verle. Pensaba ir a su casa, pero ya que le encuentro a mano... Son cuatro palabras... etc.

Y el *atabicamiento* suele durar media hora, a veces bajo un sol al cual, dados sus antecedentes de familia se puede, sin ofensa, llamar africano.

ATARRACADO.—Dícese del varón rechoncho, cuadrado, macizo y sobre todo de aquel cuyo aspecto y modales revelan la procedencia rural.

A TIRO, A TIRITO.—En seguida, a escape, inmediatamente, sin dilación.

—*Ven a tiritito*: no tardes, no hagas más que ir y venir, ven volando.

ATOREAR.—La etimología está bien clara. Es la misma de *torería* (escándalo, algazara). ¡Fuerte *torería* se armó!

Atorcar, es perseguir con palabras gruesas y vociferaciones a un sujeto, para escarnecerle y vilipendiarle.

Recuerden nuestros contemporáneos el fervor con que todos, niños del Colegio o *mataperros* de la banda del mar *atoreábamos* a los deliciosos mendigos y *palanquines* de nuestra niñez: Violento, tío Peludo, tío Gabeta.

Por cierto que Violento le echaba toda la culpa a la fecundidad de las madres. El las calificaba de un modo gráfico y pintoresco que es lástima no poder estampar aquí.

ATORRARSE.—Quedarse quieto, inactivo, callado, en actitud expectante, esperando los acontecimientos, viéndolas venir.

—*Atórrate*: espera, ten calma, no te muevas, hazte el muerto.

ATRABANCAR.—Disponer las cosas de modo que formen obstáculo, que impidan o dificulten el movimiento o el ejercicio ordenado de una función.

De la cocinera atolondrada o inexperta, que se hace un lío con los peroles y cacharros, se dice que tiene *atrabancada* la cocina o que no sabe *desatrabancarse* de ella.

Se llama *atrabancado* al torpe, o al que no domina aún un asunto o tarea.

—No puedo resolver este problema .Me encuentro *atrabancado*.

ATRONCARSE.—Quedarse postrado, insensible, sin movimiento, *hecho un tronco*.

—¿Cómo sigue el enfermo?

—Fatal. Está ya *atroncado*.

APALASTRARSE.—Agazaparse, tenderse.

En lenguaje familiar, se dice que está *apalastrada* la persona que hace una vida inactiva y sedentaria.

ATACUÑAR.—Atarugar, meter cuñas, rellenar con fuerza.

Con relación a las armas de fuego de otros tiempos, se *atacuñaba* el fusil o la pistola, introduciendo y apretando la carga con la varilla de hierro llamada baqueta.

AQUELLAR.—Aquí llegamos al colmo de la sencillez filológica: la sustitución de todos los verbos por uno solo.

El isleño del pueblo y del campo acude al simpático verbo *aquellar* para designar la acción o estado cuyo preciso signo de expresión ignora o no recuerda.

Aquellar es, pues, un verbo universal, de significado elástico y latísimo.

Parécenos que una de sus acepciones más frecuentes es la que se refiere al deterioro y reparación de un objeto.

Por ejemplo, la cocinera dice al ama de la casa:

—Señorita, la tapa del hornillo está *aquellada* (estropeada, averiada).

—Vino el herrero y la dejó *aquellada* (reparada, compuesta).

B

BACHICHA.—Un hombre de corta estatura y además obeso, sobre todo ventrudo, es un *bachicha*.

BAIFO.—Así llamaban al cabrito los coterráneos de Doramas y de Bentejui.

Esta palabra guanchesca ha dado origen a un singular modismo:

Irsele a uno el báifo, es lo mismo que dar una pifa, cometer un disparate, hacer una plancha.

Se le fué el báifo al médico que erró en el diagnóstico, al abogado que planteó la demanda, al predicador que perdió el hilo del sermón.

BAIFUDO.—Adjetivo procedente del sustantivo indígena *báifo*, de que se hace mérito en este conato de diccionario.

Ser o estar *baifudo*, se dice del sujeto obeso, demasiado gordo, sobre todo de carrillos o de cogote.

BAJIDO.—Podrido corrompido.

Del pescado que no es fresco, suele decirse que tiene olor a *bajido*.

BAJO.—Aliento.

Tomar el bajo es olfatear el hálito de alguien para averiguar, por ejemplo, si ha fumado o tomado alcohol.

BAJURRIA.—La etimología parece la misma que la de *bajido*, cosa baja, despreciable, adyecta.

Bajurria es podredumbre, de modo que oler a *bajurria* es el colmo de la pestilencia.

BALADERA.—Cuando el nadador, cabalgando en la cresta de la ola, se abandona al impulso de ella, hasta llegar a la playa, se dice que coje *una baladera*.

Figuradamente, del que huye o se retira del lugar a donde solía concurrir, se dice también que coje *una baladera*.

BALADRÓN.—En castellano equivale a fanfarrón, el que se jacta de tener cualidades que le faltan, generalmente el valor personal.

Pero aquí, en Gran Canaria, el calificativo es más grave, puesto que se emplea como sinónimo de pillo, granuja, canalla.

—No te fíes de él. Es un pedazo de *baladrón*. A mí me ha hecho muchas *baladronadas*.

En sentido familiar y festivo, un *baladrón* es un vivo, un calavera, un listo; suele decirse de él que tiene la *sangre ligera*.

—Ya se sabe todo, *baladrón*.

Usase también el diminutivo: *baladroncillo* (pillín).

BALAYO.—Con este nombre de *balayo* cuyo origen desconocemos, se designa aquí a la espuerta que es, según todo el mundo sabe, una especie de cesta con asas, hecha generalmente de esparto o de junco trenzado.

BALDONEAR.—De baldón. Insultar, hablar pestes de una persona.

Equivale a la frase más adelante citada “Hacer un deshonro”.

—Se jartó de darme *jalones* de pelo y me *baldonió* con palabradas que yo no soy *dina* de oirlas.

BAÑA.—Andando el tiempo, el vientre suele emanciparse del corsé o del pantalón, alterando grotescamente la armonía de la línea.

A veces la redondez describe un arco de círculo (curva de la felicidad), otras se quiebra por la cintura, trazando el perfil de una calabaza de peregrino.

En este último caso, la parte inferior, el bajo vientre, recibe el nombre de *baña* en el lenguaje isleño.

BARETAS.—“Irse de baretas”.

Caerse, tanto en sentido material como espiritual, de un modo definitivo y lamentable, quedando pulverizado, aniquilado para siempre.

Se fué de baretas se dice del que se muere y del que se arruina hasta quedarse sin un céntimo.

BARRO.—Grano. Se aplica sobre todo a los que se forman en la cara precursores de la barba o *patilla*, en el sentir popular.

—Tiene el cutis perdido, lleno de *barros*.

BATATA.—Este tubérculo, que es tan acreedor como su amiga y parienta la patata, al calificativo de precioso que a esta última suele aplicar la prensa, se toma entre nosotros como sinónimo de exageración, mentira, infundio.

—¡Fuerte *batata*!

BELETÉN.—La primera leche que dan las reses después del parto. Es muy probable que esta voz sea una de las pocas que nos quedan del idioma de los indígenas canarios.

BELINGO.—Diversión, fiesta, jolgorio.

—¡Qué *enraladas* son las niñas de maestro Pepe! Siempre están de *belingo*.

BELILLO.—Es un *belillo*, un ente despreciable, sin palabra, sin respetabilidad.

También es un *belillo* la mujer de vida airada.

Y un lío, un bulto, un envoltorio, es también un *belillo*.

BELMONTINA.—¿Quién, hasta hace pocos años, decía en Gran Canaria un *quinquet* de petróleo, una lata de petróleo?

Todos, altos y bajos, decíamos un *quinquet de belmontina*, una lata de *belmontina*.

¿Origen de tal nombre? Declaramos no saberlo con fijeza. De tan grave problema filológico, la única solución que podemos ofrecer es una mera hipótesis.

Hemos oído hablar vagamente de un señor Belmonte, introductor del petróleo en la Península y padrino a la vez del nuevo combustible, el cual penetró en las Canarias con el nombre de *belmontina* y aquí lo conservó, cuando en el continente nadie se acordaba ya de él.

Pero del señor Belmonte no sabemos absolutamente nada y hay quien duda de su existencia, como de la del divino Homero.

BEMBAS.—Labios gruesos, salientes, abultados.

—¡Fuerter *bembas*!

Es un americanismo.

Las *bembas* y las *pasas* (rizos) son consideradas en Gran Canaria como rasgos distintivos de la gran familia de Cham, de la que persisten en el Sur algunos descendientes.

BESOS.—Por una suerte de metonimia que los retóricos olvidaron (la obra por el autor) los *besos* han venido a ser los *labios* en la jerga popular de Gran Canaria.

—Tiene unos *besos* como lebrillos.

Las personas cultas se abstienen del uso de este tropo, origen de dos frases soberbiamente expresivas:

1.^a Dar por los besos.

Dar por los besos es suscitar la envidia, el resquemor de un rival, con la posesión aparatosa de un objeto de valía que aquél no tiene y desea poseer.

Es como el refregárselo en las narices.

Por ejemplo.

En los tiempos áureos de la cochinilla, si un cosechero compraba un reloj de diez onzas, el vecino mandaba a buscar un piano de cola para *darle por los besos*.

2.^a Tener cojido por el beso.

El boyero trinca a la res por el belfo para llevarla adonde debe ir.

De ahí que, con escasa delicadeza y no sobra de respeto, diga el pueblo del que tiene supeditado a otro, dominándole y haciendo de él lo que le da la gana, que le tiene *cojido por el beso*.

BETERRADA.—Este arcaísmo, que al parecer tiene la misma etimología que el francés *beterave* (*beta rubens*) ha persistido en Gran Canaria donde nadie llama de otro modo a la remolacha.

BICACARO.—¿De dónde vendrá el llamar al vizco *bicacaro*? No lo sabemos.

Venga de donde viniere, el modismo es muy gracioso y muy canario.

BICO.—El *bico*, una de tantas voces de origen galaico-portugués, que son de uso constante entre nosotros, es un saliente practicado en el borde de un jarro y destinado a facilitar la salida del líquido.

Como la figura del *bico* es parecida a la de un labio estirado en forma de canal, de aquí la frase *hacer el bico*, aplicada a la expresiva mueca que forman los niños, alargando el labio inferior, antes de echarse a llorar.

BÍGARO.—Así llamamos al pez esmirriado, diminuto, indigno de la sartén y que el pescador, desdeñoso, devuelve a sus líquidos penates.

Y, naturalmente, llamamos también *bígaro* al enclenque, delgaducho y de poco fuste.

BICHARANGO.—Diminutivo canario de bicho.

Ser menos que un bicho no es una situación envidiable. Tal es la de aquellos individuos encanijados, faltos de desarrollo y de virilidad, a los que la gente aparta de sí con el calificativo casi afrentoso de *bicharango*.

BICHARSE.—¿Quién, al abrir con dedos codiciosos un durazno mollar, no ha visto, culebreando en el seno de la sabroja pulpa, una asquerosa larva? El durazno está *bichado*. ¡Horror!

Nuestros campesinos, que probablemente no han leído a Fabre, creen que el *bicharse* la fruta es consecuencia de la humedad, de la *tarozada*.

¡Qué útil no sería, en la escuela rural, un curso de entomología práctica! En él aprenderías, apreciable *maduro*, que no es el sereno el que puebla de bichos tus higos o tus duraznos, sino el insecto previsor que busca en ellos cuna y despensa para su familia.

BICHILLO.—Es el solomillo, región carnosa y tierna del lomo de la res.

Cuando se inicia la mejoría, se suele confortar al convalesciente con el pollo o la cabrilla frita. Más adelante, entra en escena el bistec de *bichillo*, ideal gastronómico, que no está hoy al alcance de todos los bolsillos.

BICHOCA.—Descalabradura. Herida, tumor, lesión en general.

—Cayó como un *cortacapote* y se hizo en la cabeza una *bichoca* tamaño así.

BIRRIENTO.—Puerco, asqueroso. Se aplica a la persona y al traje.

BISE.—Hacer la *bise*. ¡Oh término encantador que nos recuerda nuestra infancia!

Sobre todo antes de ir a la cama o a la calle, la mamá sienta al pequeñuelo en la urna para que *haga la bise* y muchas veces simula para provocarla, el ruido característico de la operación.

BITOQUE.—En el léxico canario, el *bitoque* no es, con relación al tonel en que se practica un agujero, el tapón que sirve para cerrarlo, sino el acto de abrirlo, (barreno), para apreciar la calidad del líquido contenido en el envase.

—Darle un *bitoque* a la pipa.

A virtud de una comparación totalmente desprovista de delicadeza, la punción que en el hidrópico practica el cirujano, se llama también *bitoque*.

—Doña Pepa está más aliviada; anoche le dieron un *bitoque* y le sacaron *porción* de agua.

BLANDIARSE.—Es ejercitarse, entrenarse en las diferentes suertes de la lucha canaria (levantada, desvío, agachadilla, etc.) para sostener el vigor y la agilidad de los miembros, factores indispensables del triunfo en el día del certamen.

El noble y caballeresco deporte, herencia de la generosa e infortunada raza indígena está hoy en plena decadencia, próximo tal vez a su total desaparición.

Sería impropio de este libro el trazar un bosquejo histórico de la lucha canaria. Quédesese la empresa para quién disponga de la erudición y del estro necesarios para cantar las glorias de Matías Jiménez, el Napoleón de la lucha, del insigne Juan Castro, del épico *Mandarrias* y de tantos otros preclaros varones, delicia de nuestra juventud.

BOBÁTICO.—Tonto, mentecato, insubstancial.

Es el peor calificativo que puede aplicarse a Julieta canaria al aspirante a Romeo.

BOBEAR.—Del sustantivo bobo el verbo *bobear*, decir tonterías, hacer el tonto, ponerse en ridículo, sobre todo en presencia de personas del otro sexo.

—Pepito ni por casualidad dice una cosa razonable. Siempre está *bobiando*.

BOGA.—La *boga* es un pescado barato, de inferior calidad.

Antaño se daba de comer a los forasteros en unas casuchas que había en el *Toril*, frente al barranco, en la entrada de la que es hoy calle de Juan de Quesada.

Delante de las puertas y en plena vía pública, se freían en sartenes, al aire libre, las sardinas y las *bogas* que habían de figurar en el "menú" de los huéspedes.

De aquí la popularísima conminación con que suele despedirse, aventarse, al importuno y majadero:

—Vete a freir *bogas* al *Toril*.

Algunos son más concisos y al contar la forma en que rechazaron al que vino con una pretensión enojosa, dicen sencillamente:

—Le mandé a freir *bogas*.

BOLLO.—El *bollo* es el antipático sombrero de copa o *chistera*.

El *medio bollo* es el hongo, que apenas se ve hoy en la cabeza pelada de algún viejo.

Bollo es también el golpe dado con el puño, *coscorrón* o *trompazo*.

BONDÓN.—Un *bondón*, es un alma de Dios, un inocente, un infeliz, predestinado a la explotación y al engaño.

BOQUETE.—Por natural extensión del sentido recto de esta palabra castellana, se llama *boquete* en Gran Canaria a la herida penetrante, sobre todo a la inferida en el cráneo.

—Le tiró una pedrada y le abrió en la cabeza un *boquete* tamaño así.

BOQUINO.—Así se llama al favorecido con la configuración especial de la mandíbula inferior que los sabios llaman prognatismo, legado, según parece, de nuestros respetables abuelos cuadrumanos.

En puro y terso canario, ser *boquino* es tener *cajeta*, o sea la característica deformación producida por el avance de la mandíbula inferior, de modo que los dientes de ella queden encima de la mandíbula superior, o sea en posición inversa a la normal.

El aspecto algo simiesco de los *boquinos*, no justifica la opinión de malas personas en que les tiene el pueblo.

BORSOLANA.—De formación probable de “porcelana”.

Llámase de este modo en la canaria jerga a la palan-gana o jofaina.

BOTAR.—Tanto en América como en Canaria, *botar* es (aparte de los genuinos significados que tiene este verbo) despedir bruscamente, con violencia.

—Nunca me olvido de que me *botó* de su casa.

Además, *botar* el dinero es malgastarlo, derrocharlo.

De aquí los epítetos de *botador* y de *botadora* (malgastador, maniroto) de tanto uso en América y en Canaria y aun creemos que en Andalucía.

—Frasquito nunca adelantará nada porque su mujer es una *botadora*.

—No te *botés*: ten calma. No te precipites.

BRUMA.—Llevarse en *bruma*.

Arrebatarse las cosas, hacerlas desaparecer con rapidez vertiginosa.

Antaño, en el “ambigú” de ciertas sociedades de recreo, los dulces *volaban*, se los llevaban *en bruma*, y muchas veces, a la media hora de abierto el “triclinio”, no quedaba ni una yema de coco.

... ..

Una señora entra en una tienda en que le han dicho que se vende una “zaraza”, muy económica.

—Doña Pino, le dice el dependiente. De esa ya no nos queda ni una hilacha. Se la llevaron *en bruma*.

BREAR.—Castigar con mano dura, cruelmente.

—Si lo vuelvo a cojer en el salto, lo *breo*.

B.

B...—Es una palabra muy castellana que significa lo grotesco, un grado inferior de lo cómico.

Hay un género teatral, el género *bufo*, cuya aspiración es divertir con extravagancias y astracanadas.

¡Los *bujos* de Arderius! Toda nuestra juventud despierta, con la evocación de la famosa Compañía. Nos sabíamos de memoria “Los Sobrinos del Capitán Grant”, letra y música. Y si alguna Compañía los pone, como yo pueda, no faltó a ellos.

Pues bien, en Canarias, no es la palabra que comentamos una palabra fina, ni mucho menos. Al oírla, unos se rien, otros se ruborizan, otros se indignan.

En la Península sí que puede decirse impunemente.

Recuerdo que una vez, en el patio de la Facultad de Derecho de la Universidad de Barcelona, formábamos un corro varios estudiantes, fumando, escupiendo, diciendo gansadas, y de pronto, hizo su aparición en la atmósfera

una especie de pájaro de mal agüero, de hálito pestilencial. No había duda posible, era *El*, el que sin alas voló, con su personalidad inconfundible, con su animalidad profunda...

Un amigo y paisano que me hacia frente en el corro, exclamó:

—Oye, tú. ¡Vaya un *b...* que nos estamos chupando!—

Ultimo rasgo de la descripción, para que nadie alegue ignorancia. El *b...* es todo lo contrario del Cine sonoro.

BUCHES.—Consiste esta poco delicada y no muy fina operación en llenarse la boca de agua o de otro líquido y expulsarla luego con fuerza.

El *hacer buches* es cosa de chiquillos malcriados.

· **¡BUENO!**—Exclamación que denota incredulidad y que equivale también a ¡Vaya una noticia! ¡Noticia fresca!

—No sabes que *Julito* dejó a la novia de tantos años *pa arreglarse* con la de *Fleitas*?

—¡*Bueno!* (Cabe interpretar por no lo creo, lo dudo... o por ya lo sabíamos, no nos coje de nuevo).

BUCHINCHE.—Local estrecho, pobre, miserable.

Se aplica a los tenduchos, tabernas y fondas de mala muerte.

—¿Ven ustedes a don Mamerto, el de la calle de Triana? Pues yo le conocí con un *buchinche*, frente a la *Re-coba vieja*.

C

CABE.—Es el topetazo que da el carnero y, por extensión, cualquier golpe o papirotazo.

—El tranvía le dió un *cabe* a una tartana.

CABECEADURA.—Majadería, testarudez, obstinación.

Etimología evidente:

Cabeza dura.

—¿Cómo pudo Consesionita casarse con ese mentecato?

—Lo hizo por *cabeceadura*.

CACHARRO.—En estas latitudes, un *cachorro*, es un señor de aparatosa superficie y que en el fondo no sirve para nada.

Abundan los *cachorros* en la Ciudad y en el campo.

No hay que confundir al *cachorro* con el holgazán.

El *cacharro*, "hace cosas", demasiadas cosas, pero todas ellas sin más sustancia que el agua de la pila. Algunos añaden el mote al nombre propio. Y el sujeto resulta más conocido por Juan *Cacharro*, que por Juan Pérez o Juan López, por ejemplo.

La etimología es bien clara, me parece, El "cacharro" es aquí la lata de petróleo vacía, que sirve a las pobres mujeres del pueblo para llevar a sus domicilios el agua de la fuente pública. Ahora bien, la lata está vacía y hace ruido cuando se la arrastra; lo mismo que el sujeto de nuestra especie a que nos referimos: es vacío y sonoro.

ACACHARRARSE.—Es empeorar de condición, desmerecer, echarse a perder. Aquí se aplica mucho a los “autos” algo viejos y de mucho uso. ¡Qué *acacharrado* está el “auto” de don X...!

Algunos llevan su exageración hasta el punto de afirmar que el clima de Canarias, este clima inmejorable, de insustituible beneficio para los tuberculosos, es funesto para los automóviles y que éstos empiezan a *acacharrarse* tan pronto como arriban a las Afortunadas.

CACHIMBA.—Voz portuguesa que sustituye a la castellana pipa (de fumar).

Echar un *cachimbazo*; suprema delicia de los viejos navegantes que antaño se sentaban en los poyos de San Telmo, a contarse las proezas de su accidentada mocedad.

CACHIPORRO.—En el lenguaje de la gallera, “sport” tan popular en Canaria como el fútbol o la lucha, un *cachiporro* es un gallo que no sirve para la riña, condenado sin remisión a la cazuela.

En lenguaje figurado, se llama *cachiporro* al varón torpe y estúpido, que está demás en todas partes.

CACHORRA.—Canarismo es éste que con justicia asombra a los forasteros. ¿Qué tiene que ver el sombrero flexible con la hembra del cachorro?

Y sin embargo, se llama y continuará llamándose *cachorra* al sombrero ese, sobre todo al toscó, fabricado en el país, que se usa por el pueblo y en los campos. Y mientras perduren las Canarias y sigan ocupando aquel lugar algo arrimado a la cola en que las vió don Tomás de Iriarte, seguirá diciéndose: Tóquese la *cachorra*. No se quite la *cachorra*.

—Tóquese la *cachorra*.

—Usted primero, compadre, que ha sido Alcalde.

A la par y a un tiempo.

—Todos podemos.

CALENTURA.—No es aquí el término sinónimo de fiebre. *Cojer una calentura* es cojer una rabieta, montar en cólera.

—¿Pero, señor; que necesidad tenía yo de *cojer una calentura*?

CALLARLE A UNO EL SECRETO.—Estar ignorantes o en ayunas de una cualidad o aptitud del prójimo buena o mala (generalmente mala).

—Esta “cabeza de estudio” es de mi chico.

—Hombre, pues *yo le callaba el secreto* (es decir, no sabía que tuviese tal habilidad).

¿Por qué a veces el tonto goza fama de sabio? Porque todos *le callamos el secreto*, lo que equivale casi a ser cómplices de su imbecilidad.

En España, ¡a cuántos les *callamos el secreto*!

CAMA.—Hacerle *la cama* a alguien. Es un modismo familiar, que implica la idea de prepararle el terreno, de adormecer su vigilancia y suspicacia, para colocarle en una situación desagradable, por ejemplo, agredirle con el sable metafórico.

Cuando un comerciante o industrial de quienes somos deudores, dilata la presentación de las *oportunas* facturas, con el objeto de engrosar y robustecer el crédito, solemos decir que nos está *haciendo la cama*.

CAMANGO.—Gesto, mueca, que no es como el *re-mango*, señal de burla o desprecio y testimonio de mala educación, sino más bien un *tic* nervioso, contracción

involuntaria y maniática de los músculos de la cara o de los brazos.

—Esta chiquilla es muy nerviosa. Siempre está haciendo *camangos*.

CAMBALETA.—Dícese de la persona encorvada o torcida por la edad o la dolencia.

—Hace días vi a Jeromito. Está hecho una *cambaleta*.

CAMBAR.—Esta deformación del verbo “cambar” ha logrado desterrar y eliminar por completo en Gran Canaria al vocablo genuino.

—No te *cambes*, niño, (no te encorves, camina derecho).

—Isidrito es un infeliz. Todo le sale *cambado*.

CAMBEO.—Otro ejemplo de deformación verbal.

En las pobres tiendas de los barrios si usted quiere comprar una cajetilla de cigarros o una caja de cerillas, y ofrece en pago una moneda de cinco y aun de dos pesetas, es muy común que se la devuelvan, con la frase:

—No hay *cambeo*.

CAMBIATINA.—Mudanza en la opinión, en la marcha y dirección de un asunto o empresa y en la conducta general de la persona.

Del voluble, caprichoso e inconstante, se dice que tiene muchas *cambiatinas*.

CAMBULLÓN-CAMBULLONERO.—Apenas fondea en el Puerto de refugio de la Luz un vapor, sobre todo si es extranjero, le rodea un emjambre de botes cargados de jaulas, de racimos de plátanos, de piezas de tela, de

cajas de tabacos... Son los botes de los *cambulloneros* o profesionales del *cambullón*, suerte de tráfico que consiste en vender a bordo ciertos productos del país, por ejemplo, pájaros canarios, telas bordadas, cigarros palmeros, orlados a veces por un anillo de Henry Clay.

¿Etimología? Creemos, sin estar muy seguros que la cosa viene de *cambio*; pues si bien la compraventa es la operación corriente en esta clase de tratos, no es rara la permuta (por ejemplo entre un perico y una lata de conservas).

Del *cambullon* viven muchas familias, algunas con relativo lujo.

CAMPANA.—Llamar una *campana* a una deuda de importancia es un modismo que no tiene cómoda explicación.

¿Será por que la deuda nos atosiga y aturde como el repique incesante de una "campana"?

—La cocinera se marchó, después de haberle hecho una *campana* a la señora en el almacén de Chanito.

CAMPURRIO.—Hombre de campo.

Por extensión, bruto, cerril, ignorante.

CANCABURRADA.—La etimología está patente.

Disparate, torpeza, plancha.

Hacer una *cancaburrada* equivale a *meter la pata*.

CANDONGA.—Cárcel, mazmorra, chirona.

—En el colegio hay una *candonga* para los niños ruines.

CAPÓN.—Golpe dado en la cabeza con los nudillos.

En los tiempos casi prehistóricos en que nosotros aprendíamos las primeras letras, el alumno que vencía.

a otro en gramática o en aritmética, adquiría el derecho de proponerle un *capón*.

Nótese también la frase de dar una *caponiada*.

CAQUERO.—Sombrero viejo, deteriorado, ridículo.

En los tiempos en que era de rigor ostentar en los entierros (sobre todo en la cabecera de ellos) el antipático *bollo* (sombrero de copa) solían exhibirse por esas calles *caqueros* contemporáneos del Estatuto Real.

Recuérdese la conocida frase, aplicable al que ferrosamente apetece lo que en apariencia desdeña.

—No lo quiero, no lo quiero, póngamelo en el *caquero*.

CAPORRA.—Es el puño del bastón o del garrote cuando tiene forma de bola.

En las procesiones de antaño, de pronto uno de los viejos que figuraban en el acompañamiento, ojos bajos y *cachorra* en mano, sentía un fuerte papirotazo en la calva.

El autor de la fechoría era un *mataperro*, armado de la *caporra*, bola de cera pendiente de un elástico o de un hilo *acarreto*.

CARAJACA.—Se asa el hígado y se sirve con mojo picante.

Tal es la *carajaca*, comistraje muy conqcido de los parrandistas y trasnochadores.

Los de antaño, después de una noche de tormenta, solían arribar a los refugios hospitalarios del Pensativo, del Mosquito o de María del Pino, como gruesos navíos, más o menos averiados.

Allí, estimulados por la *carajaca*, completaban su cargamento de alcohol.

CARGAZÓN.—Periodo álgido de una enfermedad, aumento de la fiebre.

—Al mediodía le entra siempre la *cargazón*.

CARGAR TRASERO.—Por semejanza a lo que hacen maliciosamente algunos caballos, mulos o burros, que deslizan la carga hacia la grupa, o sea hacia donde menos molestia les causa, se dice en el campo *que carga trasero*, de un holgazán o de un remolón, o sea del que rehuye lo más penoso de una tarea.

CASAR.—No es verbo, aunque así lo parezca, sino sustantivo.

En lenguaje colombófilo un *casar* de palomas es la pareja fundadora del nido, destinada a la reproducción de la especie, con fines estéticos o mercantiles.

En la familia humana tiene el mismo significado el vocablo que hoy nos ocupa.

—¿Cuántas hijas tiene usted, mi buen amigo?

—Hasta la fecha, un *casar* (esto es, la pareja de macho y hembra, alegría y orgullo de los padres).

CATUMBA.—El gremio de mareantes de San Telmo celebra todos los años, desde tiempo inmemorial el día de su patrono, San Pedro González Telmo, con una fiesta religiosa en la que fué ermita de aquel Santo, hoy parroquia de San Bernardo.

La víspera por la noche hay fuegos artificiales, música, voladores, cajas de turrón... y al siguiente día función religiosa, con asistencia de la autoridad de Marina etc.

¿De dónde viene que llamemos a esta fiesta tradicional, delicia de nuestra niñez, la *Catumba*?

Hemos oído discurrir acerca de este punto a varios

filólogos isleños y la opinión más fundada parece ser la siguiente:

Reunido en cierta ocasión el gremio, para acordar los preparativos de la fiesta, uno de los marinos preguntó:

—Señores, ¿qué vamos a hacer este año?

—¿Este año?... Pues este año... dijo otro... lo de *costumbre* o la *costumbre*.

Todos los años se votaba, pues, la *costumbre*.

He aquí, según el dictamen de los expresados eruditos, la etimología de la *Catumba*.

CEBOLLA.—Un *cebolla* es en estas latitudes, un imbecil, un bobo de solemnidad.

Es más bobo que una cebolla, esto es, se cae de puro tonto, es el rey de los mentecatos.

CENDAL.—Sujeto listo, activo, inteligente.

Aplicase el epíteto sobre todo a la gente moza.

—Este chico es un *cendal*, esto es, desempeña su cometido con habilidad y diligencia.

CERRERO.—Tosco, inculto, sin formas sociales.

En los tiempos de nuestra mocedad, al estudiante canario que llegaba a Madrid con el pelo de la dehesa, sin saber entrar en una sala ni saludar a las señoras y guardando en las tertulias alto silencio, se le llamaba *cerrero*, *cerrerito*, asemejándole al habitante de los cerros, de las alturas, de la *Cumbre*, (cordillera que cruza la Isla de Gran Canaria.)

CISNAR.—Trazar en la tela con el lápiz el dibujo (iniciales, guirnaldas, divisas etc.) que ha de servir de esquema o de base al bordado.

CIUDADELA.—Como las casas de vecindad divididas en pisos, y compuestas de numerosas viviendas, parecen una ciudad en miniatura, de aquí el designarlas con el diminutivo *ciudadela*, que significa cosa tan distinta en el arte de la fortificación.

CLAREA.—Sustituye en la canaria jerga a la voz "claro" (sustantivo), intervalo, espacio vacío, solución de continuidad.

—Gregorito se está quedando calvo. Tiene en el casco una *clarea* tamaña así.

CLOCOS.—Adornos del vestido femenino, consistentes en dobleces o pliegues de la tela.

—¿Has visto el último número del Vogue? Ya se vuelven a usar los *clocos*.

COBUCHO.—Cucurucho de papel que contiene dulces, almendras, manices, chufas, garbanzos tostados etc.

En el Teatro *viejo*, también llamado de Cairasco, los pollos obsequiaban a las niñas con *cobuchos* de almendras "garrapiñadas".

COMEDURIO.—Se aplica al de los animales, y por natural extensión, al chanchullo, al cobro ilícito, a lo que suele también llamarse *mamadera*.

—A mí que no me digan; en esa oficina debe haber un fuerte *comedurio*.

COMECHOSO.—Ahorrador, aprovechado, hormiguita, hacendoso.

Sospechamos se usa en alguna otra región de España.

COMO EL OTRO QUE DICE...—Modismo que el Isleño,

sobre todo si es inculto, introduce a cada paso en la conversación, como si sintiera la irresistible necesidad de confirmar sus juicios con los de otros.

En la frase hay una característica inversión. Debe ser "como dice el otro", persona en ambos casos innominada y desconocida.

CONDUERMA.—Tarea o misión difícil, espinosa, desagradable, antipática. *Conduerma*, equivale a pejiquera.

Todo lo que se hace de mala gana, lo que nada ha de reportarnos, ni favorece nuestro egoísmo o nuestro interés personal, es una *conduerma*.

Por ejemplo, las visitas de luto, las gracias de los niños ajenos, el pago de la contribución.

Son también *conduermas* los inconvenientes, dificultades, sutilezas que las personas maniáticas o sobradamente escrupulosas, oponen a cualquier pretensión.

—Con Periquito no se puede tratar. Todo son *conduermas*.

CONDUTO.—Es probablemente una deformación de "condumio".

En el campo y en el pueblo es de uso constante este vocablo para designar un comestible que sirve de ayu-vante, de condimento y de accesorio al que pudiéramos llamar plato fuerte o fundamental de la panzada.

Por ejemplo, en la comida de los criados o de los jornaleros, el plato fuerte puede ser un *caldo vérde* o *macho*, *gofio* amasado, pescado y papas etc.

El *conduto*, esto es, el adorno, la nota delicada y ligera del yantar, pueden ser el queso o las aceitunas.

* * *

La lengua castellana tiene varios modismos para de-

signar los extremos del llanto (llorar a lágrima viva, a mares, a moco y baba, beberse las lágrimas...)

Variante de éste último modismo es la frase canaria, que con tanto donaire como energía expresa el colmo del dolor de un pobre hombre.

—*Las lágrimas le sirvieron de conduto.*

CONCHABO.—De “conchabar”, unir, juntar, asociar.

El *conchabo* es una virtud doméstica de alto precio: es el arreglo, el orden, la dirección inteligente, la economía.

El mejor elogio que puede hacerse de una mujer es decir de ella que tiene *conchabo*.

Desgraciado del varón a quien le toque en suerte una *desconchabada* o una *botadora*.

CONTESTA.—Abreviatura popular de contestación.

La criada suele decir:

—Aquí vengo por la *contesta*.

COJER LA CAMELLA.—Modismo estrambótico, de ignorado origen.

Cojer la camella a una persona es tenerla supeditada, dominada, sujeta a una voluntad extraña, con tendencia a la explotación y al abuso.

—Si se deja usted *cojer la camella*, es hombre perdido.

CON LA CUCHARA QUE COJES, CON ÉSA COMERÁS.

Frase proverbial que encierra, aunque parezca raro, una noción de alta filosofía, la de que somos nosotros mismos los dueños de nuestro destino, los forjadores de nuestro porvenir, de donde la responsabilidad que nos atañe, si desertamos de la noble empresa de *crearnos a nos-*

otros mismos que es, según la "doctrina bergsoniana", el fin mismo de la vida.

Cuando la madre observa que su hija está dispuesta a aceptar un noviazgo indigno de ella, la dice:

—Fíjate bien, mi niña. *Con la cuchara que cojes, con ésa comerás.*

Y el padre le da el mismo consejo al hijo en el punto de elegir oficio o carrera.

¡La cuchara profesional! ¡La cuchara matrimonial! De elegir las bien, ¡cuántas cosas dependen!

CONSENTIR.—Tiene aquí todas las acepciones, incluso la jurídica, este noble vocablo castellano.

Pero, en canario, *consentir* es también fomentar con elogios indiscretos la vanidad y el orgullo de alguien, sobretodo de una chica de buen ver.

—Que lástima de Juanita, si no estuviera tan *consentida* (poseída de su belleza).

Los padres, generalmente de dientes afuera, protestan contra el incienso:

—¡No me *consientan* la niña!

CORAJE-CORAJIENTO.—El *coraje* es el valor personal, pero es también la cólera, la ira.

Por eso del hombre iracundo, de mal carácter, se dice que es *corajiento*.

CORRER.—Tiene asiento entre los modismos, gran-canarios, cuando significa despedir, o más bien echar a alguien, que es despedirle con violencia e ignominia.

—Me *corrió* de su casa.

—Oye, ¿no sabes que *corrí* a mi novio?

CORROMPERSE.—Pertenece a la fraseología modosa y circunspecta de la vieja Canaria.

Nuestros abuelos usaban delicados eufemismos para denotar las miserias fisiológicas.

—¿Cómo está tu tío? ¿Le ha hecho efecto el purgante?

—Apenas tomó la primera tacita de caldo, empezó a *corromperse*.

CORRUTO.—Lo que todo el mundo sabe, lo que anda en lenguas de toda la ciudad, lo que no es un secreto para nadie.

—Ahora me *vengo yo a desayunar* de que Pancho *bebe*.

—Pero hombre, si eso es *corruto* (público y notorio).

Tal vez se trate de una deformación de "corrupto", queriendo indicar que la noticia de un escándalo se difunde por la urbe con la misma rapidez que la pestilencia de lo corrompido.

CORTA CAPOTE...—Es el nombre regional de la tijereta, insecto ortóptero poco simpático a los jardineros.

Caer como un corta-capote es sufrir una violenta caída, quedando el paciente sin ánimo para levantarse, como la tijereta después de uno de los saltos bruscos que suele dar.

Cayó como un corta-capote se dice también del que yace postrado, abatido por el ataque agudo de una enfermedad.

¡COSA CON ÉSA!—Exclamación que denota la sorpresa con que el canario acoje la noticia de un acontecimiento imprevisto e inverosímil, al cual nos resistimos a dar crédito.

Obsérvese que la preposición *con* desempeña aquí el papel del adverbio *como*.

¡CRISTIANO!—Interpelación cariñosa y familiar.

En el pueblo es moneda corriente llamarse unos a otros *cristianos* o *cristianas*.

Según referencias de un amigo, este simpático modismo es de uso general en tierra asturiana.

Hay que oírlo aquí, cantado con el acento canario, lánguido y tropical.

—¡Oiga, *cristiano*!

—¿Qué me dice, *cristiano*?

CUADRIL.—Este sustantivo castellano, aplícase en Gran Canaria, no a las bestias sino a las personas, especialmente a las del sexo a que pertenece la Venus de Milo... y la otra.

—¡Qué gruesa está Pinito!

—¡Fuertes *cuadriles* tiene!

CUCAR.—Tocar uno a otro, especialmente con el codo, para llamarle la atención, para que se fije en algo.

—¿Por qué me *cucaste en denantes*?

—Para que te fijaras en que Soledadita *mira* a Pepito.

CUERDA.—Equivale a nervio, en el lenguaje popular.

Es el recurso que tiene todo el mundo preparado para consolar al que sufre, para quitarle importancia a un dolor.

—Eso no es nada. Es una *cuerda encaramada*.

CUICO.—Astuto, sagaz, ladino, con tendencia a aplicar estas facultades al *aumento* y *fomento* de los intereses, o sea de la sacratísima peseta.

Los *cuicos* hormiguean en el Archipiélago y en la Península son legión.

Es un fenómeno de decadencia. Cuando los ideales de una raza palidecen, próximos a extinguirse, se des-

pierta la fiebre del negocio, el egoísmo, el culto exclusivo de los intereses materiales, y surge la antipática estirpe de los "nuevos ricos" con su "snobismo" y su estolidez.

Del que está al acecho de una ganga, por ejemplo la de comprar una finca barata, se dice que está de *cuico*.

¿Se trata de un americanismo o de una variante local de "cuco"?

CULICHICHE.—Individuo insignificante, despreciable, ya sea por su ingénita torpeza, ya por su conducta baja y nada recomendable.

CURIELA.—La hembra del conejillo de Indias es notoria por su fecundidad.

Cuando una mujer muestra aptitudes para aumentar los trabajos en el Registro civil, muchos compadecen al pobre marido.

—¡Pobre muchacho! La mujer le ha salido una *curiela*.

D

DEBASO.—No es para nosotros el “debaso” un juer-guista, un libertino.

El calificativo es aquí más benévolo y se aplica al holgazán, al gandul.

—Periquito es el último de la clase. Es un *debaso*.

DEJARSE IR AL GOLPE O AL GOLPITO.—Proceder despacio, con calma, sin precipitación.

Al recorrer un mal camino de herradura, de los que tanto abundan en la Isla, el arriero suele decir al inexperto jinete confiado a su pericia:

—Déjese ir *al golpito*, caballero.

Cuando se trata de tomar una resolución grave y definitiva, hay que *dejarse ir al golpe*.

DESANDE.—Como las funciones de la digestión se ejercen con independencia de la conciencia, nos alborotamos y hasta nos irritamos cuando un alimento indigesto (calamar, langosta, chuleta de cerdo) hace de las suyas en el tubo digestivo, como la marinería cuando se subleva a bordo y hace frente al capitán.

Gracias que sobrevenga el benéfico *desande* a poner fin al conflicto y a expulsar del intestino los elementos perturbadores y revolucionarios.

¿DE QUIEN ERES TÚ?—Cuántas veces hemos hecho esta pregunta en presencia de un niño desconocido.

Es como si le preguntáramos: ¿Cómo te llamas? ¿De qué familia eres? ¿Cómo se llama tu padre?

DE RELANCE.—Se usa por nosotros esta frase portuguesa con el mismo sentido que las castellanas, “de cuando en cuando”, “de tarde en tarde”, “rara vez”...

—¿Ha visto a Marrerito?

—*De relance* le veo.

DE REMPLÓN.—De golpe, de una sola vez.

—El estanque se llenó *de remplón*.

DESAFLOJARSE.—Desprenderse de alguna prenda de vestir para estar cómodo en la intimidad de la casa, quedarse por ejemplo en mangas de camisa, aflojar la hebilla de los pantalones, *desabrochar* el chaleco, etc.

En la lucha canaria el *desaflojarse* era un momento solemne. El atleta se despojaba del saco, de la *cachorra* y de los calzones, para revestir las *nagüetas* (zara-güelles) de faena.

Cuando *tiraban* a uno de los buenos del Norte, cuatro o cinco colegas se *desaflojaban* precipitadamente, disputándose la salida al *terrero*.

¡Y aquel momento grave, casi épico en que se *desaflojaba* el gran Matías Jiménez...!

DESAMORABLE.—Nada cariñoso, despegado, enemigo de toda demostración de cariño y de simpatía.

—No he visto nunca una criatura más *desamorable*.

DESAYUNARSE CON...—Si cuando ignoramos una noticia decimos que estamos en ayunas de ella, claro es que cuando la llegamos a saber, *nos desayunamos* con ella.

—Hoy he venido *a desayunarme* de que Frasquito es novio de Reyitas.

—¡Qué fecha! Se arreglaron el Domingo de Piñata.

DESBARATADO.—Excesivamente gordo, obeso.

—¡Qué lástima de muchacha! ¡Tan joven y ya *desbaratada*!

DESBASTARSE.—Perder carnes, enflaquecer.

El cantero antes de labrar el bloque lo *desbasta*, esto es, le quita con el martillo la parte inútil y sobrante.

Por modo semejante, la enfermedad o un régimen, eliminando la grasa del organismo, lo *desbastan*.

—No encuentro ya tan gorda a Remeditos.

—Se ha *desbastado* mucho desde que está haciendo la gimnasia sueca.

DESBORCILLADO.—Es cosa frecuentísima ver en los bordes de los platos, de las tazas, de las fuentes y de otras piezas de vajilla, pequeñas cicatrices que afectan al baño exterior del objeto, dejando al descubierto el color blanco o moreno de la materia prima de la elaboración.

Trátase, claro está, de fechorias y descuidos de la cocinera al fregar la loza. Al cabo de poco tiempo de uso, es milagroso el encontrar una pieza intacta. Casi todas están *desborcilladas*, o en otros términos, tienen *levantada más de una lasca*.

DESBORRIFARSE.—Reír con exceso, a mandíbula batiendo, hasta llorar.

—Está *desborrifado*: está muerto de risa.

DESCANTILLAR.—Vale tanto como descontar, rebajar el capital de una deuda.

—No; ya no debe las mil pesetas: ha ido *descantillando* un poco.

DESGRACIAR.—Si bien el léxico grancanario contiene

algunos rasgos de ingenuo naturalismo, no faltan en cambio en él eufemismos y delicadezas dignos de buena nota.

Sirva de ejemplo el verbo arcaico que ahora nos ocupa, en la frase tan usada en el pueblo y en el campo, *desgraciar a una mujer*, que sustituye a otras expresiones de dudosa cultura.

—Dicen que a la pobre Pinito la *desgració* su novio.

DESHONRO.—Por si me castigaste al “guayete”, o me quitaste de la *liña* una pieza de ropa, o hablando de mí en la *cieca* me atribuíste ciertos *dones*, se arma de repente un ruidoso lío, en cualquiera de los *barrios* de la ciudad (San Juan, San Nicolás, etc.).

Y es de ver a la intrépida amazona de los *riscos*, puesta en jarras, espectorar contra su vecina, amiga de la *víspera*, los términos más floridos del vocabulario escatológico... y del otro.

Naturalmente, salen a la luz del sol las *taras* de las respectivas estirpes, sobre todo las relacionadas con cierto mandamiento, el más infringido de los que figuran en el Decálogo.

Esto se llama, en buen canario, *baldonear* o *hacer un deshonro*.

DESMANGALLADO.—Un *desmangallado* es un hombre mal hecho, desprovisto de garbo y elegancia, un infeliz cuya torpeza se revela en el gesto más insignificante.

También así suele llamarse al descuidado en el vestir, o al que lleva la ropa como colgada de una percha.

DESMAYARSE.—Además del sentido recto que tiene en castellano, *desmayarse*, en Gran Canaria significa bostezar.

Desmayarse de sueño, no es perder el conocimiento, sino abrir la boca con ganas de irse a la cama.

DESMORECERSE.—De risa o de llanto, quedarse sofocado, anhelante, sin respiración, a fuerza de reír o de llorar.

—Corra, mamá, que el niño está *desmorecido*.

DESNEGARSE.—Decir ahora lo contrario de lo que antes se dijo, retractarse, de mala fé, de lo anteriormente manifestado.

—Si los testigos no se *desniegan*, gana el pleito.

DESPERECIDO.—Anhelante, ansioso de satisfacer una necesidad, o de lograr el objeto de una ardiente aspiración.

Por ejemplo, *desperecido* de hambre, *desperecido* por alcanzar un empleo, *desperecido* por triunfar de la inferioridad o del desvío de una mujer.

DESPENOS.—Palabra que pudiéramos también catalogar como regionalismo, porque, si bien figura en el Diccionario, no se usa o se usa poco en la Península, con el significado arcaico de "diarrea" (con perdón).

DESPINTARSE.—El verbo *despintar* tiene aquí, en su forma reflexiva, una significación inesperada.

Frasquito aspira a un empleo: sus *buenos amigos* creen que no lo ha de conseguir.

—Viejo, ya te puedes *despintar* del destino, que no te lo han de dar.

Despíntate de él, es, como si dijéramos: desecha esa ilusión, no has de catarlo, ese momio no se ha hecho para ti.

DESPOTRICAR.—En castellano es hablar sin ton ni son, sin pararse en el valor de las palabras.

En canario es derrochar, malgastar la hacienda.

—A Juanito no le queda nada de la *conveniencia* que heredó de sus tios. Todo lo ha *despotricado*.

DESRISCARSE.—El *desriscarse* (despeñarse) no es accidente raro en Gran Canaria, isla tan pródiga como sus hermanas del Archipiélago en *andenes*, barrancos y precipicios.

La víctima del horrible vértigo es casi siempre un infeliz pastor que arriesga su vida por coger un puñado de yerba para su cabra.

Hay también *desriscados* voluntarios. Como el revólver “no está al alcance de todas las fortunas”, el *desriscarse* o el *tirarse por la punta del muelle*, son formas económicas del suicidio.

DETENENCIA.—Equivale a estancia, permanencia, dilación.

—No le molesto, señor, la *detenencia* es poca.

DIBRUZARSE.—Ponerse de bruces.

Se dice que una persona está *dibruzada* en un balcón o en una ventana, cuando apoya el cuerpo en el barandal para mirar hácia la calle.

DITADO.—Es deformación de “dictado” y significa apodo, sobrenombre.

—A Damasito le llaman por *ditado* el *sargo*.

DROGA.—La deuda se parece a la droga en lo amargo, repulsivo, y antipático.

Resultado de la inconsciente comparación fué el llamar *drogas* a las deudas.

—Don Pancho *está comido de drogas*: está arruinado

DUREZ.—Especie de hinchazón, generalmente leve y a flor de piel.

—Me tiene fastidiado esta *duréz* que hace días me ha salido en la muñeca.

E

ECHARSE LA TIERRA POR ENCIMA. — Situación próspera desahogada, brillante.

—Calcines estuvo mal de intereses, pero después de la subida de los plátanos, *se está echando la tierra por encima.*

ECHAR UN ZAHUMERIO.—Aún se practica en Gran Canaria la operación arábica, importada seguramente por los andaluces, de zahumar las habitaciones y la ropa. Como ello se hace rápidamente, pasando la criada de cuarto en cuarto con el braserillo de cobre o de barro en el que humea la almáciga, llama la gente *echar un zahumerio* a las visitas cortas, o “visitas de médico”.

—Niñas, siéntense. No se vayan todavía. ¿Qué, no han venido sino a *echar un zahumerio*?

ELEMENTADO.—Estar *elementado* es tener la curiosidad, la imaginación fuertemente excitada por la proximidad de un suceso agradable.

Por ejemplo, de la niña a quien sus padres prometen llevarla al “Club Náutico”, que no piensa en otra cosa y sueña con ello, se dice que está *toda elementada*.

ELEVADA.—Discusión agria, acalorada, disputa.

Tener una elevada es contender a gritos, apasionadamente, como por ejemplo se hacía en los Casinos, en las boticas, en todas partes, primero, durante la guerra ruso-japonesa y más tarde durante la guerra mundial.

EMBARBASCADO.—Comprometido, gravado.

Se aplica a los bienes, al capital.

Cuando se dice que *todo lo tiene embarbascado*, nos referimos al pobre que sucumbe al peso de sus hipotecas, de sus retros, de sus letras vencidas y protestadas.

EMBELESO.—Sueño ligero, superficial y de corta duración.

Cojer un embeleso: quedarse adormecido un breve rato.

—Toda la noche he estado desvelado. A la madrugada, apenas si pude cojer un *embeleso*.

EMBEBER.—Las telas disminuyen, se encojen al contacto con la humedad.

—Esta “zarasa” no sirve, hija. ¿No ves que *embebe* cuando se la moja?

EMBOÑIGAR.—Emporcar, ensuciar, echar a perder.

—Da miedo de ver al niño. Está todo *emboñigado*.

Otro ejemplo. Del ignorante que se atreve a retocar un cuadro antiguo, no se dice que lo restaura, sino que lo *emboñiga*.

EMBULLO, EMBULLARSE.—Meterse en bulla. Es un cubanismo muy usado en Gran Canaria.

El *embullo*, que no hay que confundir con el *enralo*, definido aparte, es propiamente la excitación que produce en el ánimo la proximidad de un acontecimiento agradable, por ejemplo un baile, una función de teatro, una excursión al campo.

—El *embullo* no me dejó dormir en toda la noche.

Embullado se dice también del aficionado a fiestas y diversiones.

EMBURUJINA.—De “en burujar”, verbo muy castellano, que significa mezclar confusamente los objetos, enredarlos, ha salido el modismo canario *emburujina*, que vale tanto como lio, complicación, enredo de un asunto, que dificulta su solución.

—¡Fuerte *emburujina* armó Concesionita pa quedarse con la casa!

EMBUSTERO.—Claro es que no damos cabida en estas páginas al mencionado adjetivo en su acepción común de mentiroso, de enemigo sistemático de la verdad.

El canario suele calificar de *embustero* al chiquillo gracioso, decidor, travieso:

—¡Qué *embustero* es este niño!

ENCHUMBADO.—Es sinónimo de “entripado”. Mojado, calado hasta los huesos.

En un día de invierno:

—Ven en seguida a mudarte que estás todo *enchumbado* o “entripado”.

EMPAJARSE.—Hartarse, llenarse. (Empajarse es llenar de paja).

El “Gargantúa” canario (los ha habido y los hay de los buenos), al terminar su proeza gastronómica, suspira y dice:

—No puedo más. Estoy *empajado*.

Se *empaja* uno con otras cosas, hasta con las del espíritu, v. g. con un libro; pero este caso es—huelga decirlo—algo menos frecuente que el indicado en el párrafo anterior.

EMPENARSE.—Alabearse, esto es, encorvarse o torcerse la madera de las puertas o ventanas.

--Esta puerta no puede cerrarse porque tiene una hoja *empenada* (es decir que no encaja en el marco respectivo).

--Es que se ha hinchado con la humedad.

--Hay que llamar al carpintero.

EMPENICARSE.—Alzarse sobre las puntas de los pies para mirar por encima de una persona o cosa.

EMPERRARSE.—Empeñarse, obstinarse en una resolución o deseo con tenacidad de *perro* que no suelta la presa.

Está *emperrado* (no desiste, no hay quien pueda con él).

Pero *estar emperrado* se dice también de los pisos, telas y vajillas que tienen manchas que resisten a todos los lavatorios y frotamientos.

EMPIPOTARSE.—Sulfurarse, incomodarse, montar en cólera.

EMPLANTANARSE.—Plantarse, ponerse de pie firme en un lugar.

En otros tiempos eran preludios del cortejo, anteriores a la formal declaración, el pasear la calle frente a la "dimora casta e pura" y *emplantarse* en la esquina dirigiendo miradas lánguidas al balcón. .

ENCARAMILLARSE.—Encaramarse, elevarse. Es un arcaísmo.

Ejemplo. Al diente que no se halla en el mismo plano que los demás, que al crecer se ha salido de la línea se ha encaramado o ha montado sobre el vecino, se llama diente *encaramillado*.

ENCETAR.—Arcaísmo que sustituye a "decentar", nunca usado en Gran Canaria (empezar a cortar o gastar de alguna cosa).

Se aplica al líquido y al sólido, pues aquí se habla indistintamente del jamón *encetado* o de la botella *encetada*.

ENCLOQUILLADO O ENCLUQUILLADO.—Puesto en "cuclillas". También se usa, pero menos que el referido participio, el infinito *encloquillarse*.

ENCOCHINARSE.—Irritarse, encolerizarse brutal y legamente (a usanza de cochino).

—Se *encochinó* (montó en cólera).

—Está *encochinado* (está hecho una fiera).

ENCUEVADOS.—Unos ojos *encuevados* son unos ojos hundidos, cuyas pupilas parecen mirarnos desde el fondo de una cueva.

—Eduvijitas es agraciadilla. ¡Qué lástima que tenga los ojos *encuevados*!

ENGODO.—Toda clase de cebo para pescar. Es voz galaico-portuguesa.

El sentido figurado deriva espontáneamente del recio, y así *engodar* es atraer a una persona, no con dádivas, sino con promesas.

Engodar a un infeliz con la esperanza de un destino, para que dé su voto al cacique, es una maniobra que condena la Ética electoral.

ENGUIRRADO.—Flaco, desmedrado, triste, macilento de aspecto semejante al del *guirre*.

El *guirre* es el buitre canario, según más adelante se verá.

Que está *enguirrado* suele decirse del individuo enfermo o taciturno que permanece recogido sobre sí mismo, en actitud de tristeza y abatimiento, dibujando una silueta semejante a la del *guirre* cuando se posa en lo alto de una peña.

ENJILLADO.—*Enjillado* se llama en Cuba al fruto malgrado o seco. En Gran Canaria se aplica este mismo calificativo al individuo encanijado, falto de desarrollo.

—Yo no sé como Pinito ha podido hacerle caso a ese muchachito *enjillado*.

ENRALO, ENRALARSE.—El *enralo* es un estado de ánimo en que domina la alegría irreflexiva, una suerte de exaltación que hace perder al *enralado* la discreción, la medida y el dominio de sí mismo.

El *enralo* conduce al atrevimiento y a la familiaridad no autorizada.

Una *enralada* es una coqueta, algo casquivana, aficionada al trato alegre con los hombres.

Los chiquillos se *enralan* cuando se les tolera el juego libre, sin cortapisas. Entonces se ponen pesados y molestan a las personas mayores.

ENROÑARSE.—Incomodarse, enojarse.

—Paquito no me saluda. Está *enroñado* conmigo.

Nos enseña tal vez este pobre modismo canario que la ira es una *roña* del espíritu y que urge lavarle, con una amplia solución de indulgencia y de amor.

ENSAYADO.—Contento, alegre, entusiasmado.

Los niños *ensayados* propenden a juegos turbulentos, acompañados de saltos y de alaridos que en los espectadores despiertan instintos inquisitoriales, refrenados por la hipocresía social.

—Sientate, niño, que te estás *ensayando* demasiado.

ENTRADA—Entre las innumerables acepciones de este vocablo, nótese la nuestra, que es sinónima de *zurra*, *felpa*, *carda* (nosotros decimos *calda*).

Ejemplo: una *entrada* de *guantazos*.

ENTREGADO—No sabemos si en otras regiones españolas se usa como aquí con el significado de rendido de cansancio, agotado, incapaz de moverse.

—No puedo más. Estoy *entregado*.

—Si tu madre sigue velando todas las noches, acabará por *entregarse*.

ENTRIPADO—Mojado, hecho una sopa, ensopado, calado hasta los huesos.

—El niño se ha metido en la *pileta*. Está todo *entripado*.

ENTULLIR—Es llenar por completo, de tierra y piedras un hoyo o cavidad, por ejemplo, un pozo o un estanque, cegándolo, dejándolo obstruido hasta la boca.

Cuando por efecto de una avenida o de otro accidente, el pozo queda cegado e inútil, se dice que está *entullido*.

ENVERGADO—Dicen los marinos:

—El barco no tiene más velas que las *envergadas*, es decir, no hay velas de repuesto.

Estas y otras frases del léxico marítimo han pasado al lenguaje familiar, de modo que para significar que una persona está mal de ropa, suele decirse *que no tiene más que lo envergado* o sea, lo puesto, el terno que lleva encima.

ESCAFIRIENDO.—Gerundio del verbo fantástico “escaferir” que solo se usa en el modismo *salir escafiriendo*, salir huyendo, a escape, a toda prisa.

—No hice más que recordarle los quinientos pesos que me debe y *salió escafiriendo*.

ESCALDADA Y ESCACHADA.—Se aplican estos epítetos canarios (el último derivado de la voz familiar “escachar”, aplastar, despachurrar) a la mujer descocada, “fresca”, de palabra y modales desenvueltos.

Una *escachada* es también una chata (de nariz) y una prójima de poca vergüenza.

La *escaldada* es sobre todo, la que tiene la réplica fácil y contundente, *la que nunca se queda callada*.

ESCORROSO.—Cubanismo muy usado en Gran Canaria, que significa ruido, algazara, bulla.

—¿Qué *escorroso* es ese que se ha sentido en la cocina?

—Señorita, fué que a la pobre Pino se le hizo pizcos la sopera.

ESCARRANCHARSE.—Americanismo que en Gran Canaria hace las veces del verbo “esparrancarse” (abrir las piernas, separarlas con exceso), aquí nunca usado.

Estar *escarranchado*, abierto de piernas, indica también la actitud firme del que se instala definitivamente en alguna parte.

ESPERRIDO.—Alarido estridente y ronco, que, según la etimología indica, tiene cierto parentesco con el ladrido del perro.

ESTACA.—Pertenece al lenguaje culinario y significa lonja o filete de carne.

Unas *estacas* o unas *estaquitas*, es el nombre genérico de todo plato compuesto de trozos de carne en salsa.

ESTAR EN LA TEA.—Es el colmo de la delgadez, no tener más que la piel y el hueso.

Después de una enfermedad larga y penosa, por ejemplo, la gripe o la tifoidea, para expresar gráficamente la demacración y debilidad del convaleciente, suele decirse que se ha *quedado en la tea*.

ESTAR REY.—Define una situación próspera de salud, de fortuna.

Que *está rey* se dice de la persona saludable, de buen aspecto, y del que vive en la prosperidad y en la abundancia.

—¡Qué desfigurado se ha quedado Panchito después de la gripe!

—¡Pues si usted le hubiera visto antes! Ahora *está rey*.

ESTARSE.—Creo que es modismo local cuando se emplea en el sentido de tardar o demorarse.

—*No te estés*. En seguida estás de vuelta.

—¡Pero, hombre; cuánto *te nas estado!*

ESTAR CIEGO.—Esta imagen tomada del popular juego del envite, suele aplicarse al infeliz que por su inesperienza o mala fortuna, se ha quedado sin una peseta.

ESTAR EN PLANTA TODA LA NOCHE.—Para velar un enfermo o por cualquier otro motivo grave, generalmente desagradable, puede acontecer que pasemos una

noche entera sin dormir, sin quitarnos ni la ropa ni el calzado.

Esto se llama *estar en planta toda la noche*.

ESTAR SENTIDO.—Cuando la criada nos rompe un mueble o una pieza de vajilla, es muy frecuente que alegue en su disculpa que el jarro o la bandeja *estaban ya sentidos*, como si les aquejara una misteriosa enfermedad.

ESTREGUINA.—La acción de frotar enérgicamente alguna cosa, por ejemplo, los metales.

Friegas. El enfermo mejoró desde que se le dieron algunas *estreguinas* en el pomo.

ESTUPIDURA.—Carda, paliza fenomenal que deja a la víctima aniquilada, reducida a la impotencia.

—*Haya miedo* que Don Pepe le vuelva a cantar a Mariquita de Oro.

—¿Por qué?

—Porque la otra noche salió el padre y le dió una *estupidura*.

F

FACHENTO.—Modismo local que equivale a “fachendoso”, individuo lleno de presunción, de vanidad, de jactancia.

Del pollastre que empieza a figurar, se dice que *está fachento* (engreído) con su bastón, su reloj, etc.

FALLIDO.—Vacío, hueco, sin sustancia.

La nuez *fallida* es la que no tiene pulpa.

De ciertas regiones del organismo humano se dice que están *fallidas* cuando están pobres, flacas, desmedradas.

FAÑOSO.—De uso corriente en Cuba y en Canarias para designar al gangoso.

Como es defecto tan saliente que no puede pasar inadvertido, suele acolarse al nombre propio para determinar concretamente al individuo, por ejemplo, Miguelillo *el fañoso*.

FASTIDIO.—Aparte de la significación general castellana, se usa esta palabra como sinónima de desgana, inapetencia.

—Después del sarámpio, el niño se ha quedado con mucho *fastidio*.

FATUTO.—El poético desmayo de la damisela en la novela y en el teatro románticos, se llama aquí pedestremente *fatuto*.

Darle a uno un *fatuto* es caerse *pa trás*, con un accidente, síncope o soponcio.

—¿Por qué fué el *fatuto* que le dió ayer a la hija del maestro Juan Calixtro?

—Porque el novio la dejó *pa* arreglarse con la niña del indiano Calcines.

FATIGAS.—Tener *fatigas*, sentir necesidad apremiante de alimento, estar desfallecido de hambre.

—Ya me ha pasado la hora de comer. Tengo unas *fatigas* que no puedo con ellas.

FECHAR.—Este provincialismo gallego es de uso frecuente en Gran Canaria.

Fechar es cerrar.

—¿Está *fechada* la puerta?

—*Fecha* bien la ventana.

Fechedura es cerradura.

FERRUJE, FERRUJIENTO.—De uso general en Gran Canaria, *ferruje* equivale a herrumbre y *ferrujiento* a herrumbroso.

Ambas palabras pertenecen al léxico galaico-portugués.

FINCHO.—Un espadín es un *fincho* y un asador también.

Aquí se dice indistintamente *finchar* o pinchar.

De un individuo muy largo y muy flaco, figura quijo-tesca, se dice que parece un *fincho*.

¡FÓ!—Magnífica interjección. importada de Cuba por nuestros indianos.

Bonafoux asegura que es de uso frecuente entre los negros de Puerto-Rico.

No hay canario, que al percibir un olor desagradable, sobre todo de humana procedencia, deje de protestar con la típica interjección isleña ¡Fó!

Las personas finas le añaden una *ese*; algunas dos *eses*:

—¡Fos! ¡Foss!...

FOGALERA.—Las hogueras clásicas de San Juan y San Pedro, las llama el pueblo generalmente *fogaleras*, término cuya procedencia galaica o lusitana nos parece evidente.

FOLIAS.—No cabe dentro del marco de este Léxico diminuto un estudio del clásico esparcimiento canario apellidado las *folias*, en el que alternan el canto y el baile.

¿Es de origen portugués? ¿Es un legado de la raza indígena?. Lo indudable es que las *folias* canarias son distinguidas, elegantes y delicadas.

No hay que decir que los salones de nuestras casas y los de nuestros casinos, no han admitido ni admitirán probablemente jamás, el ceremonioso “minué” canario.

En cambio, las parejas “tanguenan” y “foxtrotean” con inocuosa aplicación digna de mejor ejercicio.

En singular, una *folia* es una felpa, una tollina.

Ejemplo, una *folia* de trompadas.

FOSFORITO.—Suele decirse del hombre irascible, pronto a montar en cólera, sobre todo si es pequeñín, diminuto, de modo que sus desplantes no sean para llevar el pánico a ninguna parte.

—Aquí llega X. hecho un fosforito.

FRANGOLLO.—En el barrio de San José, uno de los que mejor conservan en nuestra ciudad el añejo sabor

canario, cuando llega el 19 de Marzo, día del Santo Patrono, no hay casa en que deje de prepararse un plato regional, el *frangollo*, especie de pasta que se forma machacando granos de millo humedecidos con agua y espolvoreados con sal.

Se toma mezclado con leche o miel de caña.

Es algo semejante al "porridge" inglés.

En sentido figurado, *frangollar* es meterse a hacer una tarea precipitada y torpemente, como nosotros esta especie de léxico.

Y *frangollona* es la criada que hace las cosas pronto y mal.

FRUTITA DE AIRE.—Frase de mucho uso, que se aplica a la persona endeble, delgaducha, delicada de salud, que, más que otra alguna, requiere cuidados y desvelos.

—La pobre niña está viva de milagro. Es *una frutita de aire*.

FUEGO SALVAJE.—Curiosa manera de llamar a las pústulas que nacen en torno de los labios y que la gente de antaño pretendía curar con el *barro de la pila* o sea con el que se formaba en la superficie exterior de la piedra de destilar, y en el que arraigaban las matas del culantrillo, ornamento de la pila canaria.

FULANDANGO.—Derivación familiar de Fulano.

Fulandanguear es en lenguaje vulgarísimo arreglar o componer alguna cosa.

FULLERENTO.—Encierra una acepción más benigna que la voz fullero, el "grec" de los franceses.

Fullerento es el que por divertirse a costa de los jugadores empedernidos, hace trampas en los juegos fa-

miliares canarios, por ejemplo en la "napolitana" o el "pericón".

FURRUNGUEO, FURRUNGUIAR.—Estamos convenidos en que la guitarra es nuestro instrumento nacional. Pero ello no nos autoriza para que cualquier español la toque. No es que pueda exigirse que cualquier guitarrista sea un Segovia o un Víctor Doreste, pero es triste que cualquier ciudadano, por ejemplo en Carnavales, se apodere del clásico instrumento, sin conocer ni siquiera los tonos más elementales, y salga por esas calles, molestando al vecindario con lo que llamamos *furrungueo* o *furrunguiar*, que consiste en manejar las cuerdas al aire sin previa afinación, por supuesto.

G

GAGO.—Entre las voces arcaicas que sustituyen en Canaria a las del léxico corriente es, digna de nota la arriba puesta: *gago*, tartamudo.

Como se trata de un defecto saliente, de los que no pueden pasar inadvertidos, no es extraño que se aplique a definir y caracterizar a la persona, por ejemplo, María la *gaga*, tío Antonio el *gago*.

GALIBARDO.—Muchachote robusto, especie de granadero civil.

Suele ponderarse la talla y la fuerza de un individuo, con la exclamación:

—¡Fuerte *galibardo*!

¿Será ello una reminiscencia de la admiración que produjo en el mundo el arrojó de *Garibaldi*?

GALLETA.—En Cuba y en Canaria, una *galleta* es una bofetada.

—Le arrimó un par de *galletas* como *pa* él solo.

GALLETÓN.—Un *galletón* es el muchacho en la transición de la adolescencia a la juventud, cuando apunta el bozo y la voz cambia de timbre, quebrándose a veces en desapacibles *gallos*.

Pero es indispensable que el chico sea robusto y bien plantado para que se le llame *galletón*.

GALLINA.—No nos referimos aquí a la hembra del ga-

llo, reina del corral, delicia de las amas de casa, sino a las excoriaciones o tumorcillos que se forman, sobre todo en las extremidades inferiores, por efecto de un calzado estrecho o de un ejercicio prolongado.

—Me trae fastidiado la *gallina* que se me ha formado en este pie.

GANIGO.—Es ésta una de las pocas voces de auténtico origen guanche.

El *gánigo* es un cántaro de barro.

Los indígenas eran excelentes alfareros. Así lo testimonian los preciosos ejemplares que adornan las vitrinas del “Museo Canario”.

GAREPA.—Palabra de misterioso origen, a lo menos para nuestra ignorancia.

¿De dónde viene que todos los canarios, sin distinción de cultos y de ignorantes, llaman *garepas* a las “virutas”?

GARIPOLA.—Jugar a la *garipola*. es un “sport” que practicábamos los que éramos niños hace sesenta años. Consiste en una variedad del noble juego del trompo.

Colocados uno frente a otro los dos contendientes, con sendos trompos amarrados con las mismas cuerdas que servían para hacerlos voltear se entablaba el combate con furiosos golpes, procurando, cada cual herir con el punzón el trompo del adversario.

Los jueces del campo declaraban victorioso al que mayores estragos producía en el juguete del contrincante y claro es, si aquel salía del combate hendido o rajado, su derrota era radical y definitiva.

GARUJA.—*Garuja*, del americanismo “garúa”, es llovizna y *garujear* es lloviznar.

—¿Llueve?

—No señor: no son más que *garujas*: está *garujian-do*.

GATA.—No nos referimos aquí a la señora del amable “*felix catus*”, sino al más popular y generalizado de los términos que en la Isla se usan para designar la pítima o *jumera*.

Coger una gata es emborracharse, o intoxicarse como hoy dicen las personas eruditas y bien educadas.

GEITO.—El *geito* no es aquí el sesgo o giro que se imprime a un objeto para que resulte más airoso o elegante (por ejemplo, le dió un *geito* al sombrero, al peinado, al bigote).

El *geito* es aquí habilidad o destreza en el desempeño de una tarea o en la solución de una dificultad.

Así, de un cómico aficionado o casero, podrá decirse que tiene *geito* para las tablas.

GAVETA.—Los campesinos de Gran Canaria llaman *gaveta* a una especie de plato hondo de madera, que se fabrica en el país, y sirve para recojer la leche al ordeñar la res y también para amasar el *gofio*.

No hay pastor que al subir al monte deje de llevar consigo el zurrón, la *gaveta*, el garrote y la flauta de caña.

GERIDERO.—Multitud, enjambre.

Por ejemplo, del infeliz contribuyente a quien agobia la fecundidad de su consorte, podrá decirse:

—La casa de Pepito es un *geridero* de chiquillos.

GOCHAFISCO.—Los granos del millo tostados en la cazuela, revueltos con sal.

Quedan, después de la operación, rodeados de una blanca florescencia.

Golosina muy popular, de gran consumo durante las fiestas de los barrios.

GOFIO.—Digamos algo del *gofio*, para los profanos. Los canarios no necesitamos que nos lo definan, porque todos y cada uno de nosotros, del alto al ínfimo, podemos decir lo que el inmortal Cazuela “con él me ha criado y con él precedo”.

Sepan pues, los profanos que esta voz, de pura cepa guanche, es el nombre de una harina que se obtiene moliendo el grano previamente tostado de un cereal (millo, trigo, cebada, sobre todo millo). El *gofio* “base de la alimentación de las clases populares en Canarias”, como diría un periódico cursi, se toma amasado con agua y sal, formando la *pella* (*gofio ar puño*); diluido en caldo o leche (escaldón) o amasado con miel de abejas de caña.

Cualquiera sea la forma en que se use, el *gofio* es un alimento de primer orden.

Dígalo si no la frase *estar de gofio* que se aplica al sujeto bien nutrido, de buenas carnes, boyante, satisfecho de la vida.

Polveárselo con gofio es otra frase que equivale a la castellana: —“Quédeselo usted hombre.” “Buen provecho que le haga...”

Pinito contesta con evasivas a su amiga Remedios que le pide prestado el mantón de Manila para ir al baile del “Club Náutico”.

La solicitante, despechada, exclama:

—*Pa nada se lo quiero. Que se lo polvee con gofio.*

GOLEDOR.—Viene de “goler”, deformación poco ele-

gante del verbo "oler", el cual así desfigurado significa curiosear, fisearse.

Un *goledor* es un curioso indiscreto y algo malévolo, que observa y escudriña con el propósito de criticar, de encontrarlo todo mal.

Los que por ejemplo no están invitados a una boda y sin embargo se meten en la Iglesia, van de *goledores*.

GOZAR.—Es regionalismo canario cuando se usa en el sentido de asistir a una función de teatro o a un espectáculo cualquiera.

—Anoche me *gocé* el "Don Juan Tenorio", la "Traviata" o la "Sonámbula".

—¿No te has *gozado* nunca "El barbero de Sevilla"?

—Me *gocé* todas las fiestas de San Pedro Martir.

—¿Será verdad que hubo quién dijo que se había *gozado* el entierro del General Bermúdez?

GUAGUA.—Las *guaguas* son los ómnibus, hoy automóviles, que explotan el servicio de transportes entre los dos puntos extremos de la población: el Puerto de la Luz y el barrio de San José.

De origen americano, *guagua* es baratura, ganga, lo que se da casi de balde.

De aquí la frase *de guagua*, equivalente a la castellana "de gorra".

El que come, bebe o fuma *de guagua*, es un parásito, un lame-platos, un "gorrón".

GUANTAZO.—En Canaria, el "guantazo" no es el golpe dado con el guante (¿quién pega hoy con un guante?) sino el que se propina con la mano abierta.

Dar una *entrada de guantazos*, golpear con la mano, sobre todo en la cara y en el cogote.

Debe ser un arcaísmo, vigente aun, como otros tan-

tos, en la Isla, reminiscencia tal vez del tiempo en que los guantes, hechos de piel gruesa y dura o de malla, eran instrumentos contundentes.

GUAYETE.—Antaño de uso general en el pueblo y sobre todo entre la gente de mar, para designar al chiquillo, al de la primera infancia, al que aun no sabe hablar.

Forma parte del léxico de los moros de la costa, de donde fué importado por los *roncotes*.

GUELDE.—El *guelde* y la *gueldera* son artefactos para la pesca, redes pequeñas, diminutivos del chinchorro.

De la habilidad que para manejarlas se necesita, ha venido tal vez la frase *cojer el guelde*, o sea tomar la embocadura a un asunto, quedar iniciado en la práctica y desempeño de un arte, carrera o empresa, vencer las primeras dificultades de una obra.

Cuando el debutante en alguna carrera da una pifia o hace una plancha, los amigos le disculpan diciendo que aún no le ha *cogido el guelde* (que aun no posee los secretos) de la profesión.

GUINEO.—Vino de América, donde *guineo* era un baile de negros y también el canto monótono que lo acompañaba.

Para nosotros el *guineo* es una canturía continuada, monótona y fastidiosa; por ejemplo, el quejido sin lágrimas del niño después de una rabieta.

También se llama *guineo* la conversación aburrida y monótona de los solistas o modernos *latistas*, semejante al zumbido de un abejón.

Con este vocablo se ha construído un refrán canario *Guineo de boca cualquiera lo toca que, ¡oh, maravilla!*

diríase expresamente hecho para el Parlamento hispano en el que tanto abundan los *guineos* y los cualesquiera.

GUIRGO.—Sospechamos que es de procedencia americana este raro vocablo que aquí designa uno de los juegos más emocionantes de la niñez.

Jugar a *guirgo* es jugar al escondite.

El infeliz a quien le toca *quedarse*, corre inquietamente de un lado a otro, aturdido y mareado por los gritos, prolongados como lamentos, que surgen de aquí y de allí.

—¡*Guirgo!* ¡*Guirgóoo!*

Cuando llega al escondrijo, lo encuentra vacío. El pájaro ha volado y la voz maliciosa resuena más lejos.

—¡*Guirgóooo!*

GÜIRO.—Creo que es voz americana.

Las relaciones entre los dos sexos, aun siendo lícitas y naturales, tienden a rodearse de misterio y de reserva, contribuyendo ello a su atractivo y encanto.

Pues, aunque parezca inverosímil, hay quien se dedica a descubrir y publicar esos misterios a los que, sin que yo acierte con el motivo, se les da el feo nombre de *güiros*.

Hay quien tiene a orgullo el poner de manifiesto los *güiros* de sus contemporáneos como si se tratara del ejercicio de una profesión.

—Por fin les descubrí el *güiro* a Juanito y a Pepita.

GUIRREA.—De *guirrear*, deformación de “guerrear”, vino *guirrea*, voz que prevalecía en nuestra niñez para designar los combates a pedrada limpia, que sostenían, divididos en los bandos rivales de Vegueta y Triana, los *mataperros* más conspicuos del Colegio de San Agustín.

El campo de batalla solía ser la banda del mar, a la vez arsenal de municiones.

La *guirrea* no era un simulacro. Más de una vez corrió la sangre y más de un viejo puede hoy mostrar con orgullo una cicatriz, testimonio de sus altos "fechos".

GUIRRE.—Este es el nombre, derivado probablemente del idioma guanche, que los canarios dan al "buitre".

Como esta ave de rapiña cuando está posada en lo alto de una peña, tiene silueta de viejo tristón y flaco, es muy frecuente comparar con un *guirre* a la persona delgada y macilenta.

—¡Qué flaqueza la de este niño! Está hecho un *guirre*.

GURANCHO.—Albergue estrecho, incómodo, miserable. Madriguera.

—Vive pobremente, metido en un *gurancho*.

Del hombre sedentario que ve la calle por casualidad, suele decirse que nunca sale de su *gurancho*.

GURRUMINA.—Pequeñez, nimiedad, minucia, detalle de poca importancia.

—Chanito se fija mucho en *gurruminas*. (Es un detallista, un minucioso, hila muy delgado).

De una tarea delicada, que abunda en pormenores difíciles e intrincados, se dice también que tiene muchas *gurruminas*.

GUSPATA.—Hacer la *guspata* es atribuirse dignidades, riquezas, trabajos, preocupaciones o sentimientos que no se tienen, de modo que la ficción trascienda y sea notada por los demás. Fingir negocio.

El pobre diablo que alardea de graves preocupaciones, de estar abrumado por los negocios, *hace la guspata* y la hace también el que suspira y pone los ojos en blanco en

presencia de una chica más notoria por sus fanegadas de plataneras y por sus azadas de agua que por otras excelencias de orden estético.

GUSTANTE.—El que da su aprobación, su beneplácito a un acto o proyecto.

Por ejemplo, tratándose de una boda que se celebra con el beneplácito y consentimiento de la familia, suele decirse que los padres son *gustantes*.

H

HACER LA CAMA.—En el mundo de los negocios (de los negocios poco limpios) suele darse el caso de que alguno de los interesados trate de despistar, de desorientar a los demás, desviando su atención de lo esencial para llevarlo a lo accidental o insignificante.

Esto se llama aquí *hacer la cama*, frase gráfica y pintoresca si bien se mira, pues realmente el autor de la treta, prepara a los incautos *una cama* para que duerman descuidados, desprendidos del negocio principal.

Sin embargo, no siempre el modismo tiene este málévolo sentido. Yo recuerdo haber oído decir a un amigo, dirigiéndose a un industrial encargado de hacer reformas en la casa de aquél:

—Maestro, pásame de una vez la cuenta.

Y como el industrial se negase con las corrientes frases de cortesía:

—Tiempo hay... ¿Qué prisa corre? Un día de éstos...

El propietario le replicó: Vd. lo que quiere es *hacerme la cama*, esto es, engrosar el capital del Debe para cobrar algo que valga la pena.

HACER SALVAJE.—Precioso modismo canario que, traducido al lenguaje corriente, quiere decir quitar, hurtar, sustraer.

—¿Dónde estará mi palillero? De seguro me lo han *hecho salvaje*.

HABLAR POR DETRAS.—Este modismo, que no hay

que tomar al pie de la letra, define el fenómeno social de la maledicencia, esencial condimento de la conversación, de modo que ésta no existiría sin aquél.

—Mateito no es de fiar, es un falso. Es de los que *hablan por detrás*.

HIJO HABIDO.—Es un eufemismo con que en el lenguaje familiar designamos al hijo que no es de matrimonio.

Por ejemplo, suele decirse, sobre todo en el campo:

—Pepe Santana no es *matrimonial*: es *hijo habido*.

O bien: es de la *Cuna*, es *depósito* (expósito).

CH

CHABASCADA.—Equivale a mordida, bocado, aunque con significación más enérgica.

La *chabascada* es un bocado enorme, algo bestial, para atrapar rápidamente el manjar o golosina que pudiera escapársenos.

—Se lo comió de una *chabascada*.

CHACARONA.—El más barato e inferior de los pescados salpresos de la Costa de Africa.

En sentido figurado, se aplica este vocablo nada eufónico a la soltera, ajada y seca por la acción de los años y la esperanza defraudada del matrimonio.

—Alégrate, solterona

Que ya pasas de cuarenta,

Que este año las *chacaronas*

Han tenido buena venta.

CHAFALMEJAS.—No se trata de una voz exclusivamente nuestra, puesto que es de uso constante en Cuba y en Andalucía.

Es muy expresiva, muy típica, muy salada. ¡Un *chafalmejas*! Es cosa del Mediodía, el eterno Tartarín que florece en todos los países favorecidos por el sol.

Etimología probable: “chafar almejas”, romper al pasar las conchas vacías, produciendo un ruido insustancial.

Así el *chafalmejas* es el parlachín sin sustancia, el mentiroso, el hombre sin formalidad ni palabra, el que

aparenta riqueza o saber que no tiene.

También se usa el derivado *chafalmejerías*.

CHANCO.—Derivada de "chanclo", significa en sentido recto un zapato viejo, aunque todavía utilizable.

Los pobres descansan los pies dentro de casa, poniéndose unos *chancos*.

Los que antaño se bañaban por el muelle o por Santa Isabel, tenían que ponerse *chancos*, único medio de defender los pies contra los pedruzcos de la playa.

Chanquear, andar por ahí, miserablemente pidiendo limosna.

En sentido figurado, ya se ha dicho que es una de las varias maneras de nombrar a nuestras pobres *hetairas*.

CHAPAS.—Son las manchas rojas que se manifiestan en las mejillas por la acumulación de la sangre.

—El niño debe tener calentura. ¿No lo ven que está *ençhapado*?

CHAPETONADA.—En las enfermedades crónicas, el acceso, el ataque, el periodo de tiempo en que el mal se agudiza y exacerba, siendo transitorio, se llama aquí *chapetonada*.

—¿Cómo está tu tío?

—No anda muy bien. Ayer tuvo una *chapetonada*.

Es vocablo americano. Pero allí se usa para designar la primera enfermedad que aqueja al europeo recién llegado y también equivale a error cometido por gente novicia o inexperta.

CHARRISQUIAR.—Hacer crujir los dientes. El pueblo considera como un síntoma funesto y alarmante el que el enfermo esté *charrisquiando* los dientes.

CHARQUERO.—Derivado de “charco”, se usa como diminutivo de éste, con aplicación a los que se forman en el piso, en el tablado.

—No cambes la *talla* mujer, que haces *charqueros*.

CHASCAR.—Comer ávidamente, masticando con fuerza y con ruido.

Tiene además la significación de apoderarse con frescura y aplomo, de la cosa ajena.

Así es que, cuando tratándose de un administrador infiel se dice que todo *se lo chascó*, se entiende que metió la mano hasta el codo, que se alzó con el santo y la limosna.

CHERNE.—Para nosotros, *la Costa* es, por antonomasia, la vecina del continente africano, punto de reunión de los pallebotes isleños, que parten cargados de sal y vuelven conduciendo las apretadas *pillas* de pescado salpreso, alimento del pobre y regocijo a veces del rico.

De todos los pescados que de allí nos vienen, el más sabroso es el reputado *cherne* (¿deformación popular de “tierno”?) indispensable elemento del *sancocho* (salcocho) canario que, en las francachelas colectivas, se comía antaño en Los Laureles o el Confital y hogaño en San Cristóbal.

CHIFLE.—Pequeño, corto, insignificante, débil, infeliz, delgadocho, de poco fuste.

Se aplica a la persona endeble y poquita cosa.

Las mareas cortas, se llaman también *chifles*.

CHIRGO.—Chorro delgado, sutil, que sale con ímpetu, como el de un surtidor.

Chirgarse de miedo es humedecer las ropas interiores involuntaria y vergonzosamente.

CHISPEAR.—Lloviznar.

—¿Les llovió en el Monte?

—No; pero todo el día estuvo *chispiando*.

CHOPA.—Es el nombre de un pez, reputado generalmente como de infima categoría, y también el de una de las familias que componen la esclarecida estirpe de la "*blatta orientalis*".

En Canaria, cuando en un concurso de señoras *vuela una cuca*, la desbandada es general, siendo lo más triste que el pánico suele alcanzar a individuos del sexo fuerte. Hay gritos, carreras con las enaguas remangadas y la calma no se restablece hasta que el ortóptero perece bajo la suela de un valiente con repugnante chasquido.

Pues bien, nuestras simpáticas paisanas que no han leído a Fabre, ni a ello están obligadas, clasifican la "*blatta canariensis*" en dos familias o variedades, la colorada, llamada también *volona* y la *chopa*, inmundito animalito, casi tan grande como el dedo índice, de andar cachazudo, de olor infecto, de color rojizo, grisáceo y algunas veces blanco (*horresco referens*).

CHUECO.—Podrido, corrompido, mal oliente. Con frecuencia se oye decir que huele a *orines chuecos*, en los lugares destinados a ciertas miserias humanas en que no hay agua corriente y en que falta por tanto la higiene y la limpieza.

CHUCHANGO.—La palabra "caracol" nunca se usa en Gran Canaria para designar al baboso molusco, huésped habitual de la viña.

"Caracol" es otra cosa, es la concha marina que se toca a modo de trompa.

Usada al parecer por los indígenas, forma hoy la base de las llamadas *caracoliadas*, o cencerradas, con que en los campos se solemniza, por ejemplo, un matri-

monio desigual, (viejo con muchacha o viceversa).

El *chuchango* es el caracol molusco.

En otros tiempos, había ínfimos comerciantes que ganaban algunos cuartos, exportando *chuchangos* a la Isla de Cuba.

Sucedió más de una vez que se evadieron de las *seretas* que les servían de cárcel, y se esparcieron por toda la casa, con gran terror del elemento femenino.

CHUPENCO.—Casita de pobre, reducida a lo más necesario, casi una choza.

El vocablo se usa en sentido despreciativo: la casa no vale lo que pide su amo, es un *chupenco*; y también en tono de modestia:

—No puedo ofrecerla más que un *chupenco*, pero está a la disposición de usted.

IMPERANTE.—Es el que en una discusión toma una actitud de altivez e intransigencia, pretendiendo imponer su voluntad.

INSALLA.—Vocablo usadisimo en Gran Canaria, importado por los marinos de la Costa de Africa.

Reunión numerosa, muchedumbre, enjambre.

Los moros, según parece, llaman así al concurso de gentes que se reunen para una fiesta religiosa.

Entre nosotros es muy frecuente oír frases como ésta:

—El destino se lo deben dar a Miguelito que tiene una *insalla* de chiquillos.

INSULTO.—En el diario de don Antonio Bethencourt, escrito a fines del siglo XVIII y principios del XIX y extractado por el que suscribe por encargo de la Sociedad "Museo Canario", es muy frecuente que, al dar cuenta de una muerte subita, se le atribuya a un *insulto que no dió tiempo al santolio*.

—Todavía se dice que a uno le dió un *insulto* porque le dió un accidente, un ataque repentino.

IR A TENER.—Frase galaico-portuguesa (ir a parar).

—Salió escapado y *fué a tener* a la marea.

Los chicos suelen demostrar la pujanza de su brazo por la mayor distancia a que arrojan la piedra.

—La mía *fué a tener* más lejos que la tuya.

IRSE DE.—*Irse de un objeto*, es lo mismo que separarse, desprenderse de él, desechándolo o vendiéndolo.

—Compadre, ¿todavía tiene la yegua habanera que le compró a Frasquito?

—¡Qué fecha, compadre que me *fui de ella!*

IRSE PA LAS PLATANERAS.—Durante la epidemia de fiebre amarilla que padeció nuestra Ciudad en 1811, los enterramientos se hacían en un cercado de los Callejones, donde había plataneras.

De aquí la frase, usada hoy tan sólo por los viejos, de *irse pa las plataneras*, equivalente a “morirse”.

IRSE POR EL PALO.—Procedente de un juego de baraja, muy popular en Gran Canaria, la “napolitana”, esta frase vulgar define un accidente intestinal, de consecuencias desastrosas para la ropa interior.

—¡Corra, señora, que el niño se ha ido todito *por el palo!*

ISA.—De todos los cantos canarios es la *isa* el más original y seguramente el más melodioso.

En otros tiempos (los de nuestra juventud) había aún la romántica costumbre de las serenatas. Un “rancho” de pollos con guitarras, bandurrias y violines, recorría las calles de la población, parándose ante las moradas de las respectivas novias.

Más de una vez, “ella” se incorporó en la cama, interrumpido el dulce sueño, para escuchar la estrofa, concienzudamente modulada por una voz hartamente conocida:

—Quieres que cante la *isa*.

Yo la *isa* no la sé...

J

JABADA.—Es la gallina que no tiene un color uniforme negro, (blanco negro o amarillo) sino que tiene el plumaje manchado por varios toques de diverso color.

JACÍO.—En los días de temporal o de “rebose”, el monstruo, como si fuera un chiquillo mal criado, toma resuello entre uno y otro acceso de rabia.

La gente de mar llama *jacíos* a estos fugitivos momentos de calma, en que la superficie del mar, entre cada ola, se aplanan y se tranquiliza.

Cuando en Las Palmas no había otro muelle que el de San Telmo, era forzoso aprovechar un *jacío* para dar la vuelta al martillo.

También se llama *jacío* al periodo de tranquilidad o de remisión del trabajo en una profesión muy atareada.

—No puedo despachar ahora su asunto. Espérese a que tenga un rato de *jacío*.

JAIRA.—En lenguaje campesino, una *jaira* es una cabra. Usase mucho el diminutivo, *jairita*.

Por la estructura, a cualquiera se le antoja que este vocablo procede del idioma de los indígenas.

Pero, ¿quién puede asegurarlo?

JALADA.—El canario aspira la *h*, lo mismo que el andaluz.

De modo que aquí “halar” es *jalar*, pero *jalada* no es

la acción de "halar", sino una paliza o *estupidura* dada con todas las reglas del arte.

JALÓN.—No aludimos aquí a las estacas de que el agrimensur se vale para medir un terreno, sino a un sustantivo derivado del verbo *jalar* ("halar" en canario y en andaluz).

Un *jalón* es un tirón.

Un *jalón* de pelos, un *jalón* de orejas, etc.

JANDORRO.—Es un superlativo canario del adjetivo "puerco".

Un *jandorro* o *puerco-jandorro*, es un ser eminentemente sucio, que padece de una hidrofobia inofensiva para él, pero no para el olfato de los demás.

JAO.—Vocablo encantador, cuya procedencia guanche siendo muy probable, no puede ser demostrada científicamente.

Es, por tanto, una de tantas palabras canarias de misterioso abolengo.

Diríase que es un sustantivo, equivalente a "fulano" en la frase corriente.

—¡Oye tú, *jao!*

Y cuando se emplea sola, *jjao!* pudiera ser una interjección que sirve para llamar.

Hoy es de uso muy limitado. Solo se oye en los campos o en los barrios populares de la Ciudad.

JAREA.—El pescado seco, generalmente *la vieja*, es *la jarca* del lenguaje popular canario.

Goza de gran predicamento entre la gente pobre como sustitutivo del bacalao.

JENTINA.—Uno de los tantos nombres que la paliza tiene en el léxico canario.

Pero entiendase que una *jentina* es una paliza a fondo, concienzuda, una moledura de huesos de las que hacen guardar cama.

JILMERO.—El *jilmero* no llega a la talla pasional del avaro. Es el “miserable” o “miseriento” según otro modismo canario, el “puerco”, el que evita las ocasiones de gastar y busca las de comer, beber o fumar de *gorra* o de *guagua*, esto es, a costillas de otro.

Agarrado, *jilmero* y “avaro” son tres grados en la práctica del ahorro, que deja entonces de ser virtud.

JILORIO.—Tener *jilorio* o *ajilorio* es sentir un apetito formidable, devorador, rayano con el hambre.

Había en tiempos ya lejanos en el barrio de Vegueta un maestro latonero que cuando sentía *jilorio* agarraba el trombón (era músico de la Milicia Nacional) y atornaba la vecindad con formidables calderones.

Ya los vecinos sabían lo que ello significaba: era que el maestro Severino tenía *jilorio* o *lija*: le mandaban un plato de *tumbo* o una cesta de peras y el “recital” cesaba inmediatamente.

JINCARSE.—Término vulgarísimo que no tiene nada que ver con “hincarse” pues aquí no se trata de genuflexiones, ni de prosternarse ante ningún altar, sino de comer con voracidad, de manducar.

—Se *jincó* media docena de pasteles y un cacho de morcilla.

• **¡JINOJO!**—Exclamación que denota más impaciencia que ira.

De uso muy frecuente, sustituye a otras interjecciones crudas y mal sonantes.

También es adjetivo:

—¡Ese *jinojo*!

—Estebita es un *jinojo*.

Esto es, un majadero, un pesado, un hombre insoponible por lo exigente.

JIRIMIQUEAR.—Deformación de “llorimiquear”, verbo que equivale a “lloriquear” o “gimotear”.

El *jirimiqueo* es un llanto superficial, a veces fingido, causado, más que por el dolor, por el capricho o el antojo.

Los niños mimados y antojadisos *jirimiquean* con monótona tenacidad para conseguir que su madre les mande a comprar pastillas o bombones de chocolate.

JINERA.—Es una trampa para cazar pájaros, una especie de jaula de cañas en la que el infortunado volátil, atraído por el alpiste, entra y no puede salir.

JUAN PITÍN.—*Juan Pitín* es un cualquiera. El “Perico de los Palotes” de la tierra canaria.

Es el intruso, el advenedizo que irrumpe en nuestra vida, impensada e ilógicamente.

—Las mujeres deben de casarse cuando mozas, si se les presenta una buena *proporción*, decía sentenciosamente un amigo nuestro; porque, cuando llegan a viejas, se casan aunque sea con un *Juan Pitín*.

L

LABERINTADO.—Es el que se halla descrientado, lleno de confusiones, sin poder hilvanar dos ideas racionales acerca de un asunto.

LADRONIZA.—No es, como pudiera creerse, un diminutivo de “ladrona”: es el local, entidad o medio en que se roba por hábito o sistema.

Suelen decir las señoras, hablando de la tienda de un comerciante conocido por *carero*.

—Hija, no se puede ir allá. Es una *ladroniza*.

LAMBIAR.—Véase más adelante *lambusiar*.

Lambiar expresa también la acción de lamer con insistencia y prolijidad; pero tiene además la original acepción de hurtar, sustraer alguna cosa sin violencia, arteramente.

Recuérdese la frase de aquel propietario rural a quien, mientras estaba dedicado a verlas venir en cierta sociedad de recreo, le birlaron una media onza que había puesto en la arandela de un candelabro.

--Me la *lambiaron* del *candilero*.

LAMBRIAZO.—Golpe violento, dado con fusta o vara flexible.

—Para que la bestia cojera el galope, tuvo que largarle *sin fin de lambriazos*.

LAMBUSIAR.—A la acción de lamer “lambere” añade

el verbo canario *lambusiar* la modificativa de prolijidad e insistencia.

Cuando la lengua ávida del chicuelo, recorre la morena superficie de la *rapadura*, dejándola húmeda y reluciente, en buen canario no cabe decir que la *rapadura* está lamida, sino que está *lambusiada*.

LARGAR.—Por dejar o poner

Palabra vulgar, que no usan las personas bien educadas.

—¿Dónde he *largado* el sombrero? (por: ¿dónde he puesto o dejado el sombrero?).

LARGONA.—Dilación, tardanza maliciosa en resolver algún asunto.

Procede este modismo del popular juego del “envite”.

Cuando tenemos interés en aplazar alguna resolución, solemos emplear para ello pretextos más o menos plausibles o poner dificultades más o menos ilusorias.

Esto se llama en castellano “dar largas a la cosa” y en canario “valerse de una *largona*”.

LASCA.—Lonja o loncha, tajada delgada de carne.

Una *lasca* de jamón.

Sacarle *lasca* a un asunto es sacarle partido, obtener utilidad o provecho de él.

Por ejemplo, un abogado inteligente y hábil sabe sacarle *lasca* a un asunto ingrato, de ésos que en estilo familiar llamamos “un hueso”.

LENAZO.—Caída brusca y violenta.

Se aplica, más bien que a la caída casual, al acto de lanzar a tierra a un contendiente, por ejemplo en una riña o en la Lucha canaria.

LIJA—Expresa la misma idea que *jilorio*, esto es, hambre o apetito muy abierto.

LIMETA.—Una *limeta* es una botella, sobre todo la destinada a guardar bebidas fuertes, como el ron o la ginebra.

De empleo frecuente en los pueblos del interior, se usa poco en Las Palmas.

LINDON.—Las fincas rústicas están separadas a veces, no por muros de mampostería o piedra seca, ni por setos vivos, sino por zanjas o cunetas en las que crecen la hierba y los cañaverales.

En ellas estaca el labrador sus reses para pastar.

La propiedad del *lindón* (así se llama la zanja divisoria) suele ser común entre las dos fincas demarcadas.

LIÑA.—Pocos son los canarios que se valen de la palabra "cuerda" en su sentido genérico.

Una "cuerda" es aquí una *liña*.

La *liña* para tender la ropa.

Pescar con *liña*.

LOQUINARIO.—Lo es un joven mala cabeza, ligero, irreflexivo, aficionado a la fiesta y al jolgorio.

El calificativo es más grave cuando se aplica a la mujer. Una *loquinaria* es una chica que pierde la cabeza con los noviazgos y la charla de los hombres.

LLEVAR.—Amenaza de una corrección imprecisa, por ejemplo, un *guantazo*, un coscorrón.

Se dirige casi exclusivamente a los niños:

—Si sigues con esa majadería, *vas a llevar*.

M

MADURO.—Pronúnciase generalmente *maíro* y sirve para significar al hombre de campo zafio, inculto, sencillote.

MAGARUTO.—Hombre de campo, sin educación ni cultura, tosco, zafio, ignorante.

Derivación de *magó*, nombre con que en Tenerife generalmente y alguna vez en Gran Canaria, se designa al campesino inculto.

MAGUA.—De origen galaico-portugués, este precioso vocablo no significa en Gran Canaria exactamente lo mismo que en las regiones occidentales de la Península.

Aquí *magua* es desconsuelo, lástima que nos queda de haber perdido o de no haber logrado alguna cosa.

Quizá su mejor equivalente haya de buscarse en el francés: "regret".

Quedarse *maguado*: sentir la pena, el desconsuelo de no haber conseguido el objeto de nuestras aspiraciones.

—¿Por qué no compró la finca, *cristiano*?

—Por una diferencia de mil pesos. ¡Qué *magua* me quedó!

Esta es la ocasión de mentar el refrán canario, *Más vale magua que dolor*.

Entre la aflicción pasajera que produce la pérdida de lo que erróneamente consideramos bueno y amable y la negra pesadumbre que entenebrece para siempre la vida,

no hay que vacilar. Lloremos ahora para no llorar mañana.

La niña ha despedido al novio indigno de ella. Ha tenido que tirar con fuerza de una fibra del corazón y llora.

La madre le dice:

—Consuélese mi niña.—*Más vale magua que dolor.*

MACHANGO.—Es voz cubana que podemos llamar nuestra a justo título, ya que se pueden contar por los dedos de la mano los canarios que llaman “monos” a nuestros simpáticos ascendientes.

Una *machangada* es una payasada, una broma ligera no ofensiva.

MACHONA.—La chiquilla aficionada a la compañía de los varones y que participa de los juegos y trapisondas de ellos.

También tenemos el verbo correspondiente: *machonear*.

—¡Como yo te vuelva a ver *machoniando* con esos *mataperros!*...

MACHORRA.—En lenguaje popular y de la gente de campo una *machorra* es una moza bien plantada, de formas acentuadas y robustas.

MAJALULO.—En la isla de Fuerteventura, un *majalulo* es un camello en plena adolescencia, como si dijéramos, en la edad florida de las ilusiones.

Por natural trasposición, en Canaria un *majalulo* es un hombre tosco, desgarbado, bruto, que anda y se mueve pesadamente.

MAJAR.—Tan solo es voz canaria en el originalísimo sentido de vencer, ganar, sobrepujar, superar.

Diálogos en la escuela:

—No te dejes *majar* por Pepito.

—Yo te *majo* a tí en Aritmética.

Diálogo (histórico) entre ama y criada.

—Tus hermanas sentirían mucho la muerte de tu madre.

—Si, señorita; pero a mi *nenguna me majó a llorar*.

MAMADO.—Es el término predilecto del isleño para designar al torpe, al mentecato cuyo frontal no pasa de los dos dedos consabidos.

¿Etimología? Casi puede asegurarse que el *mamado* se llama así, por tener el cráneo vacío, a virtud del formidable sorbo de una potencia superior que le ha chupado el intelecto.

—*Es un mamado*, se dice también del pobre diablo sin virilidad ni energía, v. g., del que lleva los pantalones, si, pero no en el sentido figurado, que en este caso vale más que el recto.

MANCAR.—(De “manco”) mutilar, herir, magullar.

Hubo hace muchos años en Las Palmas un Canónigo, famoso por sus excentricidades.

El fué el autor del sermón de las tres invocaciones:

—¿Dónde vas, Pablo?

—A Atenas.

—¿Dónde vas, Pablo?

—A Alejandria.

—¿Dónde vas, Pablo?

—A Corinto. ¡Corinto, Corinto, Ciudad de importación y exportación!

Yo mismo le oí decir, hallándonos en un despacho o biblioteca, fresco, luminoso, simpático, con ventanales al norte:

—Da gusto leer en una habitación como esta. Es lo

que digo. El que se va a leer un buen libro en un cuarto destarlado, es como el que se va a comer una gallina en un excusado.

Pues bien, a este señor se le presentó un día un joven de una familia conocida.

—¿Qué es lo que quiere, hermano?

—Pues yo, señor Don Gregorio, venia con la pretensión de que Vd. me oyera en confesión.

—Le veo venir, Vd. lo que quiere es casarse, hermano, y como para ello necesita la papeleta de confesión...

—Pues yo, señor Don Gregorio...

—No, si yo no le digo nada. Hace muy bien, hermano, porque si anda *pizquiando* por ahí, el día menos pensado me lo *mancan*.

MANDAR.—Úsase muchas veces por pegar, sacudir el polvo.

—Le quité de enmedio con un par de *guantazos* que le *mandé*.

MANDARSE.—Expresión familiar y vulgarísima que equivale a comer, engullir rápida y vorazmente.

—Se *mandó* media docena de huevos duros o un cesto de duraznos.

MANO.—Colección, conjunto de...

Allí se reunieron una *mano* de estúpidos, de mentecatos, de *arritrancos*.

MARETA.—Depósito de agua de cortas dimensiones, estanque pequeño.

Parece un diminutivo del francés "mare".

MARGARO.—El dedo *margaro* es el dedo "meñique". El lector no es canario si en el acto no recuerda aquel

diálogo famoso en que alternan como personajes los cinco dedos de la mano.

“Este (el flaco, el *margaro*) puso un huevo.

...Y éste (el gordo, el “pulgar”) se lo comió”.

Drama diminuto, delicia de nuestra niñez, que envuelve un alto sentido social y filosófico (no hay que reirse) pues también en la vida real hay *flacos* que ponen huevos y *gordos* que se los comen.

MARGULLIR.—Verbo que nos parece de abolengo lusitano y que significa sumergirse, permanecer un rato entre dos aguas.

En horticultura, *margullir* es enterrar la rama de una planta para que germine y nazca otra, distante del tronco primitivo.

MARULLO.—Aglomeración, conjunto de tierra y guijarros, residuo de una obra o resultado de la limpia de una acequia o de un estanque.

MATALOTE.—Hombre de tosca apariencia, de ademanes pesados y torpes, sin educación ni formas sociales.

MATAPERRO.—Cierto que no es muy noble y excelente oficio el de “matar perros”, aunque se le considere como un ministerio derivado de la administración municipal.

Esta nota infamante explica el que se haya dado el nombre de *mataperros* a los chiquillos mal criados, “azotacalles”, tráfugas de la escuela, antes campeones en las *guirreas* y hoy catecúmenos del “fut-bol”.

Ellos son los que ilustran las paredes acabadas de *albear*, con “grafitos” y vocablos ingenuamente naturalistas; ellos los que en los barrios mal vigilados por la

policía, adornan los cristales de las ventanas con rutilantes estrellas, nacidas al conjuro de una pedrada.

Sus hazañas, naturalmente, se llaman *mataperrerías*; pero este nombre se aplica también a la acción indecorosa y atrevida, concebida y realizada en detrimento del prójimo, y *mataperros* es el autor de ella, cualesquiera sean sus títulos y preeminencias sociales.

MATAR UN BURRO A PELLISCONES.—Modismo genuinamente canario de frecuente uso, en otros tiempos y ahora.

¡Figúrense Vds. el tiempo y el trabajo que se necesitaría para matar un burro nada más que con *pelliscones*...! (pellizcos).

Así es que para ponderar la adhesión de una persona a otra suele decirse:

—X quiere tanto a Z que por ella es capaz de *matar un burro a pelliscones*.

MISERIENTO.—En este país en que generalmente se practica la economía y se evitan los gastos inútiles y de pura ostentación (es más: hay quién no puede menos de incomodarse cuando le pasan una cuenta) es preciso ser muy avaro, muy “puerco”, para merecer el calificativo de *miseriento*.

El pueblo aplica el de M... al “miserable”, al *Alejandro en puño*, que rehuye contribuir a los gastos más legítimos y más sagrados.

Conocí en lejanos tiempos a un tipo que todo el mundo conocía por Juanito M...

ME PUSE, QUE EN MI CARA SE PODIA FREIR UN HUEVO.—Es el colmo de la vergüenza, del pudor. Esto es: lo que vi o lo que me dijeron, me hizo subir la sangre a las mejillas, en términos de que si alguien hubie-

ra estallado un huevo en mi cara, se hubiera frito como en la sartén.

ME PARECE QUE TE VEO...—Frase canaria antiquísima que casi involuntariamente se viene a los labios, cuando se trata de un inepto, de un pobre hombre que se propone realizar algo que es superior a sus fuerzas o a su ingenio:

—*Me parece que te veo, burro blanco en el terrero.*

MESTRE.—Sustantivo arcaico, por maestro.

Es el nombre que se da en Gran Canaria a los patrones de los veleros que hacen el cabotaje entre las Islas y la pesca en la Costa occidental de Africa.

MOCEAR.—Hacer la corte, requerir de amores y, acordes ya él y ella, hablar por la ventana o por el balcón. Pelar la pava.

—Conocí a Chanito cuando todavía estaba *mociando* con la que es hoy su mujer.

MOLIDO.—Está *molido* el pescado cuando no está fresco y despidе un olor desagradable.

MOJO.—El *mojo* (“moje” en la Península) no es la salsa en general, es la que se hace con aceite, ajos y pimienta, recibiendo, según el color de este último ingrediente, los nombres de *mojo verde* o *mojo colorado*.

Este último es el *mojo* por excelencia, compañero inseparable del *cherne*.

No todas las cocineras conocen el secreto del *mojo* clásico, esto es, del que abrasa el paladar y produce una sed inextinguible.

* * *

La “morena” es un pescado en forma de serpiente,

dándose en ella el mismo caso que en otro vertebrado de orden superior, esto es, que el macho es excelente y la hembra detestable.

Pues bien, *habrá mojo con morena* decimos los isleños para significar que habrá *jaleo*, que el lance será apurado o de compromiso.

Por ejemplo:

— En la sesión de mañana se discutirá el expediente del Pósito. *Habrá mojo con morena.*

MOLLEROS.—Aunque es voz castellana, creemos que apenas se usa en la Península, mientras que en Gran Canaria, casi todo el mundo designa con tal nombre el músculo que los sabios llaman “biceps”.

El tipo del atleta, ostentador de sus *molleros*, le hemos conocido desde los tiempos del colegio. Era generalmente un buen chico, que se distinguía en la *piola* y en la Lucha canaria.

MONIFATO.—Jovenzuelo, chicuelo sin experiencia que no sabe aún conducirse.

—Pero hombre ¿qué sabes tú de eso, si todavía eres un *monifato*?

—Dicen que Frasquito se quiere casar con Pinito.

—¡Pero si ella es una *monifata*...!

MONIGOTE.—No en son de menosprecio, sino porque así lo prescribe el grave léxico gran canario, llamamos aquí *monigotes* a los miembros de la distinguida clase de los monaguillos.

En aquella edad venturosa en que la cúspide de los honores era llevar la naveta en las procesiones de Semana Santa, ¡con qué admiración y envidia contemplábamos la sotana roja y la sobrepelliz blanca, distintivos del respetable acólito!

MORETÓN.—La mancha roja y violácea que aparece en la piel. Cardenal.

—Hay que llamar al médico: el niño tiene todito el cuerpo lleno de *moretones*.

MOROÑA.—Es la cabellera espesa, enmarañada, que forma un amasijo en el que penetra difícilmente el bati-dor.

Se extiende a veces este vocablo a designar la totalidad de la cabeza, por ejemplo, en esta frase aplicable a los testarudos.

—Como se le ponga en la *moroña*, lo hace contra viento y marea.

MORROCOYO.—Galápago.

Algunos canarios tienen el mal gusto de introducir en la intimidad de sus casas, con la categoría de animales domésticos, a bichos tan antipáticos como el *morrocoyo*, el erizo y el camaleón.

En lenguaje figurado un *morrocoyo* es un individuo obeso, rechoncho, en el que diríase que falta el cuello y que la cabeza surge directamente de los hombros.

MOSQUERO.—Enjambre molestísimo de moscas. Uno de los inconvenientes del campo es el *fuerte mosquero* que siempre hay.

MOTE.—Billete de lotería o de rifa.

Antaño, eran muy frecuentes en Las Palmas las rifas, cuyos billetes, generalmente manuscritos, se vendían por la puerta.

El *mote* premiado daba derecho por ejemplo, a un Niño Jesús, a una guitarra, a un burro, a una cabra, a un zagalejo bordado, etc.

MOVIDO.--Blanduzco, fofo, inanimado.

Del cojín y de la almohada se dicen que están *movidos*, cuando el relleno se ha dispersado, ha perdido su consistencia.

Un *movido* es un ser apático, indolente, una reverenda inutilidad.

—*Despabilate*, muchacho.

No seas *movido*.

N

NEGRO COMO UN CAZÓN.—Ser *negro como un cazón* es el colmo de la oscuridad cutánea.

Muy trigüeno tiene que ser un individuo para que en Gran Canaria, donde tanto abunda la gente *melada*, vestigio de posibles cruzamientos con la familia de Cham, se acuda a esta comporacion extrema con el cuero del "cazón". •

—La playa es muy saludable para los niños; pero se ponen *negritos como cazonas*.

NO LE DIGO.—El más célebre de los modismos canarios, origen de innumerables anécdotas y chascarrillos.

Cuando el isleño contesta a una pregunta con el característico *No le digo*, quiere significar que "no puede decir" nada, que ignora lo que se le pregunta.

Es, pues, una fórmula abreviada. *No le digo*, en vez de no puedo decirle o contestarle.

Se comprende que a los recién llegados les produzca sorpresa y a veces indignación el *no le digo* canario, como aquel Presidente de Sala que en pleno juicio oral, interpretando el *no le digo* por una negativa a declarar, amonestaba a un testigo en esta forma:

—¿Cómo, qué no me dice Vd.? Le advierto que tiene Vd. obligación de declarar bajo las sanciones que la Ley determina etc., etc.

NOMBRETE.—La voz "apodo" tiene poco uso en Gran Canaria. La sustituye el diminutivo que encabeza estas líneas y a veces el término más vulgar de *ditado*.

Siempre se ha ponderado el arte de los graciosos del país para poner *nombretes*. Algunos llegan a convertirse en apellidos.

NONADA.—Puede catalogarse como término regional únicamente en la frase muy usada en el campo, *A cada nonada*, que significa, a cada instante, con mucha frecuencia.

—Dígame, compadre, ¿ha mucho tiempo que no ve a Juan Ramón, el de Fontanales?

—*A cada nonada* le veo...

NO TOCARLE A UNO NI PAPAS NI PESCADO.—En cuanto a la lejanía de parentesco, no cabe más allá.

—Frasquito no me toca absolutamente nada, somos totalmente extraños el uno al otro, ni tan siquiera nos hemos sentado nunca, en fraternal consorcio, frente a un *sancocho* humeante de pescado y papas.

NUEVO.—Cuando expresa la idea de juventud, pertenece esta voz al regionalismo canario. Es de gran uso en el pueblo y en el campo.

—Se murió Santiaguito Bordón. ¡Qué lástima! Era un hombre *nuevo* todavía.

Ñ

ÑANGA.—De estirpe americana, *ñanga* y su diminutivo *ñangueta* califican al pusilánime.

Dicho por una voz afectuosa a una víctima de la vida, el *no seas ñanga* es una versión canaria del “macte animo, generose puer!”.

ÑOÑOS-ÑAMES.—De estas dos voces castellanas, ambas desviadas de su primitivo sentido, la primera no se aplica al viejo caduco o chocho, sino, especialmente, a los piececitos sedosos y rosados de los nenes.

Y la segunda, en dicha acepción figurada, designa también los pies; pero no ya los diminutos y rosados del infante, sino los de las personas mayores, pero no unos pies cualesquiera, sino los muy largos, anchos y juanetudos, semejantes por su tosca configuración, al apreciable tubérculo al que en el sentido directo se aplica este vocablo americano.

Aunque vivimos en un país meridional, país de piés pequeños, no es raro tropezar con un par de lanchones, o de ataúdes, de éstos que hacen exclamar al isleño:

—¡Ay mi madre! ¡Fuertes *ñames*!

P

PAJIZAS.—Gracias *pajizas*. Son las absolutamente privadas de sal y de ingenio.

En la vida, todos, el que más, el que menos hemos sido víctimas de la innúmera falange de majaderos que pretenden tener la concesión exclusiva de la mina de los chistes.

Pero ¡ay!, que la “vis cómica” es un don que Dios distribuye entre los humanos con tanta parsimonia como la elocuencia y no basta haber nacido en la llamada “tierra de María Santísima” para tener la legítima gracia. Por eso es tan frecuente en ellos la otra, la falsificada, la *pajiza* hasta el punto de que, según creo, de allá nos vino el vocablo que comentamos.

PAJUDO.—Todo aquello que es seco y árido como la paja.

Así se llama entre nosotros a la carne y al pescado cuando no tienen jugo ni sustancia.

Ejemplo: una *sama pajuda*.

PALANQUÍN.—Bien puede tenérsele por arcaísmo vigente en Gran Canaria, porque, en efecto, ¿quién llama hoy en la Península *palanquin* al mozo de cuerda?

Los que florecían en nuestras mocedades, tenían su oficina en el poyo que bordeaba la pared del naciente del palacio episcopal o en los de la antigua Plazuela. ¿Evo-caremos las sombras alcohólicas de Juan Rapadura, de Pesca Ranas, de Domingo Maita?

El *palanquín*, hombre de recia musculatura, trasladada en las mudanzas los muebles de mucho peso. Antes se le pagaba con *fiscas* o *medios tostones*, hoy con pesetas, pero siempre con la "liquida propina" más apreciada por ellos que el numerario (el vasito de ron o de ginebra).

Palanquín es también sinónimo de pelafustán o pobretón.

PALILLERO.—El mango de la pluma, siempre fué llamado *palillero* en Gran Canaria.

PALOMETA, PALOMETA.—Cuando alguien se mete donde no le llaman, y quiere introducirse en una conversación o asunto, en los que es evidente su falta de interés o de derecho, se le aplica el conocido modismo canario:

—*Palometa, palometa, donde no te llaman no te metas.*

PASADO.—Están *pasados* el pescado o la carne cuando empiezan a corromperse y a despedir mal olor.

Y lo mismo se dice de las telas cuando al manejarlas se forman sietes o claros en ellas.

—Esta blusa no sirve. Está *pasada*.

PAMBUFO.—Gordinflón, regordete.

Aplicase principalmente al hombre ventruado y de corta estatura.

PANASCO.—La yerba que cubre las laderas, especialmente en las medianías y en la Cumbre, cuando está seca, se llama *panasco*.

Forma una superficie resbaladiza y constituye un serio peligro para el que se aventura a trepar por ella sobre todo a caballo.

Basta un resbalón para precipitar a caballo y caballero al fondo de un barranco.

PASAR LAS BREVAS DE TIRAJANA.—Inútilmente hemos indagado el origen de este singular modismo.

¿Qué relación puede haber entre las brevas de la fértil región tirajanera y los apuros de una situación difícil?

Sin embargo, se dice que *está pasando las brevas de Tirajana* el infeliz a quien torturan los disgustos y sobre todo la falta del veleidoso numerario.

—Conocí a Chanito cuando estudiaba en Madrid. Como sus padres no podían mandarle dinero, el pobre muchacho *pasó las brevas de Tirajana*.

PASTURA.—El excremento de la vaca, que cubre los senderos de amplias rodajas.

Es una *pastura*, se dice del individuo apático, indolente, que no siente ni padece y se está quieto en el lugar donde le ponen.

PASUDO.—Llámase así (de pasas, rizos) al que tiene el pelo ensortijado a estilo de los ejemplarcs de la gran familia de Cham, de los cuales hay algunos en los pueblos del Sur, y reminiscencias atávicas en casi todos los de la Isla.

Llamarle a uno "negro" era antes casi una injuria, y como tal fué denunciada esta frase: *Negro bozal, que las pasas te botan pa trás la cachorra*.

PATILLA.—La torcida de cerilla, algodón o estopa que se coloca en un plato o vaso lleno de agua con una capa de aceite, para tener luz en la alcoba durante la noche.

Llámase también "mariposa".

Patilla, así, en singular, es el nombre que damos a la barba, como atributo var: nil.

Por ejemplo: D. Zenón usa *patilla* corrida.

Pepito tiene el cutis lleno de "barros": es que le va a salir la *patilla*.

PATUÑAR.—Marchar con los pies desnudos en terreno fangoso o moldear con los pies el barro, preparándolo para la obra de albañilería.

PA ZAJORÍN, TÍO PLOMO.—En la conversación de la gente del pueblo, puede uno de los interlocutores ser tan torpe que no entienda una alusión, un concepto algo alambicado, una reticencia.

Entonces, en vista de la cólera o del menosprecio del otro, se le viene a la boca el dicho vulgar:

—*Pa Zajorín, tío Plomo.*

Es decir, si Vd. busca un zahorí que comprenda con medias palabras, no se dirija a mí sino a *tío Plomo* (personaje fantástico e imaginario).

PECINA.—Objeto o lugar sucio en extremo, maloliente.

—Este niño está hecho una *pecina*.

—Abran las ventanas, ventilen la habitación, que esto es una *pecina*.

PEDILÓN, PEDILONA.—Se trata aquí de la persona que tiene por costumbre mendigar, importunar a las gentes, no precisamente con peticiones de dinero, sino con las de objetos fuera de servicio, por ejemplo, ropa usada.

PEDRERO.—Es propiamente el cantero; pero en Canaria se designa con este nombre también al *albañil* o mampostero.

PEGAR A...—Modismo generalizado en el pueblo, y que significa empezar, acometer una obra o tarea.

Por ejemplo, “*pegar a rascar*”, “*pegar a trabajar*”.

La *pega* es el comienzo de la faena.

—Muchachos, le dice el capataz a los peones, después del descanso: Vamos a *pegar*.

PEGOSTE.—Deformación canaria de “pegote”, emplasto, parche, unto.

Aquí como en Castilla, un *pegoste*, en sentido figurado, es la cosa accesoria que se adhiere a la principal para deslucirla y afearla, por ejemplo, en un edificio, un detalle ornamental de dudoso gusto.

También es *pegoste* todo lo que molesta e importuna v. g., un visitante pesado, un *latista* impertérrito, un pretendiente a prueba de desdenes.

De esta raíz, por así decirlo, procede el verbo canariote *empegostar*, untar, embadurnar.

—*Cristiana*, lleve al niño al cuarto de baño. ¿No vé que está todo *empegostado*?

PELAZA.—Yo no sé lo que es la *pelaza*, aunque me figuro que es algo untuoso, un líquido compacto y espeso, por ejemplo un depósito de miel.

Caer en la pelaza es verse impensadamente metido en un compromiso, en una situación desagradable, que hicimos lo imposible por evitar.

PELETE.—*En pelete*, modismo canario, es deformación del castellano “en pelota”.

—El niño se va a constipar. Está corriendo por toda la alcoba, *en pelete*.

PELGAR.—Ignoro si esta palabra se usa o no en Castilla y en Andalucía y carezco de medios para averiguarlo.

Nosotros llamamos un *pelgar* al hombre o mujer de aventajada estatura, pero flojo, desmañado, de porte anormal y ridículo.

PENOSOS.—Del que padece de una enfermedad de la vista, de una conjuntivitis por ejemplo, se dice que tiene los ojos *penosos*.

PENINO.—Voz cubana y canaria.

Las madres canarias, cuando sus pequeños empiezan a sostenerse en pie y a dar los primeros pasos, nunca dicen que el niño hace pinos o pinicos, sino que hace *peninos*.

PERCHAZO.—Caída violenta.

Pegar un *perchazo*, equivale a caer como un “cortacapote”.

PERINQUÉN.—Nombre isleño de una especie de largarto que frecuenta nuestras habitaciones y no merece su detestable reputación. Es un bicho inofensivo.

Del sujeto delgado y larguirucho suele decirse que parece un *perinquén*.

PERRERA.—Rabieta. Se aplica generalmente a los accesos de cólera infantiles, acompañados de gritos, llanto y pataleo.

—El chiquillo no nos deja dormir. Todás las noches le da una *perrera*.

PETA, PETUDO.—Del sujeto cargado de espaldas, que no llega a la categoría de jorobado, suele decirse que es *petudo*, que tiene una buena *peta*.

Se trata de uno de los tantos “privilegios” de la edad.
—¡Que viejo y que *petudo* está ya D. Celestino!

PICAR EL OJO.—Equivalente canario del castellano “guiñar el ojo”.

Picamos el ojo a un amigo para prevenirle o ponerle en guardia contra la acechanza o estratagema de que pudiera ser víctima; para indicar que lo que va a decirse no debe tomarse en serio etc.

—Hizo V. bien en *picarme el ojo*. En seguida caí en la cuenta de que Cristobita quería engañarme.

¿Diremos algo del D. Juan isleño que considera como el colmo de la insinuación el *picarle el ojo* a una muchacha?

PICARRAÑO.—Se llama así, una suerte de pan o torta de forma alargada, que se hace con millo machacado, agua, sal y matalahuga y se cuece en el horno.

PIE DE PUERCO.—Algo muy despreciable tiene que ser la pata del cerdo, pues con este modismo solemos protestar del mal concepto que de nosotros pudiera tenerse, extrañando, por ejemplo, el vernos exornados con buenas prendas de ropa o con alguna alhaja.

—¿Pues qué? ¿Se han figurado Vds. que yo soy algún *pie de puerco*?

PICÓN.—Es la arena volcánica que cubre los campos de la isla de Lanzarote y retiene la humedad de las escasas lluvias.

También en Gran Canaria, los terrenos situados en el ex Monte Lentiscal o Tafira Alta están formados por el *picón*, procedente del volcán apagado, conocido por “La Caldera”.

PILA.—De los muebles y utensilios que nos acompañan en la intimidad del hogar, no hay ninguno tan que-

rido del canario como la *pila*, santuario doméstico que guarda el tesoro de los países cálidos: el agua.

La *pila* es una especie de armario del tamaño de un hombre, formado por cuatro largueros cuya extremidad superior libre soporta el depósito del agua, la *destiladera*, piedra porosa cuya superficie exterior se cubre de un barro negruzco en el que arraiga y crece el *culantrillo* como una inculca cabellera.

El armatoste está dividido en dos partes iguales por una tabla en la que descansa el *bernegal*, cántara de barro panzuda, tapada por un plato horadado en el centro para dar paso al agua que cae lentamente y gota a gota de la destiladera, con apacible ritmo que convida al ensueño.

PIÑA.—La *piña*, por antonomasia, no es entre nosotros la del pino, la del ciprés, ni siquiera la de América (ananás).

Es la mazorca del millo, llamado aquí maíz por las personas distinguidas.

El millo, en Canarias, sirve de alimento a racionales e irracionales. Estos lo comen en el pesebre y aquéllos en variadas formas, por ejemplo: tostado y molido (el preclaro *gofio*): la *piña* entera guisada, que entra en el puchero isleño en sociedad estrambótica con garbanzos, papas, batatas, coles, ñames, calabacines, peras y manzanas; los granos sueltos, tostados, *gochafisco* y en fin la *piña* entera, asada sobre las brasas y espolvoreada con sal.

En sentido figurado, que también lo tiene, una *piña* es un mojicón, una *trompada*.

De aquí las frases *fajarse a la piña*, enredarse a puñetazos y *bueno para la piña*, que designa al "boxeador" canario.

PIÑA ASADA, PIÑA MAMADA.—Se ha dicho antes que una de las formas en que el isleño consume el millo es el de la *piña entera*, asada en las brasas.

Para nosotros es bocado exquisito, sobre todo caliente y espolvoreada con sal. En las fiestas de los barrios (San Juan, San Roque) alterna con los turronecillos, *alegrías* y *tirijalas*.

Ahora bien, el refrán *piña asada, piña mamada*, nos aconseja no dejar las cosas para mañana. Equivale al proverbio castellano “el llanto sobre el difunto” y al francés “il faut battre le fer quand il est chaud”.

Singular proverbio en un país como éste, tan “mañanista” como los demás de raza hispana.

PILFO.—Harapo, andrajo.

Ese traje está hecho un *pilfo*, (está completamente destrozado).

La pobre muchacha anda vestida de *pilfos*.

En otro lugar se indica que *pilfo* es uno de los motecillos que aquí se dan a nuestras tristes *hetairas*.

PIOLA.—El juego de chicos, nombrado “pidola” en la Península, lleva aquí el nombre de *piola*, de formación sin duda de aquel vocablo.

Es el juego que los franceses llaman “sautemouton”. Uno de los jugadores inclina el busto, apoyando las manos en las rodillas, y los demás saltan sucesivamente por encima de él, primero de *piola*, es decir, junto al obstáculo, y después, aumentando progresivamente la distancia.

Tabaco de *piola*, es el prensado y destinado a la masticación, práctica detestable tan sólo en vigor entre los marinos viejos.

PIPIOLO.—Es en Canaria un chicuelo de corta edad, al que no se concede formalidad ni representación.

PIPIRIPAO.—De *pipiripao*. Se aplica este modismo, tal vez de procedencia americana, a un asunto, a una cosa baladí, insignificante, de escasa monta.

Para un comerciante es un día nefasto, aquel en que no hace transacciones de importancia, sino alguna que otra operación de *pipiripao*.

PÍRGANO.—La imagen de la palmera evoca infaliblemente la de las siete Islas Afortunadas.

Dió nombre a nuestra ciudad, a una isla del Archipiélago, a gran número de pagos y caseríos.

Suministra la primera materia a una modesta industria: la que con la hoja de la palma confecciona escobas, esteras y serones.

El fabricante se llama *esterero*.

El *pirgano* es el peciolo de la hoja de la palma, una vara seca, dura y flexible que sirve de mango a la escoba.

Como este último utensilio se halla tan a la mano de la dueña de la casa, es muy natural que aquélla la use como instrumento de su venganza o de su justicia, por ejemplo, para castigar al chiquillo discolo y desobediente.

—Le di *una entrada de pirganazos como pa él solo*.

PISPITO.—Expresión familiar y cariñosa, con la que solemos interpelar a los niños.

—¡Ven acá, *pisquito!*

—¡Si te cojo, *pisquito!*

Pudiera traducirse por travieso o pillín.

PITONO.—Es sinónimo de *monifato*, chicuelo, criatura y también se aplica a las personas de corta estatura, cualquiera sea su edad.

¿Deriva de "pitón", retoño del árbol cuando empieza a botonar?

PITRE.—Es el que se viste y acicala con refinamiento llamativo y algo cursi.

—Pepito debe estar ahora bien de cuartos, porque anda muy *pitre*.

Como el que vive pendiente del peinado, de la corbata y de la raya del pantalón tiene algo de grotesco, no sería extraño que este vocablo nuestro tuviera algún parentesco con el "pitre" francés (payaso).

PIZQUEAR.—Comer poco, sin seriedad ni fundamento, tomando de aquí y de allí, de este y del otro plato.

Del que prueba y deja, se dice que *pizquea*.

—Este niño no come con fundamento. No hace más que *pizquiar*.

PLANTA.—Hacer una *planta* por delante y otra por detrás.

Planta, en esta frase, es aspecto, apariencia, semblante.

"Nadie, dijo Pascal, habla de nosotros cuando estamos ausentes, del mismo modo que cuando estamos presentes. La unión entre los hombres está fundada en este mutuo engaño".

Un personaje de Gyp, considera imposible que puedan murmurar de él.

—Es que nada malo pueden atribuirme, le dice a un su amigo.

Y éste le replica:

—¡Cómo se conoce que nunca está Vd. presente cuando no está presente!

La frase canaria no se refiere, pues, a casos delictivos aislados, sino que define un fenómeno social que diaria-

mente se produce y acerca del cual, por tacito y saludable acuerdo, guardamos alto silencio.

PLANTEAR.—Este verbo, de tanto uso en la oratoria parlamentaria (plantear la cuestión) se usa en Gran Canaria en el sentido arcaico de llorar, sollozar.

—Aunque llores y *plantees* no he de hacerte el gusto, dice la madre al chiquillo exigente y antojadizo.

PLASTA.—Hombre o mujer pesados, insoportables, latosos temibles por su conversación o presencia que puede durar horas y horas.

—Hay que tenerle miedo a Concesionita. Está hecha una *plasta*.

PLEITO.—Creemos que puede catalogarse como voz regional, en la significación de reprimenda.

Echar un pleito es reprender.

—Mi padre me *echó un pleito* (me riñó) porque ayer falté a clase.

POLEADAS.—Para pegar en las paredes el “papel de arrimo” se usa como aglutinante una masa muy blanda que se forma cociendo harina disuelta en agua y espolvoreada de pimienta negra molida.

Este último ingrediente goza de la inmerecida fama de ahuyentar a los insectos.

El unto consabido se designa con el nombre castellano de “poleadas” (gachas, puches), familiarmente *poliadas*.

POLVAJERO.—Significa lo mismo que “polvareda”. Por ejemplo, el ama de casa le dice a la criada *dentro*:

—Barre con cuidado, mujer. No levantes *polvajero*,

POMO.—Para nosotros el *pomo* no es un frasco de esencias, ni una parte de la guarnición de la espada: es una vaga región del organismo, cuyo asiento debe hallarse en la boca del estómago, pues allí se aplican las friegas dedicadas al *pomo*.

Tener el pomo descompuesto es un estado morboso cuya misma indeterminación y vaguedad lleva consigo un hálito de terror. Para componerlo se llama al médico, pero no al de diploma, sino al *yerbero*, uno de los tantos mercaderes de ilusión cuya clientela probablemente será eterna.

PONER LOS OJOS COMO CHERNES.—Ya hemos dicho que la voz *cherne* que designa al pez más sabroso de las pesquerías africanas, es probablemente una deformación del adjetivo "tierno".

En tal hipótesis, *poner los ojos como chernes*, es mirar con ternura, con ansia, a la persona o cosa ardientemente deseada.

Por ejemplo, el aficionado a obras de arte, cuando se le pone en presencia de un cuadro famoso, de un mueble antiguo, de un tapiz etc. *pone los ojos como chernes*, con lo cual expresa a la vez su admiración y su codicia.

PONERSE AL DOS DE BASTOS.—Modismo cuyo origen indudablemente basado en la baraja, es de difícil explicación.

Es comer bárbaramente, llenarse hasta reventar, cometer, en suma, el pecado mortal de la gula.

PONERSE CON UNO.—Incomodarse, montar en cólera, recibir agríamente al que viene a dar una mala noticia o a cumplir una misión desagradable.

Buscar camorra, provocar una disputa.

—Fuí con la cuenta a casa de D. Bartolo y en lugar de pagarme, *se puso conmigo*.

POR ENFADO.—Cuando una cosa, sobre todo una prenda de ropa, se conserva por mucho tiempo y apesar del uso en buen estado, se dice que dura *por enfado*.

PORRIÑO.—Cuando la extremidad afilada de un objeto se ha achatado o se ha puesto roma a causa del uso, suele decirse que está *aporriñada* o hecha un *porriño*.

Aplicase por eso al lápiz y a la nariz.

—Este lápiz está *aporriñado*.

—Esta muchacha tiene nariz de *porriño*.

POSTIÑO.—El “pestiño” es una fruta de sartén que se divide en trozos pequeños y redondos.

El pueblo ha visto por esas calles excrementos, sobre todo de la gente canina, algo semejantes al expresado manjar, y sin pararse en barras, les ha dado el mismo nombre de aquél, algo deformado.

POTALA.—Es o era una piedra que, atada a una soga servía para anclar una lancha.

En sentido figurado, se dice que *es una potala* de la persona pesada, remolona, que necesita poco menos que una grúa para moverse de un lado a otro.

PREVENCIONES.—Son, en lenguaje canario, los elementos, accesorios y adminículos, que entran en un guiso para condimentarlo y darle sabor y relieve, por ejemplo, el laurel, el tomillo, las especias.

También son *prevenciones*, los accesorios que necesita la costurera para confeccionar un traje, por ejemplo, los adornos, forros, broches y botones.

PRIVADO.—Contento, loco de alegría.

Se usa tan solo en la frase *estar privado*.

También suele decirse *estar privado de su juicio* para designar el colmo de la satisfacción y del júbilo.

PRUEBAS-PRUEBISTAS.—Antaño, más que hoy, *pruebas* eran todos los ejercicios de fuerza o habilidad que se ejecutaban en el circo, por ejemplo, los de equitación, gimnasia y prestidigitación.

Los artistas (jinetes, volatineros, equilibristas, gimnastas, payasos etc.) eran designados por el pueblo con el nombre genérico de *pruebistas*.

PUNTILLA.—Cuando afilamos un lápiz casi nunca decimos que lo hacemos con el "corta-plumas" sino con la *puntilla*, voz de taurómaca procedencia.

PUNETE.—Acréviatura de puñetazo, de modo que darle a uno un *puñete*, es lo mismo que descargarle un puñetazo.

De aquí la popularísima frase, muy adecuada para despedir a un importuno, a un pedigüeño majadero:

Pum, puñete, quita y vete.

Q

QUEJO.—Es, en lenguaje familiar, la mandíbula inferior.

Una impresión de frío o de terror le hace temblar a uno el *quejo*, y también los trances angustiosos de la vida real y aún de la imaginaria (por ejemplo, cuando uno sueña que le van a leer la epístola de San Pablo o que se tiene que examinar de matemáticas).

QUEMÓN.—Lo que arde, lo que quema, sobre todo si se le pone en inmediato contacto con la lengua o el paladar.

Hay pimentas dulces y *quemonas*. Una de estas últimas es elemento indispensable de un buen *sancocho*.

R

RABISCA-RENTERA.—Malestar que sienten los pequeños cuando les brotan los primeros dientes y se les inflaman las encías.

—Pero, mujer, ¿por qué llora tanto el niño?

—Es que tiene *rabisca*.

RABISQUIENTO.—Es el hombre irascible, de mal genio, de malas pulgas, el “rasca-rabias” dispuesto siempre a dispararse y a echar una *chillería*.

RABUJA.—En los perros y en los gatos, la “rabuja” es una enfermedad de la piel, cuyo nombre técnico desconocemos, que imprime en el pobre animal un sello de tristeza y abatimiento.

—No cojas al gato, que está *rabujiento*.

Igual calificativo se aplica al individuo de nuestra especie, depauperado por la enfermedad, sobre todo por la que radica en la piel y produce en los demás la natural repugnancia.

RAIDO.—Lleno hasta los bordes, hasta rebosar.

Se dice de un recipiente cualquiera, tanto de un vaso como de un estanque.

RALERA.—Mezcla, pasta semilíquida.

Pocos serán los canarios que no recuerden con fruición las *raleras* de *gofio* y miel que con refinada lentitud saborean cuando niños.

A las niñas anémicas suele dárseles, entre horas, una *ralera* de *gofio* y vino.

RANCIO-RANCIOSO.—“Rancio” en Gran Canaria es sustantivo y significa suciedad, mugre.

Rancioso es puerco, mugriento.

—Ese traje está *rancioso* o lleno de *rancio*.

RANDEAR.—Es sinónimo de zurcir.

Procede tal vez de “randa”, especie de encaje.

RANCHO.—Palabra muy castellana, que tiene entre nosotros todas las acepciones clásicas.

Pero también significa familia, la directa, compuesta de la mujer e hijos.

¿Cómo está su *rancho*?

—Ya lo veo en *compaña* de todo su *rancho*.

RAPADURA.—El más popular y apreciado de todos los dulces de la confitería canaria.

La *rapadura* típica es la negra, de *gofio* y miel de caña, agrandada por la fantasía de los artistas de la Isla de la Palma, hasta llegar a la creación del *clavo de cañizo*, respetables pirámides que necesitan más de un consumidor.

Los artistas modernos, inspirándose en un criterio de variedad, construyen *rapaduras* de diversos órdenes: de azúcar, de huevo, de café, de leche, de chocolate etc.

Antaño, un obrero se desayunaba con media libra de pan y una *rapadura*.

Melado como una rapadura se dice del que exagera la nota trigüeña, tan generalizada en la piel de los isleños.

El vocablo nos vino de Cuba, donde tiene otra significación (*raspaduras* del azúcar).

REPOSA.—Significaba (está en desuso) lo mismo que sereta, un envase de forma cilíndrica, hecho con varillaje de caña, que se llenaba de carbón de brezo, tapando la extremidad libre con ramaje seco.

Los borriqueros iban de puerta en puerta, vendiendo *raposas* de carbón.

RASCA-BUCHE.—Hay quién prefiere al esquisito tabaco de "Vuelta de Abajo", o al suave tabaco de la Palma, el áspero y mal oliente tabaco de Virginia, o sea lo que en Canaria se llama gráficamente un *rasca-buche*.

RASCADO.—*Quedarse rascado*.

Cuando un asunto se resuelve en sentido opuesto a nuestros deseos y esperanzas, con pérdida del objeto de nuestras aspiraciones, el resquemor que nos resulta, se traduce en lenguaje canario por *quedarse rascado*, esto es, ofendido, mortificado.

—¿Conque nombraron a Frasco para el puesto que Chano pretendía?

—¡Uy! El hombre se ha quedado *más rascado!*...

RASPAFILÓN.—Rasguño, arañazo.

Es muy usual la frase.

De raspafilón, que significa, de pasada, someramente, de soslayo, a la ligera.

—El otro día le encontré en la calle, pero le ví solo *de raspafilón*.

RASPAS.—Restos de un condumio que persisten en el recipiente que le ha servido de contenido.

—¿La conserva de membrillo? Apenas si quedan algunas *raspas* en la orza?

RASPÓN.—Arañazo, rasguño, erosión.

De raspar.

—Fué el otro día a mariscar a la Barra y lo único que trajo para la casa fué un *raspón* en la canilla

RASQUERA.—Puede traducirse por resquemor, envidia y también por desconsuelo (magua, "regret").

Las frases *tener rasquera* o *quedarle a uno rasquera*, transcriben la impresión dolorosa, semejante al escozor de una llaga que deja en el alma la pérdida del objeto deseado, al que ya considerábamos como nuestro.

RAYOS.—Cuando una herida o un tumor causa dolores agudos al paciente, suele decirse que *da rayos* (punzadas).

—El pobre niño no pudo dormir en toda la noche con los *rayos* que le dió el panadizo.

RECHIFLARSE.—En castellano neto, "rechifla" es burla, acentuada con escarnio y menosprecio.

Entre nosotros, *rechiflarse* es alzarse contra algo que nos enfada y molesta, protestar de procedimientos y actuaciones abusivas e impertinentes.

Un ejemplo. El comerciante que recomienda a sus empleados que traten con amabilidad y cortesía a los clientes para que éstos no se *rechiflen*.

REBELINA. Resolución súbita, impremeditada y casi siempre descabellada y sin fundamento.

—Pero hombre, fuerte disparate ha hecho Estebita. ¿Por qué vendió la finca?

—Nada. Le dió la *rebelina*.

REBUMBIO.—Es bulla, alboroto, escándalo que se produce como manifestación de repulsa o de protesta.

Al día siguiente de un *fiasco* teatral, para dar cuenta

de la indignación del público, solían decir nuestros padres:

—¡Fuerte *rebumbio* se armó anoche en el teatro!

REFATAR.—Quitar con violencia.

Debe ser una deformación de “arrebatar”.

—¿Recibiste mi carta?

—Sí, pero cuando la iba a leer, mamá me la *refató* de la mano.

No se dice en Gran Canaria, “andar a la rebatiña”, sino a la *refatiña*, para designar el tumultuoso concurso de los que contienden por apoderarse de un objeto, arrebatándose los unos a los otros, por ejemplo, la formidable trapatiesta que se arma cuando arrojam^{os} perras, caramelos o pastillas en medio de un enjambre de chucuelos.

REGAÑIZA.—No es lo mismo que “regaño”, esto es, mueca expresiva de cólera o disgusto.

Regañiza es la mueca en general, sin distinción de matices.

—No seas mal criado. No me hagas *regañizas*.

REGULAR.—*Es regular*, frase que equivale a es probable, es muy posible, así debe ser.

—¿Estará ahora D. Pancho en su casa?

—*Es regular* que esté.

—¿Irán Vdes. este año de temporada a Tafira?

—*Es regular* que vayamos.

REJUNDIR.—Adelantar en el trabajo, desempeñar mucha tarea en poco tiempo.

Así, de la criada lista y hacendosa, se dice que *rejunde* mucho.

Y del chico crecido, espigado, robusto, que está muy *rejundido*.

RELAJAR.—Es modismo frecuentísimo, más enérgico que las voces casi equivalentes de empalagar y estomagar.

El goloso, harto de dulces, exclama:

—No puedo más. Estoy *relajado*. (empalagado).

—Niño, no me *relajes* (no me vengas con historias sentimentales, almibaradas, cursis).

De la familia, sociedad o reunión en que no se guardan las reglas de la moral y del pudor y reina entera libertad de gestos y palabras, suele decirse:

—Aquello es un *relajo*.

Y en fin, en las postrimerías de una *juerga*, en el colmo del entusiasmo alcohólico, no falta quien se levante vociferando.

—Señores, ha llegado la hora del *relajo*.

REMANGO, REMANGUETE.—Los niños mal educados suelen protestar contra los consejos o reprimendas de las personas mayores con *remangos* o *remanguetes*, gestos, ademanes de burla o desdén (muecas, encogimiento de hombros etc.).

—No seas mal criada, no me hagas *remangos*.

RENGUE.—Hoy no se usa en sentido específico, para designar la tela de este nombre (especie de gasa) sino en el genérico, que equivale a tela de malas condiciones, inconsciente, de corta duración.

—¿Dos pesetas la vara pide por este *rengue*?

REPARARSE.—En Cuba y en Canaria dicese que un caballo se repara cuando se asusta o se espanta, encabri-

tándose o desviándose bruscamente con peligro para el jinete.

—Yendo la otra noche de Santa Brígida al Madroñal, se le *reparó* la bestia y le pegó un *leñazo* que por poco lo mata.

REPOLLINARSE.—Expresivo modismo que significa, arrellenarse, repantigarse, o sea ensancharse y acomodarse en el asiento, holgada y voluptuosamente.

—En vez de trabajar, estas niñas se pasan el día muy *repollinadas* en una butaca, leyendo novelas.

REPÚDIOSO-A.—Escrupuloso en demasía, el que rechaza lo que se le ofrece, sin tener para ello motivo plausible, por manía o idiosincracia.

Repudioso para la comida es el que no se contenta con los manjares corrientes y usuales.

La *repudiosa*, la que exige en el elemento masculino una imposible perfección, se expone a cargar con lo peorcito o a “retirarse de la pesca” con el cesto vacío.

REPUGNANTE.—Ser *repugnante* no es en el lenguaje familiar canario ser repulsivo o asqueroso; es tan solo ser antipático.

—Hija, me *repugna* mucho Pepito. No lo puedo remediar.

—¡Que *repugnante* es el novio de Consesionita!

REQUINTADO.—Del que tiene con otro un resentimiento y lo manifiesta solo con una actitud de hostilidad fría y reconcentrada, se dice que está *requintado* (tirante como una cuerda próxima a estallar).

—No sé qué tiene Panchito conmigo. Lo encuentro *requintado*.

RESPINGONA.—Es la mujer ordinaria, sin educación, que tiene por costumbre responder con malas palabras a las observaciones que se le hacen.

REVEJIDO.—Una prueba de que las apariencias engañan es que *revejido* no equivale a envejecido, aviejado, sino a exiguo, débil, enclenque, falta de crecimiento y desarrollo.

Se aplica a las plantas y a los animales

—Un árbol *revejido*.

—Un muchacho *revejido*.

—Un gato *revejido*.

REVERDINADO.—Es el que tiene la piel, sobre todo la de la cara, llena de forúnculos, de *barros* y de granos.

REVIRARSE COMO UNA PANCHONA.—*Panchona* es nombre canario de un pez que tiene la singularidad de *revirarse*, es decir, de voltear, bien en su natural elemento, bien en el aire, prendido ya del anzuelo.

Si “virarse” es cambiar de opinión, de bandería, de casaca, *revirarse* es hacer lo mismo con reiteración y con frescura.

Por fortuna el *reviramiento* es fenómeno casi exclusivo de la llamada política, y el que *se revira como una panchona* por ejemplo, en el período electoral, suele ser excelente sujeto en otro orden de relaciones.

También *se reviran como panchonas* las personas o cosas que se exhiben, que se prodigan, que se dejan ver con exagerada frecuencia y a las que, según la frase vulgar, las encontramos hasta en la sopa.

A la puerta de la Iglesia de San Telmo llegaba una señora a tiempo que salía un *roncote*.

—Diga, mi amigo, preguntó aquélla a éste. ¿Podré alcanzar alguna misa?

—¿Misas? En aquél caletón (el altar mayor) se están revirando como panchonas.

REVOLVER.—Atender, cuidar un enfermo.

—Yo no tengo quien me *revuelva*.

—Los cuatro cachos que yo deje, son para mi sobrina María, que es la que me *revuelve*.

RISQUERA.—En las faldas de los montes que por el lado del poniente limitan la ciudad, se estableció desde la fundación de aquélla, la gente menesterosa.

Y las barriadas o suburbios nacientes, fueron tomando nombre de las parroquias o ermitas respectivas: ladera de San José, de San Juan, *riscos* de San Nicolás, de San Lázaro, de San Bernardo etc.

Desde los lejanos tiempos evocados por el ilustre don Domingo J. Navarro en sus *Recuerdos de un noventón*, la gente de los *riscos* era levantisca, turbulenta y vocinglera. Sobre todo el “elemento” femenino. No había, ni hay, como una *risquera*, sobre todo si pertenece a la honorable clase de las *pescantinas*, para *hacer un deshonor* puesta en jarras, por cualquier desafuero cometido, *verbi gratia*, por el *guayete*, la cabra o la gallina del vecino.

Por eso, se llama *risquera* a la mujer ordinaria, des-
envuelta y mal hablada.

ROBENCINO.—Es el mercader que abusa de la confianza del público para perjudicar a la clientela en cuanto al valor, peso o calidad de la mercancía.

La etimología está a la vista.

ROERSE EL CABO O EL CABESTRO.—Desistir de una obra o empresa, evadirse de un compromiso, retirarse por el foro, dejando ofendidos o chasqueados a los que confiaban en el apoyo e intervención del tráfuga.

El origen del modismo es evidente: la res atada que rompe con los dientes el cabo o el cabestro que le sujeta al pesebre, recobra su libertad, como también queda libre el vivo que se escabulle de un asunto enojoso o admite un cargo de trabajo y responsabilidad, naturalmente gratuito.

—¿Todavía Juanito es de la Directiva?

—¡Que va! Hace tiempo que *se royó el cabo*.

—¿Embarcó Pérez Porriño para la Península con la comisión?

—A última hora *se royó el cabestro*.

RONCOTE.—Cuando nuestro D. Benito imaginó la figura del marinero Marcial o Medio-hombre (“Trafalgar”) sospechamos que tuvo presente la del *roncote* canario que él conoció de cerca en su niñez.

¿El rudo pescador de la Costa de Africa, tipo originísimo que ya se va extinguiendo, llamóse *roncote* por la “voz ronca, hueca y perezosa” que señaló el maestro como característica de la gente de mar?

La psicología del *roncote* (no reirse) merecería un estudio aparte. Apuntamos aquí tan solo su conocida subordinación a la mujer legítima, tal vez explicable por el ascendiente sensual de la hembra, de la que el pobre marino permanece separado buena parte del año.

Sea lo que fuere, “ella” es la que dispone y manda en los asuntos de grave interés para la familia; por ejemplo, la compra de la “choza”. “Ella” es la que lleva la voz en las negociaciones: el marido se limita a asentir con graves cabezadas, los ojos entornados en la cara *negra como un cazón*.

En una colección de cuentos viejos, tendrían su lugar adecuado aquéllos en que el *roncote* figura: algunos, los más salados, son incontables en letra de molde.

Viven aún algunos viejos de buena memoria que son archivos vivientes de estas y de otras cosas canarias.

ROZADERA.—Es la criada, sirviente o empleado que practica la sisa, “qui fait danser lánse du panier” que lentamente y perra a perra se va formando un capitá-lito. Impunemente, pues las irregularidades son tan insignificantes, que nadie va a denunciar a la justicia un hurto de diez o quince céntimos.

Así, cuando las amas de casa se dan mutuamente los informes de una criada, no es raro que empleen ésta o parecida frase:

—Es muy lista, buena serviciala, no se *atrabanca* en la cocina, pero no se la puede mandar a la plaza por que es una *rozadera*.

RUFO.—Con frecuencia oímos decir:

—Por aquí pasó Miguelito. Iba muy *rufo*.

—¡Como se conserva Don Gregorio!

—¡Que *rufo* está todavía!

Rufo es erguido, tieso, acicalado, peripuesto.

Cuando se aplica a los viejos, hay en este calificativo algo de grotesco.

Un viejo *rufo*, es un viejo planchado, almidonado, teñido, cosmeticado, que anda por ahí mirando a las mu-chachas, haciendo el plantigrado.

RUIDOSO.—Se aplica al niño majadero, llorón, que no deja dormir a los padres con sus gritos y desplantes.

También se le llama *impertinente*, aunque no estoy seguro de que ello sea una canariada.

RUIN, RUINILLO.—Ejemplo: Hace días que no veo al maestro Chano.

—Ha estado algo *ruinillo*. (Esto es, levemente enfermo).

RUMA.—Conjunto, montón de cosas.

El que está preocupado o atareado, dice que tiene una *ruma* de cosas que hacer o en que pensar.

RUMANTELA.—Diversión, jarana, parranda, esparcimiento.

Ir de rumantela es correr una juerga, amenizada por la vihuela y el alcohol.

RUMBA.—Ir o salir de *rumba*.

Equivale a ir o salir de parranda o *rumantela*. Correr una juerga.

RUNFLADA.—Abundancia, montón de cosas lucrativas y por tanto agradables, que llega a nosotros impensadamente, de golpe.

Por ejemplo, una *runflada* de enfermos o de pleitos.

S

SALADO COMO LA PILLA.—La *pilla* (pila) es el montón que en la cubierta del barco *costero* se forma con los pescados en salmuera.

Nada habrá, pues, tan *salado como la pilla* y así no es extraño que el ama de casa exclame consternada:

—Esa muchacha (la cocinera) ha dejado la sopa *salada como la pilla*.

SÁLAMO.—Bozal.

Ensalamar al perro.

—El perro está *ensalamado*.

SALAR.—Todo el mundo sabe lo que es salar el pescado, salar la carne.

Pero *salar* un cliente, eso no lo saben sino ciertos comerciantes.

—Si vas a París, desconfía de las tiendas... Mucho saludo, mucha cortesía, "grand merci" a todo pasto, pero si te descuidas, *te salan*.

—¿Te cobraron quinientas pesetas por ese sombrero? Pues, hija, que bien *te salaron*.

SALPICADO.—Además de las acepciones correctas y adecuadas de este vocablo, tiene éste para nuestra gente de campo el sentido de salteado, de no correlativo.

Así tratándose de agua cuyos días de dula no son sucesivos, he oído hablar de *agua salpicada*.

SALPICONA.—Así se llama a la mujer suspicaz, de malas pulgas y peor educación, que propende a buscar motivos de ofensa en frases anodinas, saliéndose de pronto con una patochada o una frescura.

—No se puede tratar con Micaelita: es una *salpicona*.

SANAMA.—A cada momento se oye decir:

—¡Vaya un *sanana*!

--No seas *sanana*.

—Chanito es un *sanana*.

Vale decir, un simplón, un conñado, un pobre de espíritu.

Sano, bueno y crédulo en demasía.

En otro tiempo, era muy frecuente llamar *sanos* a los hombres de campo.

SANCOCHO.—El *sancocho* (salcocho) de pescado y papas es, como la "paella" en tierra valenciana, el plato característico de las francachelas y esparcimientos campestres.

El colmo del epicureismo en estas latitudes, es ir a comerse un *sancocho* o un "caldo de pescado fresco" en las playas de la Laja o de San Cristóbal.

A veces figura entre los invitados un cocinero "amateur" conspicuo por su habilidad en preparar la típica calderada.

Nota. Las amas de casa suelen llamar *sancochona* a la criada que despacha su tarea pronto y mal, por ejemplo, que limpia los muebles *por encima* (superficialmente).

SANGOLOTEAR.—Mover, agitar violentamente una persona o un objeto y con especialidad un líquido en el recipiente que lo contiene.

—Ten cuidado con el niño. No lo *sangolotees*.

SANGRE REAL.—¿Cual será el origen de este singular modismo, que no se si hoy se usará tanto como en los tiempos de mi niñez?

Cuando se entraba en una habitación, en ciertas ocasiones en que hoy se usa el papel de Armenia, era de rigor que el visitante dijera.

—Aquí me huele a *sangre real*.

SARGO.—El pez de este nombre tiene fama de astuto. Es de los que se comen el cebo, sin tragar el anzuelo. Con relación a nuestra especie, un *sargo* es un hombre ladino, astuto, aprovechado, un vivo.

SARDO.—Aquí, en Canarias, no abundan los individuos de pelo rojo. Predominan los morenos, o sea el tipo andaluz, y no escasean los *rubiancos*, vestigios tal vez de la raza indígena.

Pues bien a las personas que tienen "poil de carotte", se les llamo *sardos* sin que me conste el origen de la palabra ni si es o no de uso en otras regiones españolas.

SATO.—La traducción justa de este vocablo isleño, al lenguaje corriente, pareceme que es la de simple, inocentón.

También pudiera aplicarse al varón, o a la mujer ignorantes, faltas de cultura y de malicia.

Aquí, cuando se dice que X es *enteramente sato*, ya entendemos los canarios que se trata de un tonto de capirote, de un bobo de solemnidad.

SEBAS.—Las *sebas* son las algas marinas, sin distinción de clases, familias y variedades.

—Hoy no se puede pasear por la playa: está llena de *sebas*.

SECADALES.—Así se llaman los terrenos de secano, desprovistos de agua, y por tanto de escaso valor.

—¿Qué tiene Calcines? Nada. Unos *secadales* en Valsequillo.

SEGUIRLE LA VAREADA.—Insistir en el plan de venganza o de represalias contra quien nos ha causado algún perjuicio o inferido alguna ofensa, perseguirle, acosarle, no perderle de vista, hacerle expiar su conducta con sinsabores y contratiempos.

—A ése no se la perdono yo nunca: *le sigo la variada* hasta lo último.

SEGUNDAR.—Ocupar el segundo lugar.

—De mis hermanos, Pablo es el que *le segunda* a Pepe.

SENTIMIENTO.—Que *hace sentimiento*, se dice del vegetal que al ser trasplantado pierde su lozanía y dobla el tallo, como si sintiera la nostalgia del terruño natal.

SERETA.—Diminutivo de “sera”.

Eran las *seretas* unos envases de forma cilíndrica, hechos con varillaje de caña, que se usaban para exportar los higos pasados del Hierro o el carbón de la Palma o de la Gomera.

SER MUCHO DE...—Tener con alguien relaciones muy estrechas, pertenecer al círculo de sus amigos más íntimos y devotos, ejercer sobre él grande y decisiva influencia.

—Si V. quiere conseguir algo, escriba enseguida a X en Madrid, que *es mucho* del Ministro.

SERVENTIA.—La servidumbre de paso, derecho real que grava una finca en beneficio de otra, es llamada aquí *serventia* por el vulgo y aún por las personas doctas.

El vocablo ha venido figurando y figura aún en documentos públicos.

Esta finca tiene su *serventia* (paso, tránsito) por la colindante, perteneciente a las niñas de Zebadal.

SERVICIALA.—Voz sinónima de criada.

—El servicio está perdido.

—¡Que trabajo cuesta hoy encontrar una buena *serviciala*!

SINGUANGO.—Vocablo de configuración americana.

Un *singuango* es un pobre de espíritu, un inocente, un bobalicón.

SITAR.—No confundir este verbo canario con el muy castellano “citar”.

Escrito con *s* es llamar una persona a otra con un sonido sibilante y prolongado: *psit, psit*.

—Manténte, hombre.

—¿No oyes que aquel sujeto te está *sitando*?

SOBAJEAR, SOBAJIENTO.—Hay individuos que, en la conversación familiar, no contentos con la virtud expresiva de la palabra, pretenden reforzarla como en la oratoria, con la mímica y se le echan a Vd. encima, lo que no es muy agradable, sobre todo en verano, época de grandes sudores y de abundantes transpiraciones; y le acarician a Vd. las manos, le palmotean la espalda, los hombros y hasta los carrillos.

Este modo tan desagradable de tratar a su interlocutor se llama en Canaria *sobajear* y al que lo practica, un *sobajiento*.

SOBRANCERO.—Holgado, amplio, sobrado.

—Para el pago de la contribución, te dejaré una cantidad *sobrancera*: si falta, me lo reclamas y si sobra, me devuelves.

SOCATE.—Es *socate* la fruta insulsa, sin el sabor característico que debe tener cuando está en sazón.

Acontece llamar *socate* al desabrido, al que no tiene garbo ni conversación.

SOCO.—Abrigo, refugio, lugar a propósito para resguardarse del viento o de la lluvia.

—Está lloviendo. Hay que buscar un *soco*.

—Esta habitación es muy *asocada*, es decir que en ella no penetra el viento.

SOLAJERO.—En los días de verano, despejados y ardientes, nunca falta la exclamación:

—¡Fuerte *solajero* hace!

SOLIMPIAR.—Expresa, como la voz *lambiar*, catalogada anteriormente, la acción de sustraer sin violencia, de hurtar, de birlar.

El canario que viaja, apesar de su innata desconfianza (el baúl y la maleta son para él casi sagrados) suele ser víctima del exquisito arte de los carteristas.

—En el “Hotel Majestic” me *solimpiaron* el portamonedas. Por supuesto, “ni humo ni pelo”.

SOLTAR.—Este verbo castellano tiene en Gran Canaria dos acepciones que estimamos originales.

La de prestar.

—Vecina, *suélteme* un par de panes, que mañana se los devolveré.

La de dejar el trabajo.

—Desde ayer, empezamos a *soltar* a las cinco.

—La hora de *suelta*.

SOLTAR EL CABO POR LA MANO.—Desistir definitivamente de una obra o empresa, abandonarla. Es como si dijéramos: ahí queda eso.

El empleado de una casa de comercio, que se siente indispensable, podría decir:

—Si este año no me aumentan el sueldo, *suelto el cabo por la mano* (es decir, me marché definitivamente de la casa).

SONGA.—A la *songa*, a la *songuita*.

Modismos importados de la Isla de Cuba, que aquí significan generalmente, con cautela, con disimulo, astutamente.

—No da la cara, trabaja *a la songa* en contra mía.

SOPA.—No aludimos aquí al proemio de toda comida, al plato de sopa que tragan los chicos de mala gana, estimulados por el “cuento de la cucarachita”.

Nos referimos al conocido modismo *cojer una sopa*, equivalente al que luego se definirá *cojer una vieja*, esto es, quedar avergonzado o corrido.

SOPETEAR.—Es manipular, manosear los objetos, sobre todo los líquidos, enturbiándolos, haciéndoles perder su pureza.

El ama de la casa tiene buen cuidado de separar el *tumbo* antes de que el puchero pase a la cocina y las criadas lo *sopeteen*.

Sopetear es también maltratar a una persona de palabra o de obra.

SORIMBA.—Es miedo y también vergüenza o cortedad.

—¡Fuerte *scrimba* llevaba cuando tuve que bajar a obscuras al patio trasero!

—Cuando entró en la sala llena de gente, cojió una *sorimba* que no podía con ella. También se toma como sinónimo de frío.

—¡Fuerte *sorimba* hace!

SORRIBA. SORRIBAR.—Roturación. Roturar un terreno.

¿Quién dice aquí "roturar"? Tal vez alguien que quiera pasar por fino o por purista.

Doctos o ignorantes, todo el mundo dice *sorribar* y *sorriba*.

SORROBALLAR.—Es voltear, refregar a una persona en el polvo o en el lodo.

En este sentido activo *sorroballar* es vejar, humillar y también vencer, superar.

Así, el vencedor en un debate, concurso u oposición, *sorroballó* a su contrincante.

También se usa en sentido reflexivo: *sorrobballarse*.

—El niño se ha estado *sorrobballando* en la arena.

SOTURNO.—Tristón, taciturno, cabizbajo.

También se suele aplicar este calificativo a la casa o vivienda de escasa luz.

—Este cuarto es muy *soturno* (muy oscuro).

SOYAJO.—Sustantivo que designa al hombre o animal excesivamente largos y al mismo tiempo desgarrados, por no corresponder la longitud con la anchura.

Un *soyajo* es por ejemplo un hombre muy alto y muy flaco.

—¡Fuerte *soyajo*! la hemos oído aplicar a las ratas de buen tamaño.

T

TABEFE.—El líquido, semejante al suero, que se desprende del queso prensado por la mano del rústico fabricante, mezclado con el excelso *gofio*, forma la pasta llamada *tabefe*, delicia de nuestros campesinos y probable herencia de la raza indígena a cuyo léxico parece pertenecer el vocablo.

TACO.—En dos sentidos se emplea este vocablo. Tener *taco* es tener miedo. Y *echar un taco* es tomar un pisolabis, un refrigerio.

TAIFA.—Concurso o reunión. Voz moruna, importada por los marinos de la Costa de Africa.

¡Los bailes de *taifas*! Los que hoy suben trabajosamente los peldaños que conducen de la sexta a la séptima meseta de la vida, de fijo recibirán un golpe en su viejo corazón al evocar los “elegantes salones” de San Nicolás o de Fuera la Portada en que se “varseaba” y se “por keaba” con *retranca* o sin ella (la *retranca* era una especial combinación de los brazos que impedía las aproximaciones y rozamientos) y se *jociquiaba* (obsequiaba) a la pareja con dulces que se revendían en la cantina indefinidamente, adquiriendo con el sudor y la temperatura de las manos, una plasticidad exquisita.

TAJARRIA.—Vocablo procedente de Cuba, que designa una especie de cincha, forrada de badana, que rodea las

ancas de la caballería, pasa por debajo de la cola y queda sujeta a la parte trasera de la albarda.

TALLA.—En Gran Canaria, la *talla* no es, como en Andalucía, la alcarraza en que se pone el agua para conservarla fresca. Es el cántaro en que se lleva de la fuente o del pilar a la casa.

En la jurisdicción de Santa Brígida hay un pago de trogloditas, la Atalaya, muy visitado por los turistas, en el que casi todos los vecinos son alfareros o *barreros* como antes se decía.

La *talla*, de forma esférica, con ancha boca, allí se fabrica, como también *gánigos* y toda suerte de loza por procedimientos que no difieren mucho de los que utilizaban los indígenas.

TAMBUCAZOS.—Dar *tambucazos* es moverse de un modo irregular y desordenado, sin aplomo, inclinando el cuerpo ora a la derecha, ora a la izquierda.

—Camina dando *tambucazos*. Dicese del viejo y del borracho.

Por natural extensión se dice que *anda por ahí dando tambucazos*, del sujeto que hace una vida irregular, sin plan, norma ni ocupación fija.

TARAMELA.—La pieza de madera que, girando sobre un gozne, servía para atrancar por la parte de adentro las puertas y las ventanas (aun se ven en las casas viejas) se llama *taramela*.

Y porque con ella tiene alguna semejanza, se llama también *taramela* a nuestra peor enemiga, la lengua.

Del sujeto hablador, devoto del jarabe de pico, del que hoy llamamos un *latista*, suele decirse que le gusta *darle a la taramela*.

TARAJALLA.—Es una *tarajalla* la mujer talluda, sin garbo, mal proporcionada.

El vocablo parece derivado, de “*tarahal*”, árbol simpático, que medra donde quiera, hasta en las arenas de la playa, pero de figura nada airosa.

TARANTA.—Hombre ligero, informal, sin respetabilidad, sin palabra.

—No hay que fiarse de él. Es un *taranta*.

TARRAJAR.—La llave de *tarrajar* es una herramienta formada de un mango de madera y de una estrecha hoja de acero cuyo extremo libre está cortado en bisel.

Sirve para aflojar y apretar los tornillos, llamados *tirafondos* en tierra canaria.

TECLA.—Manía, rareza, excentricidad.

Como es natural, se aplica el término con preferencia a los añosos y así se habla de las *teclas* de los viejos, de los viejos *tecleros*, y de los impertinentes carcañales que tienen *más teclas que un piano*.

TEMPLARSE.—No es emborracharse totalmente, sino estar alegre, en buenas piedras, con un cargamento razonable de alcohol.

—¿Cómo pudo Frasquito deslenguarse de esa manera?

—Estaba *templado*.

—Me encontré hoy en la calle a Maita.

—¡Fuerte *templadera* llevaba!

TEMPLERO.—Derivado probablemente de “templo” esta voz muy canaria, se aplica a todo objeto de grandes dimensiones.

Los utensilios de dimensiones desaforadas son otros tantos *templeros*.

Un caldero panzudo es un *templero*.

—Se bebió un *templero* (tazón) de café y leche.

TENDERETE.—Voz americana que, según parece, designa el puesto donde se vende ropa usada.

Por natural analogía, *tenderete* es en Gran Canaria un conjunto de cosas, (muebles, ropas) desordenadas y revueltas.

—Arregla ese ropero, niña, que está hecho un *tenderete*.

TENDERSE A LA PANCA.—Es el descanso profundo, total, deleitoso del que se acuesta a sus anchas, dejando caer los miembros desmayados y lacios, resuelto a no moverse ni a ocuparse en nada.

Más que al reposo del trabajador, se aplica a la desidia del holgazán.

TENEBLARIO.—Tal vez por el aspecto desgarbado del "tenebrario", candelero grande que se usa en las ceremonias del Viernes Santo, y por el movimiento oscilatorio del mismo que asimilamos al temblor de un cuerpo viejo o enfermo, se llama aquí *teneblario* a las personas muy flacas, temblonas, delicadas, frágiles, sin energía vital, abatidas, en suma, por la edad o la dolencia.

—Jeromito no sirve para nada.

—Está hecho un *teneblario*.

TENER LA VIDA TRANCADA.—Corre parejas con la frase: *todos somos hijos de la muerte*, que sirve de tapadera al miedo que todos sentimos al otorgar nuestro testamento.

Siempre que tenemos que hacer algo en previsión del porvenir, explicamos nuestra conducta de un modo u otro:

—*Todos somos hijos de la muerte.*

—*Nadie tiene la vida trancada.*

TENER SU REBURUJÓN.—Tener una chica su *reburujón*, es poseer una cualidad estética que reside más en la expresión que en la excelencia de la línea.

—No es bonita, pero tiene su *reburujón*, es decir, bien mirada, ni los ojos, ni la nariz, ni la boca son bellos en el sentido clásico; pero todo ello forma un revoltijo *reburujón* "la beauté du diable" con energía bastante para desencadenar el deseo y tal vez la pasión.

TENIQUE.—Pedazo de lecho cortado y dispuesto para encender y alimentar el fuego.

Tiene la cabeza más dura que un *tenique*. Dícese del testarudo y majadero y sobre todo del inepto, del torpe y cerrado de mollera, al cual se le llama gráficamente *un tenique*.

Los *teniques* simbolizan naturalmente el hogar y la vivienda.

Por ello, al final de cierto cuento, una vieja, echando de menos su casa, exclama:

—¡Mi casa y mis tres *teniques* y tres... para el Rey!

TERREGUERO.—Así se llaman los sitios o locales llenos de polvo o de tierra, donde impera la suciedad.

—Mujer, dice el ama a la criada, traiga una escoba. ¿No ve que este patio está hecho un *terreguero*?

TERRERA.—Los muros de tierra, a veces revestidos de mampostería, que sirven de contención al estanque

de *barrial* o sea al abierto en el mismo terreno, se llaman las *terreras* del estanque.

Como en Galicia y en Portugal, la casa de un solo piso se llama *terrera* en Gran Canaria.

TERRERO.—El espacio circular, llano y limpio de piedras que se disponía como teatro de la Lucha canaria, v. g. la plaza de Araus en los Llanos de Telde o los arenales de Santa Catalina en nuestra ciudad.

En los tiempos heroicos de la Lucha canaria, cuando se contendía por el honor y por la gloria, el espectáculo se organizaba espontáneamente. No había sillas ni bancos. El terreno quedaba circunscrito por los mismos espectadores, los de la primera fila sentados en el suelo, los demás de rodillas o de pie.

El campeón se *quedaba con el terrero* cuando después de haber tumbado a la plana mayor del opuesto bando, en una serie de victoriosas *caidas*, se planteaba en medio del circo en actitud triunfal.

De aquí el usado modismo *quedarse con el terrero* que por extensión se aplica al que en un certamen o empresa, supera o vence a todos los contrincantes.

TIESTO.—El “*tiesto*” en Gran Canaria, no es nunca una maceta.

Quando se aplica al varón, un *tiesto* es un hombre despreciable, sin dignidad, sin honor, un canalla.

Alguna vez, en sentido familiar, se usa como sinónimo de travieso, despreocupado, fresco.

—¡Que *tiesto* eres!

Un *tiesto* (acepción femenina) es una mujer de vida airada.

En plural, se usa con el mismo sentido que en Castilla; *tiestos*, pedazos de un cántaro de barro.

TINETE.—Entonación monótona y fastidiosa que usan para leer las personas indoctas y los niños.

El *tinete* tiene algo de musical.

Es una reminiscencia del *b, a, ba* de la escuela.

TIRAFONDO.—El tornillo o clavo de muchas espirales ha sido y es llamado siempre *tirafondo* en Gran Canaria.

TIRARSE UN SALTO.—Es de uso diario.

Expresa la diligencia del que va rápidamente de un lugar a otro, por ejemplo, para evacuar un encargo.

—*Tírate un salto* (o un *saltito*) a casa de doña Pino y dile que ya tiene un criado más que la sirva.

—Me toqué mi mantilla y *me tiré un salto* a la casa del Procurador a ver en qué para el asunto de la Capellanía.

TIRIJALA.—La miel de caña, después de hervida se vierte en cucuruchos de papel blanco.

Allí se endurece, formando el dulce canario llamado *tirijala*, que se pregona por las calles con acento lânguido y tropical.

Aun los que no sean eruditos, pueden observar que se trata de una palabra compuesta de "tira" y "hala", porque en efecto, la golosina es tan correosa que, prendida entre los dientes y halando de ella, se estira y se alarga de un modo prodigioso.

TOCAR EL TOLE.—Cuando una persona resulta "indeseable" en alguna casa, se la invita (me refiero a las gentes ordinarias y poco educadas) a que *toque el tole*, o sea a que se marche sin dilación y para no volver.

TOCARSE.—Cubrirse la cabeza con el sombrero. *Des-tocarse*, la operación inversa. Son arcaísmos.

Todos los días se oyen frases como éstas:

—*Tóquese*, amigo D. Pancho, que hace mucho aire.

—No se *destoque*, que está entre puertas.

TOLETE.—Además de la acepción marinera, tiene esta voz en Gran Canaria la procedente de América (garrote corto, con un clavo aguzado en uno de sus extremos para arrear al mulo y al burro) y también el sentido figurado de torpe, lerdo, estúpido.

—Este chico no sabe nada ni entiende de nada. Es un *tolete*.

TOLLINA.—Inmediatamente se dirá que los *manojos de tollos* tienen la aspereza y la contundencia de unas disciplinas.

De aquí tal vez la voz *tollina* que es uno de los tantos sinónimos canarios de carda, paliza.

En verdad que si el *manejo de tollos* se destinara a acariciar las espaldas del prójimo, el "knout" a su lado parecería un juguete.

TOLLOS.—Las tiras del *negro cazón*, secas y endurecidas por la acción del sol y del aire, se convierten en recios vergajos, los *tollos* del léxico canario.

Se venden por las puertas, reunidos en *manojos* que tienen la aspereza y la contundencia de unas disciplinas.

Divididos en trozos y cocinados de diversas maneras, forman un plato característico de la cocina isleña, semejante, pero inferior, al bacalao.

'FONTURAS.—Una de tantas voces importadas por los simpáticos gallegos.

Vértigos. Mareos.

La damisela delicada, rendida por el vals, pide una silla para sentarse.

Tiene *tonturas*.

TORA.—*Hecha una tora*. Se dice de una chica, robusta, alta, de buen ver. Sobre todo si ha salido de una enfermedad grave o de un periodo de caquexia.

TOSA.—Una *tosa* es un bloque de madera; grande, tosco y pesado.

Figuradamente, llamamos *una tosa* al pelmazo, al *lartista*, al plumbeo visitante que no sabe despedirse y que emplea una hora en dar vueltas a un asunto que otro explicaría en cinco minutos.

TORONDÓN.—Otro arcaísmo. "Tolondro". Bulto o chichón que se forma en una parte del cuerpo, especialmente en la cabeza por efecto de un golpe.

—Tiene la cabeza llena de *torondones*.

TOTIZO.—El cogote se llama familiarmente *totizo* en Gran Canaria.

El *totizo* ancho se observa con frecuencia en los hombres y aún en las mujeres del tipo isleño. No faltan observadores que sostienen que hay un tipo de nuca canaria que por cierto no brilla por su albura.

TRABUCARSE.—Equivale a equivocarse.

—Fulano es un infeliz. Todo lo *trabuca*.

TRANCAZO.—"Trancazo", golpe dado con la tranca, es un vocablo muy castellano; pero *al trancazo* nos parece un modismo de los nuestros.

Hacer las cosas *al trancazo* es hacerlas de cualquier modo, descuidada y torpemente, por salir del paso.

TRANGULLIR.—*Trangullones.*

Trangullir es tragar o engullir rápida y vorazmente.

Comer a *trangullones* es comer a grandes tragos, a prisa y corriendo.

TRAQUETEADO.—Muy enterado de un asunto, muy experto en una profesión u oficio, muy capaz para encontrar salida a los problemas en que los profanos no ven solución posible.

TRAQUINAS.—Contratiempos, disgustos, sinsabores, trabajos (en el sentido de penalidades).

—Usted no sabe las *traquinas* que yo he tenido desde que faltó mi hombre.

TRASTE.—Lamentamos la frecuencia con que en estos apuntes comparece la región *objectionnable* del organismo humano.

El término de que ahora se trata es genuinamente nuestro, regional, y uno de los que con mayor propiedad designan la situación rezagada, subalterna, de aquel modesto servidor sin el cual, no obstante, las delicias de un buen sillón serían letra muerta.

TRASTEAR.—Es regionalismo canario, en el sentido de hacer o decir disparates, tener perdida la cabeza, choschar.

—Cristiano, ¿qué dice?

—Usted está *trastando*.

El *trastear* es naturalmente cosa de viejos, así como el *planchar* (arrastrar los pies al caminar).

TRASTUMBADO.—Estar *trastumbado* no es estar loco, sino algo perturbado, desmemoriado, ido de la cabeza.

Del que sostiene un disparate, por falta de documentación o de orientación en el asunto, se dice también que está *trastumbado*, "id est", que no está enterado y que por tanto su opinión no es de ninguna estimá.

TREN.—No hemos podido comprobar si en América se usa también este vocablo con la significación de "terno" de ropa.

Un *tren* de chaquet, un *tren* de americana. El *tren* está flamante.

Equivale al "flus" de los cubanos.

TRINCARSE.—Está *trincado* el infeliz enfermo que padece del horrible estreñimiento, y se *trinca* también el que respecto a un asunto de interés observa una actitud de misterio, de recelo o de testarudez en la solución por él preconizada.

TRISTEL.—Se trata seguramente de una deformación de "clister" eufónico galicismo "clystère" que designa un instrumento ya en desuso, pero bien conocido y aun más odiado por los que fueron niños al mismo tiempo que nosotros.

Los que aquí se usaban, de fabricación inglesa, eran de metal blanco, de diversos calibres, y se vendían dentro de unas cajitas de madera blanca que nos parece estar viendo.

TRILLARSE.—Consiste en magullarse una parte del cuerpo, sobre todo de las tiernas y delicadas.

Una *trilladura* del pecho es un accidente muy común durante la lactancia.

TROCHONA.—Es la mujer brusca, precipitada, que des-

pacha su tarea de prisa y corriendo, de cualquier modo, por salir del paso.

En los informes, a veces deliciosos, que el ama de casa da de la criada que ha tenido a su servicio, puede constar la siguiente cláusula.

"...es fiel, buena *serviciala*, pero un poco *trochona*."

Con lo que la otra ama, la que recibe los informes, queda advertida del peligro que corren los platos y las copas.

TROMPICAR.—Es tropezar al andar y también equivocarse.

Leer a *trompicones* es leer desfigurando las palabras, tomando las unas por las otras.

TRUJÁN.—El "truhán" era un juglar de infima categoría que, para divertir al concurso, recitaba o cantaba coplas que no siempre brillaban por su finura y aticismo.

De aquí probablemente el *truján* o sea la letra (redondillas asonantadas) ora sentimental, ora picaresca, de los cantares que, con música de la *isa* o de la "malagueña" canaria, se entonan por ellos y ellas en las bodas, en las *últimas*, en toda clase de fiestas y jolgorios. Suelen alternar los dos sexos en el escarceo poético y musical. "El" rompe el fuego, "ella" contesta, "él" replica, "ella" duplica, y de este modo va enzarzándose y enardecándose el diálogo hasta llegar a colmos de que es imposible dar cuenta por oponerse a ello, antes la limpieza que la moral.

Véanse a continuación algunos ejemplares (de los sentimentales, por supuesto) tomados al vuelo del canto de las lavanderas en la acequia de Tafira, una tarde de verano:

*Ya se me rompió la prima
fartan segunda y tercera;*

*dame niña tus cabellos
pá templar esta vigüela.*

*En el filo de un cuchillo
he poío echar un sueño
y no me pueo dormir
en los brazos de mi dueño.*

*Tirana, tirame un tiro
y allévame al Hespital
y dile al hespitalero
que me acabe de matar.*

TRUSCO.—Trozo, pedazo. Un *trusco* de pan.

En sentido figurado, significa miedo, pavor y equivale al provincialismo andaluz “cerote” tan usado también en Gran Canaria.

TUESTA.—Es sorprendente el gran número de voces que figuran en el léxico canario como sinónimas de zurrar o felpa, es a saber: *entrada, jentina, jalada, folía, calda, estupidura...*

Dar una *tuesta* equivale a zurrar la badana.

Tuesta es una de ellas.

—Si tu padre llega a saber que te “fugas” del colegio, te pega una *tuesta* como *pa* tí solo.

TRUCHIRSE.—Voz que tendría su lugar apropiado en un léxico majorero (de la isla de Fuerteventura) pues significa bajarse, recostarse el camello para descargar o recibir la carga.

En Gran Canaria tenemos ya un número respetable de camellos, pues está reconocido que ningún animal puede competir con él en fuerza y resistencia.

TUPIR, TUPIRSE.—Aparte de otras acepciones, que

ignoro si son o no canarias, se dice que *está tupido* el que padece de la molestísima dolencia del estreñimiento, sobre todo al que el vulgo atribuye al abuso de los *tunos* o higos chumbos.

También se emplea el verbo *tupir* en sentido activo, en el de colmar, abrumar una persona a otra con obsequios o cosa semejante.

—Hoy me mandó F. otro racimo. Me tiene *tupido* a plátanos.

En fin, también se dice que *está tupido* al individuo de corta inteligencia, que no acierta a entender un asunto sencillo, sin complicaciones.

U

ÚLTIMA.—Cuando pare una mujer en los barrios de la ciudad o en el campo, la familia y los amigos la visitan durante nueve noches consecutivas, entreteniéndola con la conversación y con algo de guitarra y canturreo.

La novena noche, es la última de la serie o sencillamente la *última*, es decir, la genuina noche del “sarao” con guitarreo, canto de *isas* y “malagueñas”, baile clásico de *folías* y también exótico de “porca” y de “vars” y sobre todo ambigü o *jociqueo* de chocolate con bizcochos, regalo casi siempre del padrino o de la madrina.

Por alguien se ha dicho que no es la mujer, sino el marido el que recibe acostado a los visitantes. Pura calumnia. Al varón siempre le hemos visto en pié, *copeándose* y *tabaqueándose* con los invitados.

UNA VEZ SE DICE... Hay en Canaria, como en todas partes, gente insufrible por su costumbre de dar la lata, de repetir cien veces la misma cosa.

Para estos tales se ha hecho sin duda alguna el modismo isleño:

—*Una vez se dice que la calabaza es buena.*

UN POQUITO DE TENTE ALLÁ—Otro recuerdo evocador de los tiempos infantiles.

Cuando el niño está pesado, pegado a las enaguas de la mamá, pidiendo para que le sirva de juguete aquello que no se le puede dar, la madre por quitárselo de enci-

ma, lo manda a dar con el padre, con la hermana, con la tía, etc.

—Anda, corre y dile a tu papá que *te de un poquito de tente allá*.

UNTAR EL BESO.—Poner sitio a la honradez de una persona por medio de dádivas o promesas.

Y sabemos que *los besos* son en Gran Canaria los labios, de modo que untar *el beso* es como lubricar la boca con algo dulce y grato, para predisponerla a faltar a la verdad.

—Ese informe es tendencioso. Como se conoce que al que lo hizo *le untaron el beso*.

V

VAGAÑETE.—Perdulario, hombre sin oficio ni beneficio, sin seriedad ni palabra, que no es de fiar.

—Quítate de delante, pedazo de *vagañete*.

VERGUILLA.—Alambre grueso o varilla metálica.

La cocinera destupe el desagüe con una *verguilla*.

Una jaula de *verguilla*.

VERSE FEO.—No es tomar un espejo y contemplar su imagen, lo cual en *Canaria* está al alcance de cualquiera, pues la raza atlántica (me refiero al elemento masculino) no suele abundar en ejemplares de belleza.

Verse feo, es hallarse en una situación apurada, comprometida.

—Me tropecé con X al salir de la oficina. *Me vi feo* para evitarme un sablazo.

VERSE EN LAS DEL TRAPO.—Encontrarse en una situación apurada, comprometida, de las que reclaman para salir de ellas, una gran fuerza de voluntad.

VICIOSO-A.—Una planta *viciosa*, un árbol *vicioso*, es decir, lozanos, bien desarrollados, revelando una vida robusta y próspera.

VIEJA.—Blanca, tierna y sabrosa la *vieja* es uno de los pescados más apetecidos por el gastrónomo gran-canario.

OBRAS DE LOS HERMANOS LUIS Y AGUSTIN MILLARES CUBAS

- DE LA TIERRA CANARIA.—Escenas y paisajes.
PEPE SANTANA-SANTIAGO BORDÓN.—Novela.
LA DEUDA DEL COMANDANTE.—Novela.
LOS INERTES.—Novela.
NUESTRA SEÑORA.—Novela.
SAN JOSEPH DE LA COLONIA.—Cuentos.
DOÑA JUANA.—Novela.
CUENTOS VIEJOS.
CANARIADAS DE ANTAÑO.—Cuentos.
LÉXICO DE GRAN CANARIA.—Tentativa folklórica.
DIARIO DE DON ANTONIO BETANCOURT. Comer-
ciante en Las Palmas de Gran Canaria. (Fines del si-
glo XVIII y principios del XIX).

TEATRO

- LA HERENCIA DE ARAUS.—Drama.
MARIA DE BRIAL.—Comedia.
TEATRILLO.—Escenas dramáticas.

TRADUCCIONES

- Al francés, por Saint-Saenz.
CHRISTOPHE MOLINOS.—(Cristobalito Molinas).
NOEL.—(El Nacimiento).



OBRAS DE LOS HERMANOS LUIS Y AGUSTIN MILLARES CUBAS

- DE LA TIERRA CANARIA.—Escenas y paisajes.
PEPE SANTANA-SANTIAGO BORDÓN.—Novela.
LA DEUDA DEL COMANDANTE.—Novela.
LOS INERTES.—Novela.
NUESTRA SEÑORA.—Novela.
SAN JOSEPH DE LA COLONIA.—Cuentos.
DOÑA JUANA.—Novela.
CUENTOS VIEJOS.
CANARIADAS DE ANTAÑO.—Cuentos.
LÉXICO DE GRAN CANARIA.—Tentativa folklórica.
DIARIO DE DON ANTONIO BETANCOURT. Comer-
ciante en Las Palmas de Gran Canaria. (Fines del si-
glo XVIII y principios del XIX).

TEATRO

- LA HERENCIA DE ARAUS.—Drama.
MARIA DE BRIAL.—Comedia.
TEATRILLO.—Escenas dramáticas.

TRADUCCIONES

- Al francés, por Saint-Saenz.
CHRISTOPHE MOLINOS.—(Cristobalito Molinas).
NOEL.—(El Nacimiento).

